ÁNGEL T. DE GANIVET—EDITOR

IDEARIUM

ESPAÑOL

POR

ÁNGEL GANIVET

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ
48, Preciados, 48
1905



A

MUCHAS veces, reflexionando sobre el apasionamiento con que en España ha sido defendido y proclamado el dogma de la Concepción Inmaculada, se me ha ocurrido pensar que en el fondo de ese dogma debía de haber algún misterio que por ocultos caminos se enlazara con el misterio de nuestra alma nacional; que acaso ese dogma era el símbolo ¡símbolo admirable! de nuestra propia vida, en la que, tras larga y penosa labor de maternidad, venimos á hallarnos á la vejez con el espíritu virgen; como una mujer que, atraída por irresistible vocación á la vida monástica y ascética y casada contra su voluntad y convertida en madre por deber, llegara al cabo de sus días á descubrir que su espíritu era ajeno á su obra, que entre los hijos de la carne el alma continuaba sola, abierta como una rosa mística á los ideales de la virginidad.

CUANDO se examina la constitución ideal de España, el elemento moral y en cierto modo religioso más profundo que en ella se descubre, como sirviéndole de cimiento, es el estoicis-

mo; no el estoicismo brutal y heróico de Catón, ni el estoicismo sereno y majestuoso de Marco Aurelio, ni el estoicismo rígido y extremado de Epicteto, sino el estoicismo natural y humano de Séneca. Séneca no es un español, hijo de España por azar: es español por esencia; y no andaluz, porque cuando nació aún no habían venido á España los vándalos; que á nacer más tarde, en la Edad Media quizás, no naciera en Andalucía, sino en Castilla. Toda la doctrina de Séneca se condensa en esta enseñanza: No te dejes vencer por nada extraño á tu espíritu; piensa, en medio de los accidentes de la vida, que tienes dentro de tí una fuerza madre, algo fuerte é indestructible, como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del diario vivir; y sean cuales fueren los sucesos que sobre tí caigan, sean de los que llamamos prósperos, ó de los que llamamos adversos, ó de los que parecen envilecernos con su contacto, mantente de tal modo firme y erguido, que al menos se pueda decir siempre de tí que eres un hombre.

Esto es español; y es tan español, que Séneca no tuvo que inventarlo, porque lo encontró inventado ya: sólo tuvo que recogerlo y darle forma perenne, obrando como obran los verdaderos hombres de genio. El espíritu español, tosco, informe, al desnudo, no cubre su desnudez primitiva con artificiosa vestimenta: se cubre con la hoja de parra del senequismo; y este traje

sumario queda adherido para siempre y se muestra en cuanto se ahonda un poco en la superficie ó corteza ideal de nuestra nación. Cuando yo, siendo estudiante, leí las obras de Séneca, me quedé aturdido y asombrado, como quien, perdida la vista ó el oído, los recobrara repentina é inesperadamente y viera los objetos, que con sus colores y sonidos ideales se agitaban antes confusos en su interior, salir ahora en tropel y tomar la consistencia de objetos reales y tangibles.

Es inmensa, mejor dicho, inmensurable, la parte que al senequismo toca en la conformación religiosa y moral y aun en el derecho consuetudinario de España; en el arte y en la ciencia vulgar; en los proverbios, máximas y refranes, y aun en aquellas ramas de la ciencia culta en que Séneca no paró mientes jamás. Así, por haber tenido nuestro filósofo la ocurrencia genial y nunca bastante alabada y ponderada de despedirse de esta vida por el suave y tranquilo procedimiento de la sangría suelta, ha influído en nuestras ciencias médicas tanto como Hipócrates ó Galeno. España sola sobrepuja á todas las demás naciones juntas, por el número y excelencia de sus sangradores. El supremo doctor alemán es el doctor Fausto, y el supremo doctor español es el doctor Sangredo, no obstante haber existido también su rival y famoso congénere, el doctor Pedro Recio de Tirteafuera. Y jamás en la historia de la humanidad se dió un

ejemplo tan hermoso de estoicismo perseverante como el que nos ofrece la interminable falanje de sangradores impertérritos, que durante siglos y siglos se han encargado de aligerar el aparato circulatorio de los españoles, enviando á muchos á la fosa, es cierto, pero purgando á los demás de sus excesos sanguíneos á fin de que pudiesen vivir en relativa paz y calma. Y quién sabe si el descubrimiento de la circulación de la sangre por Servet, que en definitiva es lo único notable que los españoles han aportado á la ciencia práctica de los hombres, no tendrá también su origen en Séneca y en la turbamulta de sus acólitos.

Sin necesidad de buscar relaciones subterráneas entre las doctrinas de Séneca y la moral del cristianismo, se puede establecer entre ellas una relación patente é innegable, puesto que ambas son como el término de una evolución y el comienzo de otra evolución en sentido contrario; ambas se encuentran y se cruzan, como viajeros que vienen en opuestas direcciones y han de continuar caminando cada uno de ellos por el camino que el otro recorrió ya. El término de una evolución filosófica racional, como la greco-romana, es cuando están todas las soluciones agotadas: la empírica y la constructiva, la materialista y la idealista, la ecléctica y la sincrética; la solución negativa ó escéptica; y entonces surge la moral estóica, moral sin base, fundada sólo en la virtud ó en la dignidad; pero

esa solución es transitoria, porque bien pronto el hombre, menospreciando las fuerzas de su razón, que no le conducen á nada positivo, cierra los ojos y acepta una creencia. El término de una evolución teológica, como la del pueblo hebreo, tiene que ser también, cuando ya están agotadas todas las soluciones históricas, esto es, todos los modos de acción, una solución negativa, anarquista diríamos hoy: tal era la que anunciaban los profetas; y entonces debe de surgir una moral que, como la cristiana, condene la acción y vea en ella la causa de los sufrimientos humanos y reconstruya la sociedad sobre la quietud, el desprendimiento y el amor; pero esa moral es transitoria, porque bien pronto el hombre, desengañado de la fe, que le conduce á producir actos negativos, se acoge á la razón, y comienza una segunda evolución que ya no se muestra en actos, sino en ideologías.

Por esto la moral cristiana, aunque lógicamente nacida de la religión judáica, era negativa para los judíos, puesto que, dando por terminada su evolución religiosa, les cerraba el horizonte de sus esperanzas y les condenaba á recluirse dentro de una religión acabada ya, perfecta y, por lo tanto, inmutable; así como la moral estóica, fundada legítimamente sobre lo único que la filosofía había dejado en pie, sobre lo que subsiste aún en los períodos de mayor decadencia, el instinto de nuestra propia dignidad, era negativa tanto para griegos como para

romanos, porque derivada del esfuerzo racional, pretendía construirlo todo sin el apoyo de la razón, por un acto de adhesión ciega, que andaba tan cerca de la fe como la moral cristiana andaba cerca de la pura razón. Y así, por este encadenamiento natural, el cristianismo encontró el terreno preparado por la moral estóica, la cual había sembrado por el mundo doctrinas nobles, justas y humanitarias; pero carecía de jugo para fertilizarlas. Lo noble, lo justo y lo humanitario, sostenido y amparado sólo por la razón, menos que por la razón por el instinto, no puede ni podrá jamás vencer las pasiones bajas, ruínes y animales de la generalidad de los hombres; para encadenar la fuerza irresponsable de los grandes, para domar la furia concentrada por la impotencia en los pequeños, para ablandar un poco el refinado egoísmo de los medianos, hay que confundirlos á todos, conmoldearlos por medio de un fuego ardiente, que venga de muy alto, y que destruyendo construya, y abrasando purifique.

Los que se maravillan de la rápida y al parecer inexplicable propagación del cristianismo, debían de considerar cómo, destruída la religión pagana por la filosofía y la filosofía por los filósofos, no quedaba más salida que una creencia que penetrase, no en forma de símbolos venidos á la sazón muy á menos, sino en forma de rayo ideal, taladrando é incendiando; y los que se espantan ante el sangriento holocausto

de los mártires innumerables, debían de pensar que así como la muerte de Jesús era una condición profética, esencial, necesaria y complementaria de las doctrinas del Evangelio, así también el martirio de muchos cristianos era el único medio eficaz de propaganda. Sin su sacrificio, Jesús hubiera sido un moralista más; y sin el sacrificio de los mártires, el cristianismo hubiera sido una moral más, agregada á las muchas que han existido y existen sin ejercer visible influencia.

Todas las religiones, y en general todas las ideas, se han propagado y propagan y propagarán en igual forma; son como piedras que, cayendo en un estanque, producen un círculo de ondulaciones de varia amplitud y de mayor ó menor persistencia; el cristianismo cayó desde muy alto, desde el cielo, y por esta razón sus ondulaciones fueron tan amplias y tan duraderas. Pero lo más admirable en la propagación del cristianismo no es ni su rapidez ni su intensidad, porque ¿qué admiración puede causar que en diversos campos, simultáneamente labrados, abonados y sembrados de trigo, nazcan simultáneamente muchas, infinitas matas de trigo? Más admirable y extraño es que por medio de hábiles injertos nazcan en unos árboles frutos que son propios de otros árboles, y que las savias, mezclándose y confundiéndose, regalen el paladar con nuevos y delicados sabores.

Así fué de la moral cristiana, injertada en el

espíritu gentil. Mientras que aparentemente no se descubre más que una propagación, la del cristianismo, en secreto se efectuaba otra propagación, la de la filosofía gentílica, cristianizada; y el punto en que tuvo lugar la conjunción, el injerto, fué la moral estóica. Así, en España, donde era el asiento del estoicismo más lógico, no del más perfecto, del más humano, el senequismo se mezcla con el Evangelio de tal suerte, que de nuestro Séneca, si no puede decirse en rigor que «huele á santo,» sí puede afirmarse que tiene todo el aire de un Doctor de la Iglesia.

En España, pues, como en todos los países invadidos por la idea cristiana, el esfuerzo racional acompaña á la propagación evangélica para explicarla y completarla; pero ese esfuerzo no fué en un principio, como debió ser, un esfuerzo creador: fué un trabajo de rapsodas; en vez de empezar por teorías empíricas en relación con la pureza de la nueva fe, los filósofos cristianos de nuestro mundo, que, aunque cristianos, seguían viviendo con la sangre heredada de sus padres gentiles, encontraron más hacedero concordar con el cristianismo las enseñanzas magistrales de la Escuela helénica, y como lo veían todo ya formando un cuadro perfecto, eligieron como tontos (y perdónese la llaneza) lo mejor que encontraron, las teorías de los dos grandes luminares del saber griego: Platón y Aristóteles.

Esa evolución, sin embargo, no fué igual ni pudo serlo en las diversas provincias del Imperio romano, porquei n la unidad era tal que hubiera destruído el carácter propio de cada provincia, ni esa unidad pudo mantenerse, después de la predicación evangélica, el tiempo necesario para dar cohesión á las tendencias divergentes que por todas partes apuntaban. Sin contar las herejías, que atacaban la unidad del dogma y que á la larga produjeron las grandes divisiones de la Iglesia, aun en aquellos países que conservaron invariable lo fundamental de la religión, hubo divergencias, nacidas de la variedad de temperamentos y acentuadas gradualmente, conforme los cambios históricos iban dando vida á nuevos rasgos característicos y diferenciadores; y España fué la nación que creó un cristianismo más suyo, más original, en cuanto dentro del cristianismo cabe ser original.

Los historiadores aficionados á las antítesis y á los contrastes, pretenden convencernos de que el cuerpo en quien encarnó el cristianismo fueron los bárbaros: «á ideas nuevas, hombres nuevos;» el pueblo romano era un viejo decrépito, incapaz de comprender la nueva religión. La verdad es, al contrario, que esa religión no estaba destinada solamente á sacar á los salvajes de su salvajismo y á los bárbaros de su barbarie; valía mucho más: valía para regenerar hombres cultos, degradados, sí, pero civi-

lizados. Si los bárbaros hubieran podido moverse con libertad, hubieran dislocado en breve el cristianismo en numerosas herejías y hubieran concluído por desnaturalizarlo; porque los bárbaros, al entrar en escena, se hallaban en un estado social análogo al de los griegos, algunos siglos antes de Homero; como arios que eran, aunque rezagados, habían ideado ya su mitología, sus dioses y sus héroes semidivinos, y se disponían á poner en juego la complicada tramoya. Nada tan ajeno, pues, á su espíritu y vocación como el espíritu del cristianismo. La acción de los bárbaros fué material, de disolución política; después de destruir lo que acaso no fué necesario destruir, quedaron sumergidos en las sociedades que con la fuerza pretendían gobernar, presos en sus propias redes.

La exaltación de la Iglesia española durante la dominación visigótica, es obra de los bárbaros; pero no es obra de su voluntad, sino de su impotencia. Incapaces para gobernar á un pueblo más culto, se resignaron á conservar la apariencia del poder, dejando el poder efectivo en manos más hábiles. De suerte que el principal papel que en este punto desempeñaron los visigodos, fué no desempeñar ninguno y dar con ello involuntariamente ocasión para que la Iglesia se apoderara de los principales resortes de la política y fundase de hecho el Estado religioso, que aún subsiste en nuestra patria; de donde se originó la metamorfosis social del cristia-

nismo en catolicismo, esto es, en religión universal, imperante, dominadora, con posesión real de los atributos temporales de la soberanía. La ruína del poder godo tiene su explicación en ese artificio gubernativo; la dominación visigótica no fué destruída por los africanos, porque éstos no pudieron destruir lo que no existía ya. El poder teocrático, que luego había de ser una fuerza valiosísima en la lucha contra los moros, fué en el período gótico la causa de la disolución nacional; porque con los godos era sólo una cabeza servida por brazos torpes y debilitados, mientras que en la Reconquista fué cabeza y brazo á la vez.

En substancia, el período visigótico, que para los que se fijan sólo en apariencias es transcendental y decisivo en la formación de nuestro espíritu religioso, es, á mi juicio, importante sólo de una manera externa. Durante él, es cierto, la religión adquiere un formidable poder social; pero se nos muestra demasiado aparatosa y solemne. El sentimiento religioso no se hace más profundo ni más enérgico; la filosofía es un embrión de filosofía escolástica, sin carácter propio, y la generalización de la cultura sólo da un resultado, pudiera decirse cuantitativo, y, por lo tanto, sin relieve, puesto que el influjo social de una Escuela no se mide por el número de sus alumnos ni por la extensión de sus programas, sino por las inteligencias superiores, originales que produce, así como la grandeza de

una nación no se mide por lo intenso de su población ni por lo extenso de su territorio, sino por la grandeza y permanencia de su acción en la Historia.

La creación más original y fecunda de nuestro espíritu religioso, arranca de la invasión árabe. El espíritu español no enmudece, como algunos piensan, para dejar el campo libre á la acción: lo que hace es hablar por medio de la acción. El pensamiento puede ser expresado de muy diversos modos, y el modo más bello de expresión no es siempre la palabra. Mientras en las Escuelas de Europa la filosofía cristiana se desmenuzaba en discusiones estériles y á veces ridículas, en nuestro país se transformaba en guerra permanente; y como la verdad no brotaba entre plumas y tinteros, sino entre el chocar de las armas y el hervir de la sangre, no quedó consignada en los volúmenes de una biblioteca, sino en la poesía bélica popular. Nuestra *Summa* teológica y filosófica está en nuestro Romancero.

Y lo más original de este modo de expresión fué que por nacer del choque de dos fuerzas, tenía que ser reflejo de ambas. Los españoles, al celebrar sus hazañas, lo hacían con espíritu cristiano, pues que con él y por él combatían; pero el ropaje de sus conceptos era en gran parte ajustado á la usanza mora. El espíritu de los árabes llegaba entonces á su apogeo, y era natural que influyese sobre el de los españoles, si

ya no bastara el contacto de varios siglos y la guerra misma, que suele ser el medio más eficaz que tienen los pueblos para ejercer sus recíprocas influencias. De esa poesía popular, cristiana y arábiga á la vez, arábiga sin què lo arábigo desvirtúe lo cristiano, antes dándole más brillante entonación, nacieron las tendencias más marcadas en el espíritu religioso español: el misticismo, que fué la exaltación poética, y el fanatismo, que fué la exaltación de la acción. El misticismo fué como una santificación de la sensualidad africana, y el fanatismo fué una reversión contra nosotros mismos, cuando terminó la Reconquista, de la furia acumulada durante ocho siglos de combate. El mismo espíritu que se elevaba á los más sublimes conceptos, creaba instituciones formidables y terroríficas; y cuando queremos mostrar algo que marque con gran relieve nuestro carácter tradicional, tenemos que acudir, con aparente contrasentido, á los autos de fe y los arrebatos de amor divino de Santa Teresa. Al lado de estas creaciones tan originales y vigorosas, nuestra filosofía doctrinal, imitada de la Escolástica y proseguida con mucha constancia, pero con escaso genio, pierde gran parte de su valor. Nos aparece como una obra de centralización, si así puede decirse; como algo inferior á nuestro temperamento, como creación de la Iglesia universal, para mantener unidos por la doctrina, complementaria del dogma,

los diversos núcleos sociales sometidos á su potestad suprema. No hay oposición; hay sólo desigualdad de fuerza, y lo español sobrepuja á lo extraño: primero, por ser nuestro propio y, por consiguiente, más acomodado á nuestro genio; y segundo, por ser más lógico, más en congruencia con el espíritu originario del cristianismo.

***

El movimiento de conciliación filosófica iniciado en Alejandría y continuado hasta la edad presente por los escolásticos, parte de un error que pudiera llamarse error de perspectiva, que no afectaba á la esencia de la enseñanza, pero que andando el tiempo había de traer grandes trastornos filosóficos. En vez de crear lentamente una filosofía propia, los nuevos filósofos retocaron la filosofía griega, cuyo espíritu era antagónico del espíritu cristiano; en vez de volar con las alas que les daba la fe, se arrastraron por las bibliotecas; en vez de ser cristianos filósofos, fueron filósofos cristianos; en vez de crear con nuevo espíritu una filosofía nueva, comentaron con nuevo espíritu una filosofía vieja.

La figura más grande de la Escolástica, según el común sentir, es Santo Tomás de Aquino, y, sin embargo, Santo Tomás no es ningún Aristóteles: tiene la traza aristotélica; pero no es un Aristóteles: su filosofía es sabia, prudente, pre-

visora y aun precavida; contiene una legislación minuciosa, utilísima para la vida ordenada de la Iglesia; pero es obra «femenina,» carece del arranque viril que marca la verdadera creación. ¿Cuánto más vigorosa no es la figura de San Agustín, que, sin pretender edificar una enciclopedia filosófica, funda la Ciudad ideal, no como organismo huero de sociólogo á la moderna, sino como algo real que funciona, que vive?

El espíritu cristiano no estaba tan necesitado de apoyarse en clasificaciones minuciosas, silogismos, distinciones y sutilezas, como de penetrar en la realidad para iluminarla con nueva luz, para señalar rumbos nuevos. Una Cosmología cristiana no debía de ser una clasificación ni una descripción, sino un cántico donde todos los seres creados se mostrasen con luz divina, viviendo de un mismo soplo de vida y de amor; algo así como la *Introducción al Símbolo de la fe*, de Fr. Luis de Granada. Una Psicología cristiana no debía de afanarse demasiado por describir tantos órganos, funciones y operaciones como convencionalmente se atribuyen á nuestra pobre alma, sino más bien por mostrarnos un alma en actividad, viviendo como no había vivido ninguna otra antes de la predicación evangélica, con alma iluminada y purificada como la de Santa Teresa de Jesús.

El poder de la metáfora en el mundo es inmenso y á veces nocivo. Si mezclamos cierta cantidad de vino con cierta cantidad de agua,

decimos que la mezcla es vino porque tomamos la parte por el todo; y si la mezcla se echa á perder, no decimos: esta mezcla se ha echado á perder, sino que decimos: este vino se ha echado á perder; y de rechazo recae sobre el vino una culpa que debía de recaer sobre el agua. Esto ocurre con la filosofía escolástica: no es sólo cristianismo; hay en ella filosofía tomada de muchos autores; es vino muy aguado que se ha echado á perder, que se ha torcido, porque torcerse las ideas es que pierdan su acción y su influjo en la vida de los hombres. Pero á pesar de este fracaso, no se crea que la filosofía cristiana ha muerto: ha muerto en una forma; pero el principio subsiste y da vida á nuevas formas, como la especie humana muere en unos hombres, y nace y se conserva en otros hombres. El fundamento de la conciliación está dentro de nosotros; la conciliación la llevamos de hecho en nosotros mismos. Por lo cual todos, sin querer ó queriendo, somos, en cierto sentido, escolásticos. El criticismo ha desligado la razón de la fe; el positivismo ha querido desligar el conocimiento de la razón; el materialismo ha intentado destruir la base misma del conocimiento. Y todos son escolásticos á su modo. Y si hubiese un sistema que negase al hombre la dignidad humana y le recomendase adoptar de nuevo la estación cuadrúpeda, sería tan escolástico como los precedentes. Porque después de rematar su trabajo negativo, destructor, filosófico, los in-

ventores de esos sistemas, ó han de dejar de ser pensadores para convertirse en energúmenos, ó han de construir algo para que subsista al menos el orden social exterior; y este acto de afirmación, ó es un acto de cobardía, ó es un acto de fe ó de sumisión al pensamiento común, obra de la fe.

Cuando Kant, con su profundo y sutil análisis, llega á los últimos confines del nihilismo filosófico, no llega más lejos que habían llegado los astutos sofistas de Grecia; no llegó á dejarse atropellar por un carro antes que reconocer la realidad del conocimiento sensible. Lo que diferencia á Kant de los filósofos griegos es que, además de razón pura ó negativa, tiene razón práctica ó constructiva; y esta razón práctica es la misma razón pura, domada por el cristianismo; es la razón pura sometida por la ley de la atracción al pensamiento colectivo; y el «imperativo categórico» que parece algo íntimo, es sólo un reflejo, en la intimidad de cada espíritu, de un estado social creado por el espíritu cristiano. No hay, pues, medio de escape: podemos alejarnos cuanto queramos del centro ideal que nos rige; podemos describir órbitas inmensas; pero siempre tendremos que girar alrededor del eterno centro.

Los que desde Bacon hasta nuestros días se han esforzado por pulimentar «nuevos órganos» de conocimiento, por seguir nuevos métodos y fundar una ciencia puramente realista

y práctica, no han conseguido tampoco formar sistema planetario aparte. Sus trabajos, si realmente han ejercido influencia en los inventos de que se enorgullece nuestro siglo, habrán sido útiles; han proporcionado al hombre ciertas comodidades, no del todo desagradables, como el poder viajar de prisa, aunque por desgracia sea para llegar á donde mismo se llegaría viajando despacio. Pero su valor ideal es nulo, y en vez de destronar á la Metafísica han venido á servirla y hasta quizás á favorecerla; querían ser amos y apenas llegan á criados. El que desdeñando la fe y la razón se consagra á los experimentos y descubre el telégrafo ó el teléfono, no crea que ha destruído las «viejas ideas:» lo que ha hecho ha sido trabajar para que circulen con más rapidez, para que se propaguen con mayor amplitud.

Hallábame yo un día en el Museo de Pintura de Amberes contemplando me parece que *La Cena,* de Jordaens, cuando ví llegar en busca mía á mi criada, una flamenca sana y mofletuda, trayéndome una chapita de esas que á la entrada de los museos dan á cambio de los bastones y paraguas. Sin esfuerzo se habrá comprendido que debí de salir de casa con buen tiempo; que después comenzaría á llover, cosa que en aquel país ocurre casi todos los días, y que mi excelente maritornes tuvo la atención de llevarme un paraguas. Así fué, y sucedió también que cuando salí del Museo había cesado de llover, y

me volví con el paraguas debajo del brazo. Y entonces se me ocurrió una idea que ahora ha vuelto á reaparecer en mi memoria y que me ha parecido venir aquí muy á cuento. Se me ocurrió que en aquel suceso vulgarísimo yo había representado, no por méritos propios, sino por un efecto de perspectiva circunstancial, la fuerza perenne del ideal que está en nosotros, y que mi criada había, sin saberlo, ejercido de ciencia experimental y práctica. Yo aplaudo á los hombres sabios y prudentes que nos han traído el telescopio y el microscopio, el ferrocarril y la navegación por medio del vapor, el telégrafo y el teléfono, el fonógrafo, el pararrayos, la luz eléctrica y los rayos X: á todos se les debe de agradecer los malos ratos que se han dado, como yo agradecí á mi criada, en gracia de su buena intención, el que se dió para llevarme el paraguas; pero digo también que cuando acierto á levantarme siquiera dos palmos sobre las vulgaridades rutinarias que me rodean, y siento el calor y la luz de alguna idea grande y pura, todas esas bellas invenciones no me sirven para nada.

PARA que la filosofía cristiana no sea una fórmula convencional, para que ejerza influencia real en la vida de los hombres, es preciso que arranque de esa misma vida, como las leyes, como el arte: una legislación, un arte cosmopolitas, son nubes de verano; y una filosofía universal, como pretendió serlo la escolástica, es

contraproducente. Someter á la acción de una ideología invariable la vida de pueblos diversos, de diversos orígenes é historia, sólo puede conducir á que esa ideología se transforme en una etiqueta, en un rótulo, que den una unidad aparente debajo de la cual se escondan las energías particulares de cada pueblo, dispuestas siempre á estallar, y á estallar con tanta más violencia cuanto más largo haya sido el período de forza do silencio. La filosofía más importante, pues, de cada nación es la suya propia, aunque sea muy inferior á las imitaciones de extrañas filosofías; lo extraño está sujeto á alternativas, es asunto de moda, mientras que lo propio es permanente: es el cimiento sobre el que se debe de construir, sobre el que hay que construir cuando lo artificial se viene abajo.

¿Por qué ha de tener en el mundo, y ahora más que nunca, tan gran predicamento la simple exterioridad? Parece que hay miedo de conocer el fondo de las cosas. Estamos dominados por la manía de la unificación, y faltos de cal ma para encomendar esta obra al tiempo, nos apresuramos á constituir unidades aparentes, contando con la ceguera real ó fingida de los que presencian nuestras manipulaciones. Si yo fuera aficionado á los dilemas, establecería uno, digno de hacer juego con el famoso dilema de Omar, que redujo á cenizas la Biblioteca de Alejandría: ó los hombres tienden por naturaleza á constituir un solo organismo homogéneo,

ó tienden á acentuar las diferencias que existen entre sus diversas agrupaciones; si creemos que tienden á la unidad, no nos molestemos y tengamos paciencia y fe en nuestra idea; si creemos que tienden á la separación, no cerremos los ojos á la realidad ni marchemos contra la corriente. No faltará quien crea que el dilema tiene una tercera salida: que los hombres no caminan en ninguna dirección, y que hace falta que venga de vez en cuando un genio que les guie; y es probable que quien tal crea piense ser él mismo el genio predestinado á guiar á sus semejantes como una manada de ovejas. A tan insigne mentecato habría que decirle que no conoce á sus semejantes; que los hombres que creen haber guiado á otros hombres, no han guiado más que cuerpos de hombre; que han conducido cuerpos, pero no almas; que las almas sólo se dejan conducir por los espíritus divinos, y que la Humanidad hace ya siglos que tiene seca la matriz y no puede engendrar nuevos dioses.

LAS unidades aparentes y convencionales no pueden destruir la diversidad real de las cosas; no sirven más que para encubrirla. La Reforma no fué más que la manifestación de la rebeldía latente en espíritus que acaso no fueron nunca verdaderamente cristianos, que no podían comprender el verdadero sentido del cristianismo, porque no tenían aún el convencimiento propio de la impotencia del esfuerzo racional, y

que al proclamar el libre examen eran tan lógicos á su manera como lo eran los herederos del espíritu greco-romano al defender la sumisión ciega y absoluta á la fe.—La religión cismática griega fundó asimismo una unidad aparente en la que quedaron sumergidos los pueblos eslavos: el porvenir dará cuenta de esa unidad. No importa que la autoridad política, armada de terrible poder y fundida con la autoridad religiosa, se esfuerce por conservar el artificio: quien quiera que se ponga en contacto con el pueblo ruso, notará la inquietud precursora de la explosión, el deseo universal de romper la espesa costra de religión bizantina que comprime las energías naturales é impide que se muestren con entera pureza y espontaneidad.—En nuestros días se trabaja con pasión por convertir á los negros africanos: es posible que en breve se nos diga que ya están todos catequizados, y es posible que al cabo de algunos siglos aparezcan adorando á groseras divinidades, no muy superiores á los fetiches que hoy adoran, y viviendo conforme á sus prácticas nativas.

El verdadero cristianismo, no como aspiración filantrópica en favor de razas inferiores, sino como creencia conscientemente profesada, es impropio de pueblos primitivos, y sólo arraiga en éstos cuando le acompaña la acción permanente de una raza superior, es decir, cuando ese pueblo primitivo se confunde por la vida común ó por el cruce con un pueblo civilizado

que le domina y le educa, como ocurrió en los pueblos descubiertos y subyugados por España. La universalidad ó catolicidad del cristianismo no se opone á esta idea. Todos los hombres son mortales, y, sin embargo, si nos preguntan si es posible que en una ciudad mueran todos sus habitantes á la vez, diremos que no, y lo diremos fundándonos en lo que pudiera llamarse «experiencia del instinto,» un género de certeza que Balmes ha analizado con gran precisión. Y si á pesar de esto ocurriera el hecho anormal de morir simultáneamente en masa una población, no admitiríamos tampoco la existencia real de una «muerte simultánea,» sino que explicaríamos la anomalía por una causa excepcional, extraordinaria: por ejemplo, una epidemia. Del mismo modo, todos los hombres son catequizables; pero no todos á la vez. Cuando vemos que en los comienzos del cristianismo los pueblos se convierten en masa, lo atribuímos á una causa excepcional, y esta causa fué el estado de postración ideal á que llegó el espíritu greco-romano.

SERÍA, pues, muy fecundo, y en ninguna manera peligroso, romper la unidad filosófica. El espíritu español ha sido sometido á las más formidables presiones que hayan sido inventadas por el exclusivismo más fanático; y ese espíritu, en vez de rebelarse, ha reconocido ser él mismo el juez y el criminal, la víctima y el verdugo, y ha llegado por espontáneo esfuerzo mucho más

allá de donde debía de llegar por la coacción. Escrita está la *Historia de los heterodoxos españoles* por Menéndez y Pelayo, un español de criterio tan amplio y generoso, que hubiera sido capaz de hacer estricta justicia hasta á los herejes más empedernidos, si por acaso hubiera topado con algunos en sus investigaciones. Pero no haya temor: en España no hay un hereje que levante dos pulgadas del suelo. Si alguien ha querido sér hereje ha perdido el tiempo, porque nadie le ha hecho caso. Si en muchos asuntos de la vida el hombre há menester del concurso de la sociedad, en las sectas es de tal punto decisivo, que la importancia de una disidencia religiosa, más que por el fondo doctrinal, se mide por el número de sus adeptos. España se halla fundida con su ideal religioso, y por muchos que fueran los sectarios que se empeñasen en «descatolizarla,» no conseguirían más que arañar un poco la corteza de la nación.

Pero después de varios siglos de silencio se ha tomado miedo á la voz humana, y se carece de tacto para apreciar las palabras por su valor, no por el ruido que mueven; y apenas se da alguna libertad á los espíritus díscolos é indisciplinados, sobreviene una grandísima inquietud: no se quiere comprender que la importancia de lo que dicen no está en lo que dicen, sino en la excitación que producen á quien les escucha. Acostumbrados á conservar la unidad de la doctrina por medio de la fuerza, duele ahora

pelear para conservarla mediante el esfuerzo intelectual, como si no fuera cierto que la fuerza destruye, á la vez que las opiniones disidentes, la fe misma que se pretende defender. Uno de los errores que con más apariencia de verdad corren por el mundo, es que las naciones adheridas á la Reforma han llegado á adquirir mayor cultura, mayor prosperidad, mayor influencia política que las que han permanecido fieles al catolicismo. Yo he vivido varios años en Bélgica, y puedo decir que es una nación tan adelantada como la que más en todos esos órdenes de cosas en que hoy se hace consistir la civilización (en la que por desgracia se concede más importancia á los kilómetros de ferrocarril que á las obras de arte); y Bélgica es una nación católica, más católica en el fondo que España. Pero en Bélgica hay otras confesiones, y hay además fuertes agrupaciones anticatólicas; los católicos tienen que estar atentos y vigilantes, tienen que luchar y luchan con tanto ardor como en los tiempos del Duque de Alba.

La flaqueza del catolicismo no está, como se cree, en el rigor de sus dogmas: está en el embotamiento que produjo á algunas naciones, principalmente á España, el empleo sistemático de la fuerza. Cuanto en España se construya con carácter nacional, debe de estar sustentado sobre los sillares de la tradición. Eso es lo lógico y eso es lo noble, pues habiéndonos arruinado en la defensa del catolicismo, no ca-

bría mayor afrenta que ser traidores para con nuestros padres, y añadir á la tristeza de un vencimiento, acaso transitorio, la humillación de someternos á la influencia de las ideas de nuestros vencedores; mas por lo mismo que esto es tan evidente, no debe de inspirar temor ninguno la libertad. Hoy no puede haber ya herejías, porque el exceso de publicidad, aumentando el poder de difusión de las ideas, va quitándoles la intensidad y el calor necesarios para que se graben con vigor y den vida á las verdaderas sectas. Los que pretenden ser reformadores no pueden crear nada durable: pronto se desilusionan y concluyen por aceptar un cargo público ó un empleo retribuído; y estas concesiones no son del todo injustas, porque les recompensan un servicio útil á la nación: el de excitar y avivar las energías genuinamente nacionales, adormecidas y como momificadas. De ellos pudiera decirse que son como las especias: no se las puede comer á todo pasto; pero son utilísimas cuando las maneja un hábil cocinero. Si hubiera modo de traer á España algunos librepensadores mercenarios y varios protestantes de alquiler, quizás se resolvería la dificultad sin menoscabo de los sentimientos españoles; pero no siendo esto posible, no hay más solución que dejar que se formen dentro de casa y tolerarlos, y hasta, si es preciso, pagarlos.

Siendo yo niño leí el relato horripilante de un

suceso ocurrido en uno de estos países cercanos al Polo Norte, á un hombre que viajaba en trineo con cinco hijos suyos. El malaventurado viajero fué acometido por una manada de hambrientos lobos, que cada vez le aturdían más con sus aullidos y le estrechaban más de cerca, hasta abalanzarse sobre los caballos que tiraban del trineo; en tan desesperada situación tuvo una idea terrible: cogió á uno de sus hijos, el menor, y lo arrojó en medio de los lobos; y mientras éstos, furiosos, excitados, se disputaban la presa, él prosiguió velozmente su camino y pudo llegar á donde le dieran amparo y refugio. España debe de hacer como aquel padre salvaje y amantísimo; que por algo es patria de Guzmán el Bueno, que dejó degollar á su hijo ante los muros de Tarifa. Algunas almas sentimentales dirán de fijo que el recurso es demasiado brutal; pero en presencia de la ruína espiritual de España, hay que ponerse una piedra en el sitio donde está el corazón y hay que arrojar aunque sea un millón de españoles á los lobos, si no queremos arrojarnos todos á los puercos.

***

El problema más difícil de resolver en el estudio psicológico, en el que han encallado los investigadores y observadores más perspicuos, es el de enlazar con rigor lógico la experiencia interna con los fenómenos exteriores.

Hay psicólogos que construyen ideologías peligrosas, erigiendo en principios generales los hechos particulares que notan en su propio espíritu; los hay que forjan fenomenologías sin base, coordinando observaciones puramente objetivas; y los hay tan perspicaces, que funden ambos resultados y explican lo que ven en los demás hombres por los hechos similares que descubren en sí mismos. Y el resultado es siempre incierto, porque á veces dos sujetos psicológicos idénticos producen acciones antagónicas, y dos sujetos antagónicos toman en la vida real idénticas apariencias. Si tomamos como tipo un misántropo, puede ocurrir que le encontremos en la vida real convertido, ora en un asceta, ora en un demagogo; el carácter psicológico, lo esencial, es idéntico: un hombre que carece de apetito sentimental, un refractario que vive aislado en medio del mundo, como un barco que carece de amarras y no puede tomar puerto. Y, sin embargo, este hombre lo mismo es apto para vivir en la celda de un convento que para agitar las masas populares, sembrando sus ideas, que, faltas de enlace con las ideas comunes, tienen que ser, por necesidad, disolventes.

Para mí, dos figuras tan desemejantes como Kempis y Proudhon son psicológicamente idénticas: el uno piensa en silencio, y el otro en medio del tumulto; pero ambos son pensadores solitarios, ambos tienen igual concepto negativo de la vida, bien que el uno lo corrija y dulcifique

por medio de la fe, y el otro lo exaspere y lo convierta en arma de destrucción.

En cambio, dos naturalezas, al parecer semejantes, como Kempis y el P. Granada, son diametralmente opuestas: Kempis se eleva al ascetismo por la abstracción, es un espíritu ontológico; en cuanto la abstracción no le sostiene, cae en el más descarnado y seco prosaísmo; el P. Granada se eleva al misticismo, apoyándose en su conocimiento admirable de la realidad, en su amor positivo á la humanidad viviente; es un espíritu realista, y sus pensamientos son siempre humanos. Del uno podría decirse que es un alma enfermiza, linfática; del otro, que es un alma robusta, sanguínea.

De igual modo, cuando se estudia la estructura psicológica de un país, no basta representar el mecanismo externo, ni es prudente explicarlo mediante una ideología fantástica: hay que ir más hondo y buscar en la realidad misma el núcleo irreductible al que están adheridas todas las envueltas que van transformando en el tiempo la fisonomía de ese país. Y como siempre que se profundiza se va á dar en lo único que hay para nosotros perenne, la tierra, ese núcleo se encuentra en el «espíritu territorial.» La religión, con ser algo muy hondo, no es lo más hondo que hay en una nación: la religión cambia, mientras que el espíritu territorial subsiste, porque los cambios geológicos vienen tan de tarde en tarde, que á veces nacen

y mueren varias civilizaciones sin que el suelo ofrezca un cambio perceptible. Por esto, si la observación se limita á desentrañar el espíritu religioso, ó el artístico, ó el jurídico, podrá ocurrir que descubra sólo exterioridades análogas á otras exterioridades, y que deduzca aparentes analogías allí donde, si se atiende al principio generador, existen marcadas oposiciones.

La evolución ideal de España se explica sólo cuando se contrastan todos los hechos exteriores de su historia con el espíritu permanente, invariable, que el territorio crea, infunde, mantiene en nosotros. Como hay continentes, penínsulas é islas, así hay también espíritus continentales, peninsulares é insulares. Los territorios tienen un carácter natural que depende del espesor y composición de su masa, y un carácter de relación que surge de las posiciones respectivas: relaciones de atracción, de dependencia ó de oposición. Una isla busca su apoyo en el continente, del que es como una accesión, ó reacciona contra ese continente si sus fuerzas propias se lo permiten; una península no busca el apoyo, que ya está por la naturaleza establecido, y reacciona contra su continente con tanta más violencia cuanto más distante se halla del centro continental; un continente es una masa equilibrada, estática, constituída en foco de atracción permanente. La evolución ideal es más rápida en las islas que en las penínsulas, más en éstas que en los continentes, más en los

litorales que en el interior; la evolución de un territorio ó de los individuos que lo ocupan está en razón directa de su distancia del centro de las unidades territoriales, porque la distancia provoca, con el movimiento de reacción, otro movimiento concordante de excitación espiritual.

Comparando los caracteres específicos que en los diversos grupos sociales toman las relaciones inmanentes de sus territorios, se notará que en los pueblos continentales lo característico es la resistencia, en los peninsulares la independencia y en los insulares la agresión. El principio general es el mismo: la conservación; pero los continentales, que tienen entre sí relaciones frecuentes y forzosas, la confían al espíritu de resistencia; los peninsulares, que viven más aislados, aunque no libres de ataques é invasiones, no necesitados de una organización defensiva permanente, sino de unión en caso de peligro, la confían al espíritu de independencia, que se exacerba con las agresiones; los insulares, que viven en territorio aislado con límites fijos é invariables, menos expuestos, por tanto, á las invasiones, se ven impelidos, cuando les obliga á ello la necesidad de acción, á convertirse en agresores. Y no se crea que es necesario que las agrupaciones sociales tengan conocimientos geográficos para que conozcan la índole de su territorio: la experiencia histórica acumulada suministra un conocimiento perfecto.

El insular sabe que tiene su defensa más firme en su aislamiento: podrá aceptar una dominación extraña si carece de fuerza para mantener su independencia; pero de hecho es independiente, y sabe además que la fuerza de caracterización de su suelo insular es tan vigorosa, que si algunos elementos extraños se introducen en él, no tardarán en adquirir el sentimiento de la autonomía. En cambio, el continental no confía en el suelo, que no le ofrece seguridad bastante, y desarrolla más el espíritu de resistencia: podrá ser dominado; pero apoyándose en la fuerza de su carácter, en la pasividad, se mantendrá puro entre sus dominadores. El peninsular conoce asimismo cuál es el punto débil de su territorio, porque por él ha visto entrar siempre á los invasores; pero como su espíritu de resistencia y previsión no ha podido tomar cuerpo por falta de relaciones constantes con otras razas, se deja invadir fácilmente, lucha en su propia casa por su independencia, y si es vencido se amalgama con sus vencedores con mayor facilidad que los continentales.

Cuando el espíritu territorial no está aún formado, le suple el espíritu político, esto es, el de ciudadanía; y cuando éste llega á tomar cuerpo, se asemeja al insular, porque el hombre que vive en un recinto cerrado ó amurallado, considera que forma como un cuerpo distinto del territorio. Roma y Cartago fueron ciudades insulares: su poder agresivo fué tan grande co-

mo escasa su fuerza para resistir. Cartago sucumbió á un ataque de Roma, y Roma había estado poco antes próxima á sucumbir bajo los ejércitos de Cartago.

La nación insular típica es Inglaterra, y la historia de Inglaterra, desde que aparece constituída como nacionalidad, es una agresión permanente. Sus ataques no tienen la misma forma que los de las naciones continentales: son meditados y tan seguros como los del tigre que está al acecho y se lanza de un salto sobre su presa. Y esto no es obra de la voluntad: arranca de la constitución del territorio, de la necesidad de tener grandes fuerzas marítimas y de la facilidad que éstas dan para las agresiones aisladas, contra las que todas las previsiones y precauciones son ineficaces. «Yo quisiera ver—ha escrito Cobden—un mapa del mundo, según la proyección de Mercator, con puntos rojos marcados en todos aquellos lugares en que los ingleses han dado alguna batalla: saltaría á la vista que, al contrario de todos los demás pueblos, el pueblo inglés lucha desde hace siete siglos contra enemigos extranjeros en todas partes menos en Inglaterra. ¿Será preciso decir una palabra más para demostrar que somos el pueblo más agresivo del mundo?» A esto podría añadirse que si Inglaterra luchara en su propio territorio, sería vencida más fácilmente que ninguna otra nación. «Sin el desastre de la *Invencible*, si los tercios españoles ponen el pie en Inglate-

rra—ha escrito á su vez Macaulay,—se hubieran repetido los tremendos desastres de Roma cuando la expedición de Aníbal á Italia.» Macaulay fundaba su aserto en la superioridad militar de los soldados españoles; pero acaso sería más justo decir que Inglaterra tenía y tiene en sí la causa de su debilidad para una guerra de resistencia, así como que la impunidad en que constantemente se ha mantenido, se explica por la falta de condiciones del continente para una guerra agresiva, en el sentido que se da aquí á la palabra agresión.

Si como ejemplo de nación continental tomamos á Francia, veremos que el sentimiento en ella dominante es el patriótico. En España, considerándonos casi aislados, por lo mismo que somos una casi isla, concentramos nuestro pensamiento en el punto por donde puede venir el ataque, y de esta concentración nace el sentimiento de independencia; somos casi independientes y queremos serlo del todo. Mientras que Francia, que tiene fronteras comunes y movibles con varias naciones, no puede concebir su territorio aislado y no le basta la idea de independencia; por lo cual exalta la idea de patria, que es más resistente para mantener la cohesión, tanto en los momentos de peligro como en tiempo de paz, porque ésta no es en los países continentales un reposo, sino una forma más suave de la guerra, la lucha por el predominio intelectual.

Las guerras de Francia fueron siempre guerras de frontera, defensivas ú ofensivas, pero siempre encajadas en el criterio tradicional, formado por la lógica de la historia; y las primeras guerras de la Revolución fueron sólo guerras defensivas ó guerras de expansión ideal; las agresiones no comienzan hasta que aparece Napoleón, quien, no sólo era un extranjero que conoció á Francia de un modo puramente objetivo y la utilizó como un instrumento para satisfacer sus ambiciones, según Taine ha sostenido y demostrado, sino que era un insular, más aún, fué una isla que cayó sobre el Continente. Cuando se observa sobre un mapa militar el procedimiento estratégico empleado en las guerras napoleónicas (que por algo son llamadas napoleónicas y no francesas), se cae en la cuenta de que Napoleón movía sus ejércitos como si fueran escuadras navales; sus guerras son terrestres de hecho, pero marítimas por la concepción. De aquí el trastorno de Europa, no acostumbrada á este género de combates. Europa lucha contra Napoleón en todas las formas en que es posible luchar: España, con una guerra de Independencia; Inglaterra, con ataques aislados y certeros; el Continente, con la resistencia, y, por último, Rusia valiéndose de una retirada. Y es mi sentir que Napoleón pudo, concentrando todas sus fuerzas, asaltar, destruir Inglaterra y acaso domar España; pero que no hubiera podido jamás triunfar de la re-

sistencia pasiva de Rusia. El espíritu de Napoleón deja en Francia tan bien marcada su huella, que reaparece en el segundo Imperio en forma de agresiones absurdas y contrarias á los intereses de Francia, y persiste en la tercera República en una forma más degenerada aún, las conquistas coloniales, hechas á nombre de un pueblo que no es colonizador, que no puede ir más allá de la dominación política, del protectorado, porque su naturaleza repugna el abandono del suelo patrio.

España es una península, ó con más rigor, «la península,» porque no hay península que se acerque más á ser isla que la nuestra. Los Pirineos son un istmo y una muralla; no impiden las invasiones, pero nos aislan y nos permiten conservar nuestro carácter independiente. En realidad, nosotros nos hemos creído que somos insulares, y quizás este error explique muchas anomalías de nuestra historia. Somos una isla colocada en la conjunción de dos continentes, y si para la vida ideal no existen istmos, para la vida histórica existen dos: los Pirineos y el Estrecho; somos una «casa con dos puertas,» y, por lo tanto, «mala de guardar;» y como nuestro partido constante fué dejarlas abiertas, por temor de que las fuerzas dedicadas á vigilarlas se volviesen contra nosotros mismos, nuestro país se convirtió en una especie de parque internacional, donde todos los pueblos y razas han venido á distraerse cuando les

ha parecido oportuno; nuestra historia es una serie inacabable de invasiones y de expulsiones, una guerra permanente de independencia.

Pero así como hay naciones que han luchado sólo en su territorio ó en la proximidad de sus fronteras, y otras que han luchado sólo en territorios extranjeros y no en el suelo patrio, la nuestra ha peleado en todas partes; y este hecho, que parece desvirtuar cuanto llevo dicho acerca del espíritu de nuestro territorio, merece una explicación. Si por naturaleza no somos agresivos, ¿cómo entender nuestra historia moderna, en la que España, apenas constituída, aparece como una nación guerrera y conquistadora? ¿Provendrá esto del error indicado antes, de que nos hemos creído ser una isla á pesar de los duros escarmientos que nos ha infligido nuestra delicada posición geográfica? Yo creo que ese espíritu de agresión existe, pero que no ha sido más que una transformación del de independencia, y ha de desaparecer lentamente con las causas que motivaron la transformación.

Un hecho que á primera vista parece inexplicable, la excesiva duración del poder árabe en España, nos descubre la causa, sin que pueda ser otra, de tan extraña metamorfosis. Así como la existencia de la Turquía europea no tiene su razón de ser en la vitalidad propia del pueblo turco, sino en la rivalidad de las Potencias, impotentes cuando se trata de calmar

susceptibilidades y suspicacias, así también la existencia de la dominación arábigo-hispana en su largo período de descenso está principalmente sostenida por los celos de nuestras regiones. Se desea acabar la Reconquista, pero se teme lo que va á venir después; se trabaja por el triunfo del cristianismo, pero no se descuida otro punto importante: conservar la independencia de los diferentes pedazos de territorio y los privilegios forales. De ahí esa absurda política de particiones constantes de los Estados, inspirada, no en el amor paternal (pues tengo para mí que los reyes de la Edad Media eran más duros de corazón que los del día), sino en las exigencias de las regiones y hasta de las villas que deseaban campar libremente por sus respetos. A cada paso que se da hacia adelante sigue un alto y una reflexión; todos se miran de reojo, y se comparan y miden á ver si uno ha crecido más que otro y hay que acogotarlo para que se ponga al mismo nivel; raros son los momentos en que, por coincidir en el gobierno hombres de ideas más audaces, se busca la igualdad luchando, rivalizando en ardor y en esfuerzo. Los pequeños Estados que quedaban encerrados y alejados del campo de la lucha, se aliaban ó buscaban el apoyo extranjero, y los que tenían frontera abierta, como fueron últimamente Portugal, Castilla y Aragón, procuraban mantener el equilibrio.

Sin embargo, este equilibrio debía de romperse, y al fin se vió á las claras que Castilla, por su

posición central, echaba sobre sí la mayor parte de la obra de Reconquista; y como la preponderancia futura de Castilla era un amago contra la independencia de los demás, nació espontáneamente, como eflorescencia de nuestro espíritu territorial, la idea de buscar fuera del suelo español fuerzas para ser independientes en España. Portugal, estado atlántico, se transforma en nación marítima y dirige la vista hacia el continente africano, y Aragón, Cataluña y Valencia, estado mediterráneo, encuentra apoyo en el Mediterráneo y en Italia. Así nace el espíritu conquistador español, que se distingue del de los demás pueblos en que mientras todos conquistan cuando tienen exceso de fuerzas, España conquista sin fuerzas, precisamente para adquirirlas. Así es como hemos llegado á ser los conquistadores de la leyenda, los terribles halcones ó aguiluchos del famoso soneto de los «Trofeos» del poeta hispano-francés José María de Heredia.

El espíritu conquistador nace en el Occidente y en el Oriente de España antes que en el Centro, en Castilla, que luego acierta á monopolizarlo; y en cada región toma un carácter distinto, porque así lo imponía la naturaleza de las conquistas. En Portugal los conquistadores son navegantes y descubridores; pero no navegan y descubren por curiosidad, puesto que les mueve el deseo del dominio. En Cataluña y Aragón se encuentran trazas de los conquistadores típicos, principalmente en la célebre expedición

contra turcos y griegos; mas el rasgo predominante es la conquista apoyada por la política y la diplomacia. «La incorporación de Navarra á la Corona de España—ha dicho Castelar—es un capítulo de Maquiavelo.» Fernando el Católico no es un diplomático improvisado: es un maestro formado en la escuela italiana, y es mucho más astuto que Maquiavelo, quien en el fondo (y no se vea intención irónica en mis palabras) era un buen hombre, como hoy diríamos; un excelente patriota, enamorado de la idea de la unidad de Italia, deseoso de que su patria fuese grande y fuerte como las demás y convencido de que su idea no podía realizarse por medios distintos de los que sus adversarios empleaban. Maquiavelo ha recogido la odiosidad que acompaña á los pensamientos tortuosos y pérfidos, por haber escrito, sistematizándolo, lo mismo que en su tiempo practicaban príncipes tenidos por muy cristianos. Los conquistadores de la parte oriental de España fueron, pues, los más civilizados, por exigirlo así el medio á que debían de adaptarse. En Italia aprendimos por necesidad á ser finos diplomáticos, y en Italia transformamos los guerreros del cerco de Granada en ejército organizado en la forma más perfecta á que han podido remontarse nuestras flacas facultades de organización.

En Castilla, el espíritu conquistador nace del de rivalidad, apoyado por la religión. La tendencia natural de Castilla era la prosecución en

el suelo africano de la lucha contra el poder musulmán, del que entonces podían temerse aún reacciones ofensivas; pero interponiéndose Colón, las fuerzas que debieron ir contra África se trasladaron á América. La organización política dada á la nación por los Reyes Católicos había de tener como complemento una restauración intelectual, que diere á las obras del espíritu más amplia intervención en la vida y una restauración de las fuerzas materiales del país, empobrecido por las guerras. Mas estas dos obras requerían mucha constancia y mucho esfuerzo: la primera fué iniciada con brillantez, porque el impulso partió de los reyes y de los hombres escogidos de que supieron rodearse; pero la segunda, que era más obra de brazos que de cabeza y más de sudar que de discurrir, tenía que descansar sobre los hombros del pueblo trabajador, el cual, no encontrándose en la mejor disposición de ánimo para entrar en faena, acogió con júbilo la noticia del descubrimiento del nuevo mundo, que atraía y seducía como cosa de encantamiento. Y dejando las prosáicas herramientas de trabajo, allá partieron cuantos pudieron en busca de la independencia personal, representada por el «Oro;» no por el oro ganado en la industria ó el comercio, sino por el oro puro, en pepitas.

Así, pues, el espíritu de agresión que generalmente se nos atribuye, es sólo, como dije, una metamorfosis del espíritu territorial:

ha podido adquirir el carácter de un rasgo constitutivo de nuestra raza por lo largo de su duración; pero no ha llegado á imponérsenos y ha de tener su fin cuando se extingan los últimos ecos de la política que le dió origen. En la historia de España sólo aparece un conato de verdadera agresión: el envío de la armada *Invencible* contra Inglaterra; y sabido es que esa aventura, cuyo fin fué tan desastrado como lógico, no fué obra nuestra exclusiva: nosotros pusimos el brazo, pero no pusimos el pensamiento, puesto que el interés político ó religioso no abarca todo el pensamiento íntimo de una nación. El examen de los documentos relativos á la diplomacia pontificia en España (al que ha dedicado recientemente un concienzudo trabajo un escritor español peritísimo en la materia, D. Ricardo de Hinojosa) pone de relieve que si España tuvo un momento la idea de agredir á Inglaterra, protectora y amparadora de los rebeldes flamencos, esa idea fué alimentada y sostenida y resucitada y subvencionada por la Iglesia de Roma con tanta ó mayor insistencia que la empleada para constituir la Liga contra los turcos, la cual respondía á un pensamiento más justo: el de defenderse contra un poder violento y en auge, peligroso para los intereses de toda Europa.

Y en nuestra historia interior, siendo como es, por desgracia, fertilísima en guerras civiles, no existen tampoco guerras de agresión, sino luchas por la independencia. La unión nace por

la paz y en virtud de enlaces ó del derecho hereditario: así se unieron Aragón y Cataluña, Castilla y Aragón, España y Portugal. La guerra aparece sólo al separarse: de un lado se combate por la independencia; del otro por conservar la unidad, es decir, la legalidad política establecida: por tanto, no hay agresión. Un hecho como la ocupación de Gibraltar por Inglaterra, sin derecho ni precedente que lo justifique, por cálculo y por conveniencia, no existe en nuestra historia.

* * *

Los términos «espíritu guerrero» y «espíritu militar» suelen emplearse indistintamente, y, sin embargo, yo no conozco otros más opuestos entre sí. A primera vista se descubre que el espíritu guerrero es espontáneo y el espíritu militar reflejo; que el uno está en el hombre y el otro en la sociedad; que el uno es un esfuerzo contra la organización, y el otro un esfuerzo de organización. Un hombre armado hasta los dientes va proclamando su flaqueza cuando no su cobardía; un hombre que lucha sin armas da á entender que tiene confianza absoluta en su valor; un país que confía en sus fuerzas propias desdeña el militarismo, y una nación que teme, que no se siente segura, pone toda su fe en los cuarteles. España es por esencia, porque así lo exige el espíritu de su territorio, un pueblo guerrero, no un pueblo militar.

Abramos una Historia de España por cualquier lado y veremos constantemente lo mismo: un pueblo que lucha sin organización. En el período romano sabemos que Numancia prefirió perecer antes que someterse; pero no sabemos quién hizo allí de cabeza, y casi estamos seguros de que allí no hubo cabeza; buscamos ejércitos y no encontramos más que guerrillas, y la figura que más se destaca no es la de un jefe regular, la de un rey ó régulo, sino la de Viriato, un guerrillero. En la Reconquista, habiendo tantos reyes, algunos sabios y hasta santos, la figura nacional es el Cid, un rey ambulante, un guerrillero que trabajá por cuenta propia; y el primer acto que anuncia el futuro predominio de Castilla no parte de un rey, sino del Cid, cuando emprende la conquista de Valencia é intercepta el paso á Cataluña y Aragón. No importa que la conquista no fuera definitiva: basta la intención, el arranque; así, pues, al exaltar la figura del Cid, al colocarla por encima de sus reyes, el pueblo de Castilla no va descaminado. Cuando los que combaten buscan un apoyo en la religión, no se contentan con invocar el auxilio divino, sino que transforman á Santiago en guerrero; y no en general, en simple soldado del arma de caballería. Y esto no es obra exclusiva de la religión, del odio al infiel, puesto que en nuestro siglo, contra los cristianos franceses, Aragón transformó á la Virgen del Pilar en Capitana de las tropas aragonesas.

Cuando la fuerza de los acontecimientos nos obligó á mezclarnos en los asuntos de Europa, el guerrero se convierte en militar; pero nuestras creaciones militares no son organismos complicados: son la compañía y el tercio. Para presentar ante Europa una figura militar de primer orden, tenemos que acudir á un capitán nada más, al Gran Capitán, el creador de nuestro ejército en las campañas de Italia. Y la genialidad de Gonzalo de Córdoba consistió, como ya dije hablando de Séneca, en que no inventó nada, en que no hizo más que dar forma á nuestras ideas. Entonces también había grandes ejércitos, y el Gran Capitán creó la táctica de los que son menores en número, la defensiva combinada con las maniobras rápidas y las agresiones aisladas, esto es, la táctica de guerrillas, medio infalible para quebrantar la cohesión del enemigo, para fraccionarlo y para derrotarlo, cuando ese enemigo confía el éxito á una sola cabeza y anula las iniciativas de los núcleos secundarios, desligados.

Para nuestras empresas de América no fué necesario cambiar nada, y los conquistadores, en cuanto hombres de armas, fueron legítimos guerrilleros, lo mismo los más bajos que los más altos, sin exceptuar á Hernán Cortés. He aquí por qué Europa no ha comprendido nunca á nuestros conquistadores, y les ha equiparado á bandoleros. Mil veces, desde que vivo fuera de España, he oído la eterna acusación, lanzada

por sabios é ignorantes y hasta por los poetas, que suelen tener más ancho criterio para comprender las cosas humanas. Heine, en su *Romancero*, en su torpe leyenda de «Vitzliputzli,» llama también á Hernán Cortés «un capitán de bandidos.» Y en vez de indignarse, creo que lo procedente es decir que no comprenden á nuestros conquistadores, porque no han podido tenerlos.

Holanda imitó la política de Portugal y buscó también en la colonización fuerzas que la exigüidad de su territorio no le daba para asegurar su independencia en el Continente; pero Holanda contaba ya con medios de acción mucho más perfectos, y como además su espíritu era ya otro, su colonización se transformó en negocio comercial, en algo útil, práctico, sin duda, pero que ya no era tan noble; y esta colonización, así entendida, pasó del Continente á Inglaterra, que adquirió luego la supremacía colonial en el mundo; y acaso sería más justo decir que no pasó á Inglaterra, sino á Escocia, puesto que los escoceses, no los ingleses, fueron los iniciadores. En nuestros días, Bélgica, ó mejor, el rey de los belgas, ha emprendido la misma política (la cual puede ser peligrosa si, sacando al país de su neutralidad, no le diera los medios para sostener por cuenta propia lo que hoy está sostenido por el acuerdo de las naciones); pero esta política, que desde luego es noble y generosa, está apoyada también en el comercio y en la acción

militar regular, no en el espíritu conquistador; que no son conquistadores quienes sirven un breve período de tiempo en una colonia por obtener riquezas ú honores, sino quienes conquistan por necesidad, espontáneamente, por impulso natural hacia la independencia, sin otro propósito que demostrar la grandeza oculta dentro de la pequeñez aparente. Y tan conquistadores como Cortés ó Pizarro son Cervantes, preso en Argel y comprometiéndose en una rebelión por España, y San Ignacio de Loyola, otro obscuro soldado que con un puñado de hombres acomete la conquista del mundo espiritual. Cuando Europa, pues, habituada á la acción regular de la milicia y del comercio, ve á unos cuantos aventureros lanzarse á la conquista de un gran territorio, no pudiendo ó no queriendo comprender la fuerza ideal que les anima, los toma por salteadores de caminos, é interpreta las crueldades que por acaso cometan, no como azares del combate, sino como revelación de instintos vulgares, sanguinarios; sin fijarse en que sin esos héroes tan mal juzgados, de quienes puede decirse que fueron los roturadores del mundo colonial, no hubieran venido después los que sembraron y recogieron, los que no contentos con sacar la utilidad del trabajo ajeno, pretenden recabar para sí toda la gloria.

Tales errores de juicio responden á una hipocresía sistemática en que hoy todos nos complacemos, á una ceguedad intencionada ó

voluntaria de que todos padecemos. Unimos el efecto á la causa sólo cuando uno y otra están ya unidos de un modo natural y no hay mdio de separarlos. Un ejército que lucha con armas de mucho alcance, con ametralladoras de tiro rápido y con cañones de grueso calibre, aunque deje el campo sembrado de cadáveres, es un ejército glorioso; y si los cadáveres son de raza negra, entonces se dice que no hay tales cadáveres. Un soldado que lucha cuerpo á cuerpo y que mata á su enemigo de un bayonetazo, empieza á parecernos brutal; un hombre vestido de paisano que lucha y mata, nos parece un asesino. No nos fijamos en el hecho, nos fijamos en la apariencia.

Nuestra sociedad desprecia y maltrata al prestamista y admira y ennoblece al banquero. ¿Por qué? Porque el prestamista se pone en contacto con su clientela, y el banquero trabaja en grande escala, valiéndose con frecuencia del telégrafo y del teléfono. Nos irrita que el prestamista lleve un tanto por ciento exagerado, porque la víctima sabe quién hace el mal, y al quejarse nos dice el nombre del usurero; nos maravilla que un bolsista gane un millón en una jugada hábil, porque las víctimas no le conocen, y al caer en la ruína, quizás al acudir al suicidio, no pueden decir quién ha abusado de su torpeza ó de su ignorancia.

Yo he vivido en países donde el crédito está admirablemente organizado; donde no hay ape-

nas capital inactivo, pues todo él está en manos que lo hacen fructificar. Hay combinaciones variadísimas para que los trabajadores puedan ahorrar, obteniendo intereses desde una peseta en adelante; para que los niños puedan ahorrar desde un sello de á céntimo, á fin de que desde pequeños vayan adquiriendo hábitos de economía. Todo esto está muy bien. Pero no he vivido en ningún país donde, en caso de apuro, una familia pobre (que en todas partes las hay) saque más partido que en España de una camisa vieja ó de unos calzoncillos usados. Nos superan en el crédito negativo, que es el de recoger; pero se quedan muy por bajo en el positivo, que es el de dar. Nuestro crédito también se organiza en guerrillas, y los prestamistas son los guerrilleros. Su acción es individual, y por esto, como dije, es más irritante; pero su malicia está encauzada por la misma estrechez de su círculo de operaciones: conforme este círculo se agranda, aumenta, sin duda, la cuantía de las empresas hasta llegar á las obras colosales, de las que se dice que son las «maravillas del crédito;» pero la maldad crece en la misma proporción y las catástrofes también son colosales y maravillosas.

Yo no diré así, en absoluto, esto es mejor que aquello; en absoluto sólo puede decirse que ambas cosas son malas. No me gusta la propiedad individual ni la colectiva, pero la comprendo aliada con el amor: un hombre que posee una

casa y la ama, porque en ella nació y piensa morir, es un propietario útil; un hombre que construye casas y las posee sólo hasta que logra venderlas con beneficio, es un propietario perjudicial, pues si le dejan será capaz de construirlas tan frágiles que se hundan y aplasten á los pobres inquilinos. Todo el progreso moderno es inseguro, porque no se basa sobre ideas, sino sobre la destrucción de la propiedad fija en beneficio de la propiedad móvil; y esta propiedad, que ya no sirve sólo para atender á las necesidades del vivir, y que en vez de estar regida por la justicia está regida por la estrategia, ha de acabar sin dejar rastro, como acabaron los brutales imperios de los medos y de los persas.

Nuestro desprecio del trabajo manual se acentúa más de día en día, y, sin embargo, en él está la salvación; él solo puede engendrar el sentimiento de la fraternidad, el cual exige el contacto de unos hombres con otros. Así, la guerra civilizada, que parece más noble porque coloca á gran distancia á los que matan y á los que mueren, es una guerra profundamente egoísta y salvaje, porque impide que se muestre la piedad: el que lucha desde lejos, mata siempre que acierta á matar; el que lucha cuerpo á cuerpo, unas veces mata y otras veces se compadece y perdona. Los españoles son tenidos por guerreros duros y crueles, y acaso sean los que han ofrecido más ejemplos de piedad y de magnanimidad, no porque sean más magnánimos y más

piadosos, sino porque han peleado siempre muy cerca del enemigo.

Para valerme de una demostración más vulgar y, por tanto, más enérgica, compararé al zapatero de portal con el fabricante de zapatos. Si pregunto cuál de los dos es más meritorio en su oficio, se me dirá que el fabricante, porque éste trabaja en grande escala, con mayor delicadeza y elegancia y acaso á más bajo precio. Yo estoy por el zapatero de portal, porque éste trabaja sólo para unos cuantos parroquianos y llega á conocerles los pies y á considerar estos pies como cosa propia; cuando hace un par de botas, no va sólo á ganar un jornal: va á afanarse cuanto pueda para que los pies encajen en las botas perfectamente, ó cuando menos con holgura; y esta buena intención basta ya para levantarle á mis ojos muy por encima del fabricante, que mira sólo á su negocio, y del obrero mecánico, que atiende sólo á su jornal. Venimos, pues, á la misma conclusión que cuando hablábamos del propietario: hay un obrero socialmente útil, el que trabaja y ama su obra, y un obrero perjudicial, el que trabaja por instinto utilitario. Esto no lo dice sólo la cabeza: meditando un poco sobre el caso del zapatero, paréceme que hasta nuestros pies se pondrían de parte de la ya casi extinguida descendencia de San Crispín, quien no trabajó nunca en ninguna fábrica, ni hubiera llegado á santo si hubiera sido fabricante.

SIEMPRE que en España surge un conflicto que demanda ser resuelto por la fuerza de las armas, presenciamos el espectáculo de la insubordinación de todas las clases sociales, deseosas de suplir la acción del Estado, en la que no se tiene absoluta confianza, y de tomar sobre sí la dirección de la guerra. Y los hombres sensatos condenan duramente esas iniciativas, claman contra el desequilibrado espíritu nacional y piden poco menos que un silencio religioso y solemne para que el ejército cumpla su misión con entero desembarazo. Esto es lógico, es científico y no es español. Si fuera posible destruir las anomalías de nuestro carácter, habría en el acto que suplirlas con un militarismo tan desenfrenado como el que hoy consume á las naciones del Continente. Cuando todo el mundo aumenta su poder militar de una manera formidable, sólo dos naciones se mantienen refractarias: Inglaterra, enemiga por tradición de los grandes ejércitos, tiene sólo un ejército, organizado según sus propias ideas y apropiado á las necesidades de su política; España confía la salvaguardia de su independencia al espíritu del territorio y cuenta con fuerzas suficientes para sostener el orden interior; no posee siquiera un ejército colonial, á pesar de ser una nación colonizadora. Y acaso las dos naciones que puedan mirar con más seguridad el porvenir sean España é Inglaterra, porque la una tiene su poyo más firme en el carácter nacional y en

el aislamiento, y la otra en su situación insular y en sus fuerzas navales.

Si fuese posible, pues, destruir nuestro espíritu territorial y confiar nuestros intereses á un ejército numeroso y disciplinado, nuestra independencia, hoy indiscutible, estaría constantemente amenazada. He aquí que hemos organizado un ejército de cien mil hombres, más aún, de quinientos mil: supongamos que todos esos hombres obedecen á una sola cabeza, y supongamos, que ya es suponer, que hay una cabeza para dirigir á todos esos hombres. Esa masa militar recibe el choque del enemigo, que viene por el Norte, y como es tres ó cuatro veces inferior en número, vemos con dolor que, en virtud de los principios del arte moderno de la guerra, queda derrotada, aplastada, como los franceses en Sedán. ¿Qué hacer? ¿Dejar que el enemigo disperse los restos de nuestro ejército derrotado, sitie Madrid y lo tome, si así le parece conveniente; firmar luego un tratado por el que se nos sangre y se nos mutile, y quedarnos contentos porque se nos dice que nuestra derrota se ajusta á los preceptos que hoy recomienda la civilización? Si la guerra hubiera de ser no más que una lucha científica de dos cabezas que jugaran con las masas de hombres como se juega en la Bolsa con los capitales, bastaría conocer los censos de población para que los menos se humillasen ante los más, para que una nación de quince millones de habitantes se consi-

derara virtualmente vencida por otra de treinta ó cuarenta. Ante la idea de esta esclavitud brutal, bien que bajo apariencias civilizadas, toda alma noble é independiente se subleva y busca el remedio en la acción individual y se defiende con arreglo á otra táctica que equilibre las fuerzas desiguales; y el arte militar acude á este deseo, y así como da reglas para regir grandes masas, da también reglas para destruir esas grandes masas.

Véase, pues, cómo una idea que parece vaga é inaprisionable como la del espíritu del territorio, lleva en sí la solución de grandes problemas políticos. Nosotros queremos tener ejércitos iguales á los del Continente, y nuestro carácter pide, exige, un ejército peninsular. El soldado continental comprende la solidaridad, y se siente más valiente y animoso cuando sabe que con él van contra el enemigo uno ó dos millones, si es posible, de compañeros de armas. El soldado peninsular se encoge y se aflige y como que se ahoga cuando se ve anulado en una gran masa de tropas, porque adivina que no va á obrar allí humanamente, sino como un aparato mecánico. El número da al uno fuerzas y al otro se las quita. En cambio, si sobreviene un desastre á cualquiera de los grandes ejércitos de Europa, la desmoralización es casi instantánea, porque la fuerza principal no estaba dentro de los soldados, sino en la cohesión que se rompe y en la confianza que desaparece; y un ejército

español renace una y cien veces como un fénix, porque su fuerza constitutiva era el espíritu del soldado, y ese espíritu no cuesta nada: lo da gratuitamente la tierra.

Por donde quiera que echemos á andar por los caminos de España, nos saldrá al paso la eterna esfinge con la eterna y capciosa pregunta: ¿es mejor vivir como hasta aquí hemos vivido, ayer cargados de gloria, hoy hundidos y postrados, mañana de nuevo en la prosperidad y siempre organizados al modo bohemio, ó conviene romper definitivamente con las malas tradiciones, convertirnos en nación á la moderna, muy bien ordenada y equilibrada? Ni esto ni aquello. No debemos cruzarnos de brazos y dejar que hasta lo que es virtud se transforme en causa de menosprecio y de escarnio; hay que tener una organización, y para que ésta no sea de puro artificio, para que cuaje y se afirme, ha de acomodarse á nuestra constitución natural. Aunque parezca extraño á primera vista, una organización de ese género es tan hacedera, está tan al alcance de la mano, que no requiere ningún esfuerzo de imaginación, ni largas meditaciones, ni complicados razonamientos. Lo lógico sale al paso, y si no lo vemos muchas veces, es porque estamos distraídos buscando soluciones caprichosas.

Organizar un ejército que sirva á la vez para una guerra á la moderna y para una guerra á la española, parece obra de romanos. Y no obs-

tante, esa obra estuvo ya realizada en nuestra época de apogeo militar: basta, para resucitarla, constituir los pequeños núcleos ó unidades de combate con tal solidez y vigor, que lo mismo sirvan para formar unidos un ejército regular, que separados, en caso de dislocación, para formar centros de suprema resistencia. Un ejército español no puede prescindir del espíritu guerrero individual de los habitantes del territorio: ha de contar con él y ha de apoyarse, en caso extremo, sobre él; sus unidades de combate no deben de ser organismos «técnicos» solamente, sino reducciones de la sociedad plena y entera. Hay que prescindir de organizaciones artificiales, imitadas de los triunfadores del día ó de la víspera, y atenerse á lo que las necesidades propias exigen, sin fijarse en lo que hagan los demás. La imitación de lo extraño tiene que concretarse á los detalles, á todo aquello que sea progreso efectivo y encaje bien dentro de la concepción nacional; pues á veces, lo que en otro país es cuestión de primer orden, en el nuestro es menos que de segundo ó tercero, y lo que es útil, inútil y hasta perjudicial, por falta de concordancia con lo esencial de nuestra organización.

En un ejército continental lo más importante es la movilización de las grandes masas, con rigor matemático, con la precisión de un mecanismo perfecto; lo secundario es la función de cada unidad de combate: en un ejército español

la movilización, con ser de tan alta transcendencia, es lo secundario, y lo principal es la función desligada de las compañías, las cuales por esto mismo han de ser un reflejo y un compendio de la nación, de todas las clases sociales, de lo actual y de lo tradicional, de lo que la nación fué y es y desea ser. El mejor ejército español no será aquél que cuente con muchos soldados, sometidos á una sola cabeza, sino aquél que se componga de compañías que se muevan como un solo hombre y que tengan, como el dios Jano, dos caras: una mirando al campo, donde se libran las batallas regulares, y otra á la montaña, donde se encuentra un último y seguro refugio para defender la independencia nacional.

***

Contados son los libros donde no se emplea la alegoría de la nave como símbolo de las cosas humanas. No hay medio de escapar de tan manoseado tópico, porque las ideas que nos vienen al espíritu cuando vemos una nave flotando sobre las aguas, son las que más claramente revelan nuestra concepción universal y armónica de la vida. Yo vivo en una casa rodeada de árboles, junto al mar. A veces veo en el lejano horizonte la forma indecisa de un barco que surge entre el mar y el cielo, como portador de mensajeros espirituales; después

comienzo á distinguir el velamen y la arboladura; luego el casco y algo confuso que se mueve; más cerca las maniobras de los tripulantes; por fin veo entrar el barco en el puerto y arrojar por las escotillas sobre el muelle la carga multiforme que lleva escondida en su enorme buche. Y pienso que así se nos presentan también las ideas, las cuales comienzan por un destello divino que, conforme toma cuerpo en la realidad, va perdiendo su originaria pureza, hasta hundirse y encenagarse y envilecerse en las más groseras encarnaciones. Por un instante que el alma se deleite en la contemplación de una idea que nace limpia y sin mancha entre las espumas del pensamiento, cuánta angustia después para hacer sensible esa idea en alguna de las menguadas y raquíticas formas de que nuestro escaso poder dispone; ¡cuánta tristeza al verla convertida en algo material, manchada por la impureza inseparable de lo material!

Si esto puede decirse de todas las ideas, aplícase con más rigor que á las demás á la idea de justicia: nada existe que parezca venir de tan alto, y nada existe que descienda tan bajo; nada hay que se presente más simple y más puro, y nada hay que tome aspecto más impuro, ni más grosero, ni más inhumano.

El espíritu jurídico de un país se descubre observando en qué punto de la evolución de la idea de justicia se ha concentrado principalmente su atención. Porque los códigos poco

valen; tienen sólo un valor objetivo; han de ser interpretados por el hombre. No basta decir que España se rigió por leyes romanas, y luego por leyes romanas y germánicas, y luego por una amalgama de éstas y de los principios jurídicos que el progreso fué introduciendo en las antiguas legislaciones; porque si se miran las cosas de cerca, ha existido y existe, por encima de todo ese fárrago de leyes reales, una ley ideal superior, la ley constante de interpretación jurídica, que en España ha sido más bien de disolución jurídica.

España no ha tenido nunca leyes propias: le han sido impuestas por dominaciones extrañas, han sido hechos de fuerza. Así, cuando durante la Reconquista se relajaron los vínculos jurídicos, desapareció la unidad legislativa y casi pudiera decirse que hasta la ley, puesto que los fueros con que se las pretendía sustituir sistemáticamente llevaban en sí la negación de la ley. El fuero se funda en el deseo de diversificar la ley para adaptarla á pequeños núcleos sociales; pero si esta diversidad es excesiva, como lo fué en muchos casos, se puede llegar á tan exagerado atomismo legislativo, que cada familia quiera tener una ley para su uso particular. En la Edad Media nuestras Regiones querían reyes propios, no para estar mejor gobernadas, sino para destruir el poder real; las ciudades querían fueros que las eximieran de la autoridad de esos reyes ya achicados, y todas las clases

sociales querían fueros y privilegios á montones; entonces estuvo nuestra patria á dos pasos de realizar su ideal jurídico: que todos los españoles llevasen en el bolsillo una carta foral con un solo artículo, redactado en estos términos breves, claros y contundentes: «Este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana.»

Un criterio jurídico práctico se atiene á la legislación positiva y acepta de buen grado las desviaciones que la idea pura de justicia sufre al tomar cuerpo en instituciones y leyes; un criterio jurídico idealista reacciona continuamente contra el estado de derecho impuesto por la necesidad y pretende remontarse á la aplicación rigurosa de lo que considera que es justo. El primer criterio lleva al ideal jurídico de la sociedad, á la aplicación uniforme, acompasada, metódica, de las leyes; el segundo lleva al ideal jurídico del hombre cristiano á regirse por la justicia, no por la ley, y á aplacar después los rigores de la justicia estricta por la caridad, por el perdón generosamente concedido.

Como en la filosofía, en el derecho hubo también ilustres rapsodas que convirtieron el derecho pagano en cristiano á fuerza de zurcidos habilísimos, pero conservándole como fundamento invariable la idea romana, la fuerza, en pugna con la idea cristiana, el amor. Duele decirlo, pero hay que decirlo porque es verdad: después de diez y nueve siglos de apostolado, la idea cristiana pura no ha imperado un solo día en el

mundo. El Evangelio triunfó de los corazones y de las inteligencias; mas no ha podido triunfar de los instintos sociales, aferrados brutalmente á principios jurídicos que nuestros sentimientos condenan, pero que juzgamos convenientes para mantener el buen orden social, ó en términos más claros, para gozar más sobre seguro de nuestras vidas y de nuestras haciendas.

Existe, pues, una contradicción irreductible entre la letra y el espíritu de los códigos, y por eso hay naciones donde se profesa poco afecto á los códigos, y una de esas naciones es España. Las anomalías de nuestro carácter jurídico son tales, que permiten á veces suponer á quien nos observa superficialmente que somos una nación donde todas las injusticias, inmoralidades, abusos y rebeldías tienen su natural asiento. No hay pueblo cuya literatura ofrezca tan copiosa producción satírica encaminada á desacreditar á los administradores de la ley; en que se mire con más prevención á un Tribunal, en que se ayude menos la acción de la justicia. ¿Qué digo ayudar? Más justo es decir que se entorpece y burla, si es posible, la acción de la justicia. Es algo muy hondo que no está en nuestra mano arrancar: yo he estudiado leyes y no he podido ser abogado, porque jamás llegué á ver el mecanismo judicial por su lado noble y serio; y esto le ocurre á muchos en España, á todos los que, como yo, estudian sin abandonar por completo

el trabajo manual, sin perder el contacto con el obrero ó con el campesino. Mientras un español permanezca ligado á las clases proletarias, que son el archivo y el depósito de los sentimientos inexplicables, profundos, de un país, no puede ser hombre de ley con la gravedad y aplomo que la naturaleza del asunto requiere.

Un día se me acercó un hombre del pueblo para preguntarme: «Usted que es abogado, ¿no quiere decirme qué pena corresponde á quien ha hecho tal cosa de este modo ó bien de aquel modo? Porque me citan como testigo en tal causa, y yo no quiero ir á ciegas sin saber si hago bien ó mal.» Ese hombre es el testigo español, el cual declara, no lo que sabe, sino lo que previamente adiestrado comprende que ha de conducir á la imposición de la pena que él cree justa. No es que desconfíe de la interpretación imparcial é inteligente de los jueces, porque no los juzgue inteligentes é imparciales ó porque éstos sean menos dignos que los de otros países donde se siguen prácticas diferentes: es que no quiere abdicar en manos de nadie. La rebeldía contra la justicia no viene de la corrupción del sentido jurídico; al contrario, arranca de su exaltación. Y esta exaltación tiene dos formas opuestas, que acaso vengan á dar en un término medio de justicia, superior al que rige allí donde la ley escrita es estrictamente aplicada.

La primera forma es la aspiración á la justicia pura; lo casuístico desagrada, y las excep-

ciones enfurecen; se desea un precepto breve, claro, cristalino, que no ofrezca dudas, que no se preste á componendas ni á subterfugios, que sea riguroso, y si es preciso, implacable. Cuando un hombre adquiere una personalidad bien marcada y cae en las garras de la crítica social, ha de ser impecable, incorruptible, perfecto y hasta santo, y aun así el quijotismo jurídico hallará donde hincar el diente, donde herir. ¡Cuántas cosas que en España son piedra de escándalo y que pregonadas á gritos nos rebajan y nos desprestigian, he visto yo practicadas regularmente en otros países de más anchas tragaderas!

La segunda forma es la piedad excesiva que pone en salvar al caído tanto ó más empeño que el que puso para derribarlo; por lo cual en España no puede haber moralizadores, es decir, hombres que tomen por oficio la persecución de la inmoralidad, la corrección de abusos, la «regeneración de la patria.» El espíritu público les sigue hasta que llegan al punto culminante: el descubrimiento de la inmoralidad; pero una vez llegado allí, sin gradaciones, sin que haya, como se cree, desaliento ni inconstancia, da media vuelta y se pone de parte de los acusados; de suerte que si los paladines de la moralidad no se paran á tiempo y pretenden continuar la obra hasta darle remate y digno coronamiento, se hallan frente á frente del mismo espíritu que al principio les alentó.

ESTE dualismo, que bajo apariencias de desorden jurídico, lamentado por las inteligencias vulgares, encubre la idea más noble y alta que haya sido concebida y practicada sobre la humana justicia, es una creación del sentimiento cristiano y de la filosofía senequista en cuanto ambos son concordantes. El estoicismo de Séneca no es, como vimos, rígido y destemplado, sino natural y compasivo. Séneca promulga la ley de la virtud moral, como algo á que todos debemos encaminarnos; pero es tolerante con los infractores: exige pureza en el pensamiento y buen propósito en la voluntad, mas sin desconocer, puesto que él mismo dió frecuentes tropezones, que la endeblez de nuestra constitución no nos permite vivir en la inmovilidad de la virtud, que hay que caer en inevitables desfallecimientos, y que lo más que un hombre puede hacer es mantenerse como tal hombre en medio de sus flaquezas, conservando hasta en el vicio la dignidad.

El entendimiento que más hondo ha penetrado en el alma de nuestra nación, Cervantes, percibió tan vivamente esta anomalía de nuestra condición, que en su libro inmortal separó en absoluto la justicia española de la justicia vulgar de los Códigos y Tribunales: la primera la encarnó en Don Quijote y la segunda en Sancho Panza. Los únicos fallos judiciales moderados, prudentes y equilibrados que en el *Quijote* se contienen son los que Sancho dictó durante el

gobierno de su ínsula; en cambio, los de Don Quijote son aparentemente absurdos, por lo mismo que son de justicia transcendental: unas veces peca por carta de más y otras por carta de menos; todas sus aventuras se enderezan á mantener la justicia ideal en el mundo, y en cuanto topa con la cuerda de galeotes y ve que allí hay criminales efectivos, se apresura á ponerlos en libertad. Las razones que Don Quijote da para libertar á los condenados á galeras, son un compendio de las que alimentan la rebelión del espíritu español contra la justicia positiva. Hay, sí, que luchar porque la justicia impere en el mundo; pero no hay derecho estricto á castigar á un culpable mientras otros se escapan por las rendijas de la ley; que al fin la impunidad general se conforma con aspiraciones nobles y generosas, aunque contrarias á la vida regular de las sociedades, en tanto que el castigo de los unos y la impunidad de los otros son un escarnio de los principios de justicia y de los sentimientos de humanidad á la vez.

No se piense que estas ideas se quedan en el aire, en el ambiente social, sin ejercer influjo en la administración de justicia: por muy rectos que sean los jueces y por muy claros que sean los Códigos, no hay medio de que un juez se abstraiga por completo de la sociedad en que vive, ni es posible impedir que por entre los preceptos de la ley se infiltre el espíritu del pueblo á quien se aplica; y ese espíritu, con labor sor-

da, invisible y, por tanto, inevitable, concluye por destruir el sentido que las leyes tenían en su origen, procediendo con tanta cautela, que, sin tocar á una coma de los textos legales, les obliga á decir, si conviene, lo contrario de lo que antes habían dicho.

El castigo de los criminales está regulado en España aparentemente por un Código, en realidad por un Código y la aplicación sistemática del indulto. En otro país se procuraría modificar el Código y acomodarlo á principios de más templanza y moderación. En España se prefiere tener un Código muy rígido y anular después sus efectos por medio de la gracia. Tenemos, pues, un régimen anómalo, en armonía con nuestro carácter. Castigamos con solemnidad y con rigor para satisfacer nuestro deseo de justicia, y luego, sin ruido ni voces, indultamos á los condenados para satisfacer nuestro deseo de perdón.

Si fuera ocasión de detenerse en el análisis de los hechos de nuestra historia, veríamos que muchos de ellos han sido engendrados por el espíritu jurídico independiente, y que son muy pocos los que se derivan de la marcha ordenada de nuestras instituciones regulares. Un momento crítico culminante de la Historia de España es aquél en que Castilla, encerrada en el centro de la Península, deseosa de terminar la Reconquista y de reconstituir la unidad nacional, empieza, pudiera decirse, á balancearse, inclinándose, ya hacia Aragón, ya hacia Portugal. Porque á la

unidad no podía llegarse de una vez, puesto que los intereses y aspiraciones de los reinos oriental y occidental eran ó parecían ser antagónicos, y además la unión había de hacerse mediante enlaces, ya que ni las prácticas corrientes ni lo que es más importante, el espíritu nacional, aconsejaban acudir á medios violentos. Castilla pudo ser mediterránea ó atlántica, y ambas soluciones debían de iniciar nuevos períodos históricos; y difícilmente se podría imaginar, ahora que conocemos las consecuencias de su unión con la parte oriental de la Península, que su unión con la parte occidental hubiera sido más fecunda. Sin embargo, siendo la política castellana, una vez terminada la Reconquista, análoga, por no decir idéntica, á la portuguesa, esta unidad, este exclusivismo en la acción, hubiera dado vida á grandezas acaso menos brillantes, pero más firmes y duraderas, que las que trajo la política continental. Lo cierto es que á la solución que se adoptase estaba ligado el curso de los sucesos históricos en nuestra patria y en el mundo, y que por raro azar el problema quedó planteado en términos exclusivamente jurídicos.

De un lado Portugal apoyaba á Juana la Beltraneja, y del otro Aragón á Isabel, y la decisión correspondía al pueblo castellano. Un pueblo respetuoso de la ley escrita no hubiera vacilado, y se hubiera puesto de parte de Juana, la cual había nacido en posesión de estado civil. En vez de meterse en averiguaciones indiscretas sobre

los devaneos de la reina y de su favorito, lo correcto era atenerse á los principios jurídicos, legales, universales en materia de legitimidad, sin los que el régimen familiar no existiría. ¿Qué sería de la sociedad si la opinión pública pudiera modificar las actas del registro civil y aplicar con estricta justicia el axioma jurídico: «á cada uno lo suyo?» El artículo 109 de nuestro Código civil vigente dice: «El hijo se presumirá legítimo aunque la madre hubiera declarado contra su legitimidad ó hubiera sido condenada como adúltera.» Y este precepto no es invención moderna; se encuentra ya en las Partidas. Pero el pueblo castellano no quiso regirse por preceptos legales, sino por la realidad de los hechos, mejor ó peor conocidos: puesto en el terreno de la legitimidad, necesitó acercarse todo lo más posible á la alcoba de sus príncipes. Y en el caso de la infeliz Juana de Castilla, no se satisfizo con murmurar y zaherir, que era á lo sumo lo procedente; se acogió á la ley natural, y amparado en ella saltó por encima de todos los cuerpos legales vigentes á la sazón y mantuvo los derechos de Isabel. Y así se constituyó la nacionalidad española.



La síntesis espiritual de un país es su arte. Pudiera decirse que el espíritu territorial es la medula, la religión el cerebro, el espíritu

guerrero el corazón, el espíritu jurídico la musculatura y el espíritu artístico como una red nerviosa que todo lo enlaza y lo unifica y lo mueve. Suele pensarse que la religión es superior al arte y que el arte es superior á la ciencia, considerando sólo la elevación del objeto hacia el cual tienden; pero vistos desde el punto de vista en que yo me coloco, como fuerzas constituyentes del alma de un país, la superioridad depende del carácter de cada país. En el fondo, ciencia, arte y religión son una misma cosa: la ciencia interpreta la realidad mediante fórmulas, el arte mediante imágenes y la religión mediante símbolos, y rara es la obra humana en que se encuentra una interpretación pura. La ciencia se vale de hipótesis, que no son otra cosa que imágenes utilizadas para cubrir los huecos que no se pueden llenar con fórmulas; el arte propende al simbolismo, y en algunos casos se transforma en religión (y en los períodos de decadencia en ciencia arbitraria, fantástica, caprichosa y hasta documental), y la religión se sirve por necesidad del arte y de la ciencia para humanizar sus simbolismos. La diferencia real está en el sujeto: según la aptitud espiritual predominante en cada individuo, el mundo se muestra en una ú otra forma, y todos ellos, bajo distintos aspectos y con diversa energía, producen el mismo resultado «útil:» la dignificación del hombre.

Para un matemático, el binomio de Newton es una obra de arte y es un dogma. Un artista verá en el binomio, si por acaso llega á comprenderlo, una igualdad de términos que, siendo al parecer desemejantes, encierran en sí cantidades equivalentes, ni más ni menos que en la igualdad: tres más tres igual á cinco más uno; un matemático verá en él una evolución ideal completa, que conduce por fórmulas graduales é inteligibles del arcano á lo evidente, y un símbolo de valor general para remontarse al conocimiento de nuevas y desconocidas leyes de la realidad abstracta. En cambio, si un matemático analiza un drama de amor, como el de *Los amantes de Teruel,* acaso lo reduzca á la fórmula «lo infinito es igual á cero,» ó á una ecuación amorosa en que la incógnita sea el sentimiento del deber, mientras que para un artista el drama estará en la lucha interior de los sentimientos y en las formas visibles, plásticas, en que éstos se exteriorizan, y para el creyente el drama será como un símbolo religioso, y los amantes no serán fuerzas ciegas movidas por el instinto, según la idea de Schopenhauer, sino dos almas dueñas de sus destinos, ennobleciéndose por la abnegación y por la dignidad con que transforman la pasión humana, contraria al deber, en amor espiritual y místico, mediante la muerte por el dolor, la transfiguración, el tránsito desde la vida á las regiones donde el de-

ber no existe, donde hay sólo un deber, el de amar, que más que deber es goce y deleite de las almas.

HAY, pues, muchos modos de servir al ideal, y á cada hombre se le debe pedir sólo que lo sirva según su natural comprensión, y á cada pueblo que lo entienda según su propio genio. Aunque sea vulgar el modo de expresión, hay que acudir á él por lo exacto: en el ideal existe también y debe de existir una prudente «división del trabajo.» Los hebreos fueron un pueblo religioso; los griegos, artistas; los romanos, legisladores. Todas las naciones europeas, así como las civilizadas por la influencia de Europa, están constituídas sobre esos tres sillares: la religión cristiana, el arte griego y la ley romana. Y aunque parezca que por esta conexión en los orígenes ya no puedan existir pueblos donde se destaque con vigor una forma del ideal, dejando anuladas las otras, en realidad sí existen esos pueblos, bien que en la actualidad no los distingamos bien por hallarnos á muy corta distancia. La vida de una nación ofrece siempre una apariencia de integridad de funciones, porque no es posible existir sin el concurso de todas ellas; mas conforme transcurre el tiempo, se va notando que todas las funciones se rigen por una fuerza dominante y céntrica, donde pudiera decirse que está alojado el ideal de cada raza, y entonces comienza á distinguirse el carácter de las naciones y el papel que han

representado con más perfección en la historia ó comedia universal.

Nuestras ideas, si se atiende á su origen, son las mismas que las de los demás pueblos de Europa, los cuales, con mejor ó peor derecho, han sido partícipes del caudal hereditario legado por la antigüedad; pero la combinación que nosotros hemos hecho de esas ideas, es nuestra propia y exclusiva y es diferente de la que han hecho los demás, por ser diferente nuestro clima y nuestra raza. A la vista está nuestro desvío de las ciencias de aplicación: no hay medio de hacerlas arraigar en España, ni aun convirtiendo á los hombres de ciencia en funcionarios retribuídos por el Estado. Y no es que no haya hombres de ciencia: los ha habido y los hay; pero cuando no son de inteligencia mediocre, se sienten arrastrados hacia las alturas donde la ciencia se desnaturaliza, combinándose ya con la religión, ya con el arte. Castelar quiere ser historiador, y sus estudios se le transforman en cantos épico-oratorios; Echegaray, matemático y dramaturgo, maneja los números con la maestría y profundo espiritualismo de los pitagóricos, y Letamendi escribe en nuestro tiempo sobre Medicina como un filósofo hipocrático.

NUESTRO espíritu es religioso y es artístico, y la religión muchas veces se confunde con el arte. A su vez, el fondo del arte es la religión en su sentido más elevado, el misticismo, juntamente con nuestras demás propiedades carac-

terísticas: el valor, la pasión, la caballerosidad. Pero al decir esto, que es lo que la generalidad de las gentes dice ó piensa, no se dice nada ó casi nada, porque más importante que la tendencia ideal de un arte es la concepción y ejecución de la obra, ó sea la «obra en sí.» Los pueblos tienen personalidad, estilo ó manera como los artistas: dos pintores muy devotos de la Virgen pintan dos Vírgenes que no tienen entre sí punto de relación, y dos pueblos religiosos, nobles, apasionados, pueden dar vida á dos artes antagónicos; y la razón de esta diferencia está en el hecho interesante de que, mientras el fondo del arte procede de la constitución ideal de la raza, la técnica arranca del espíritu territorial.

Hace algún tiempo escribí yo que Goya era un genio ignorante, y lo escribí con temor, porque comprendía que ese juicio, que para mí era y es exacto, parecería disparatado ó paradógico, según el modo vulgar de examinar y comprender las cuestiones de arte; asimismo creo que Velázquez, que no es solamente un genio, que es el más grande genio pictórico conocido hasta el día, era tan ignorante como Goya. No echo yo de menos ninguna de las manoseadas «reglas,» ni hallo esa ignorancia corriente que engendra los anacronismos, la falsedad de los caracteres, la torcida interpretación de los hechos históricos, las monstruosidades anatómicas y demás torpezas y deficiencias que destruyen el efecto

total de un cuadro; lo que yo veo es la carencia de reflexión técnica, ó dicho en términos más llanos, que el artista no conoce cuándo está la obra en su verdadero punto de ejecución, porque se deja sólo guiar por el impulso de su genio. Y como el genio es una facultad falacísima, raras veces la mano que por él se guía remata bien una obra: en cualquier momento de la ejecución la obra «es,» pero sólo en uno «está;» y la mano se detiene á capricho, al azar, no en el momento de suprema perfección. Esta inseguridad produce en los momentos felices de los grandes genios creaciones originales, de esas que forman época en el mundo; pero aceptada como procedimiento sistemático, es causa de que los entendimientos medianos, y á veces los grandes también, fracasen vergonzosamente, y de que esas mismas creaciones originales no traigan consigo, como debieran, un ennoblecimiento de las artes del país en que aparecen, antes contribuyan á formar el mal gusto y á precipitar la decadencia y envilecimiento del ideal.

No se piense que el rasgo señalado es privativo de Velázquez ó de Goya; es constante y es universal en nuestro país, porque brota espontáneo de nuestro amor á la independencia. Por eso en España no hay términos medios. Los artistas pequeños como los grandes van á ver lo que sale; y cuando empiezan á trabajar no suelen tener más que una idea vaga de la obra que van á crear y una confianza absoluta en sus

fuerzas propias, en su genialidad, cuando no «confían en Dios y en la Reina de los Cielos,» como dicen los romances que cantan los ciegos en las plazuelas. Siempre que un español de buena estirpe coge la pluma ó el pincel ú otro instrumento de trabajo artístico, se puede pensar, sin temor de equivocarse, que aquel hombre está igualmente dispuesto para crear una obra maestra ó para dar vida á algún estupendo mamarracho.

No existe en el arte español nada que sobrepuje al *Quijote*, y el *Quijote*, no sólo ha sido creado á la manera española, sino que es nuestra obra típica, «la obra» por antonomasia, porque Cervantes no se contentó con ser un «independiente:» fué un conquistador, fué el más grande de todos los conquistadores, porque mientras los demás conquistadores conquistaban países para España, él conquistó á España misma, encerrado en una prisión. Cuando Cervantes comienza á idear su obra, tiene dentro de sí un genio portentoso; pero fuera de él no hay más que figuras que se mueven como divinas intuiciones; después coge esas figuras y las arrea, pudiera decirse, hacia adelante, como un arriero arrea sus borricos, animándoles con frases desaliñadas de amor, mezcladas con palos equitativos y oportunos. No busquéis más artificio en el *Quijote*. Está escrito en prosa, y es como esas raras poesías de los místicos, en las que igual da comenzar á leer por el fin que por el principio,

porque cada verso es una sensación pura y desligada, como una idea platónica.

Cómo se explica que Lope de Vega, con su genio dramático original fecundísimo, no nos haya dejado una obra «acabada,» como *Hamlet*? No es que las facultades creadoras de Lope fueran inferiores á las de Shakespeare, sino que Shakespeare disparaba después de apuntar bien y daba casi siempre en el blanco; mientras que Lope no daba casi nunca porque tiraba sin apuntar, al aire. Y esta diferencia es tan clara, que en España misma Lope se ha visto relegado á segundo término por Calderón, que se servía de tipos teatrales, sin la lozanía y la espontaneidad de los del teatro de Lope; pero que sabía concentrar más su atención é infundir á sus personajes y escenas cierta intensidad, cierta emoción interiores, sin las cuales no hay obra duradera. Y no se crea que Calderón profesaba principios estéticos más firmes que los de Lope: cuando la independencia del artista es tan exagerada como en nuestro país, poco importan los principios, puesto que cada cual hace lo que mejor le parece; las equivocaciones y aciertos dependen en gran parte del azar, de una intuición feliz, interpretada con mejor ó peor fortuna. Un estudiante, para distraerse durante las vacaciones, comienza á escribir *La Celestina* y conquista el primer puesto en la literatura española.

Si el teatro español se hunde desde las alturas de Lope en los abismos insondables donde vivía la ilustre patulea que sirvió á Moratín para componer su *Comedia nueva*, la culpa no es ciertamente de los discípulos de Don Hermógenes, es de Lope; y más que de Lope, de nuestro carácter. Los más bajos pretenden ser artistas como los más altos; no se detienen en un arte mediano y decoroso: se precipitan en los antros del salvajismo artístico. Yo ví una vez una *Concepción* de la escuela industrial sevillana, que me hizo pensar: el autor de este atentado es un pintor de brocha gorda; pero hay que ser justos y reconocer que maneja las brochas con la misma soltura con que Murillo debía de manejar los pinceles. Yo no acepto el criterio estrecho, mezquino, y más francés que español de Moratín, quien conocía bien nuestro arte; pero no llegó nunca á comprenderlo. De no haber remedio humano para nuestras flaquezas artísticas, preferible es que seamos alternativamente geniales y tontos, que no que fuéramos constantemente correctos y mediocres. Pero esto no obsta para señalar que nuestro carácter, en cuanto á la técnica artística, es un exaltado amor á la independencia, que nos lleva á no hacer caso de nadie, á lo sumo á proceder por espíritu de oposición y luego á no hacer caso de nosotros mismos, á trabajar sin reflexión y á exponernos á los mayores fracasos.

Cuando el teatro francés de Corneille impe-

raba con más fuerza en Alemania, hubo un crítico dramático de extraordinaria perspicacia y comprensión, Lessing, que le movió guerra en nombre de los mismos principios del teatro clásico, de los que aquél era una falsa interpretación, demostrando la superioridad del teatro romántico de los españoles y de los ingleses. Y, sin embargo, el teatro de Corneille era también como un reflejo del teatro español; era una mezcla monstruosa de la sobriedad y severidad del teatro griego y de las peripecias y artificios dramáticos imaginados por la fértil fantasía de Lope. Cito este ejemplo para hacer ver cuán peligroso es nuestro arte para los que intentan imitarlo. El mismo autor de la *Dramaturgia*, enamorado de la poesía, viveza y naturalidad de nuestro teatro, hacía grandes reservas en cuanto á los recursos teatrales inventados sin reflexión ni medida por nuestros autores. Por esto nuestra influencia en el desarrollo del teatro alemán fué secundaria, y Schiller pudo decir más tarde con visos de verdad «que los alemanes habían tenido por únicos guías á los griegos y Shakespeare.»

Lo más interesante en estas anomalías que de nuestro carácter provienen, es que no hay medio de evitarlas, imitando los buenos modelos y formando escuelas artísticas: nosotros no queremos imitar; pero aunque quisiéramos no podríamos hacerlo con fruto, porque nuestros modelos, por su excesiva fuerza personal, son

inimitables; y así se aclara el hecho anómalo de que siendo tan independientes, sea nuestro arte, como nuestra historia, una continuada invasión de influencias extrañas. En cuanto nos quedamos solos destruímos nuestro arte, y para re novarlo tenemos que salir fuera de España para equilibrar nuevamente nuestro gusto; y apenas éste está un poco depurado, volvemos á las andadas. Estúdiese la historia del arte español en nuestro siglo, la historia del arte que vive al aire libre, pues hay algún arte, como la música, que en su estilo genuinamente español y elevado apenas ha salido de los templos, y se comprobará la idea que acabo de exponer. Hemos tenido dos grupos de pintores, que el uno en Francia, el otro en Italia, han buscado el medio de renovar nuestro arte; y apenas levantado un pòco el nivel estético de la nación, han aparecido también los españoles, los independientes, y con ellos los primeros asomos de insubordinación y desorden. Tendremos como siempre obras magistrales creadas por los maestros y una rápidá degradación provocada por la audacia y desenfado de los aprendices.

En cuanto á la poesía, á la novela, á la vista de todos está cómo hemos tenido ó tenemos representantes de todas las tendencias artísticas de Europa, sin llegar á constituir grupos, por nuestra tendencia ó propensión á desvirtuar las formas convencionales, aunque estén en gran predicamento, para convertirlas en estilo propio y

personal; y á la vista está también que ningún poeta, ó novelista, ó simplemente escritor, acepta lecciones de quienes son reconocidos y acatados como maestros, que todos desean ser cabezas de ratón ó de león, poco importa, y que en vez de formar un ejército literario no somos más que una partida de guerrilleros de las letras.

Es imposible en absoluto modificar estos instintos de insubordinación que nos destrozan y nos aniquilan? Yo creo que no. A pesar de nuestro espíritu de independencia, hemos podido constituir dos naciones en nuestra Península: no ha sido una sola, pero no han sido tampoco más de dos; luego alguna cohesión se ha dado en este punto al espíritu territorial. En cambio, en las artes, en vez de adelantar, retrocedemos. Por un error inexplicable se ha creído que la anarquía proviene de las literaturas regionales, siendo éstas, al contrario, esfuerzos en pro de la disciplina; y por otro error de mayor calibre aún, se ha pensado que la centralización traería la cohesión, cuando para lo que sirve es para sacar á los individuos de los centros donde podrían recibir la influencia bienhechora de un templado ambiente intelectual y lanzarlos en el vacío y en la soledad de un medio más culto, pero más móvil é incoherente, en el cual no se encuentra nada que sirva de punto de apoyo ni que dome los arranques naturales que suelen propender á la exageración y al desequilibrio.

España, como nación, no ha podido crear todavía un ambiente común y regulador, porque sus mayores y mejores energías se han gastado en empresas heróicas. Apenas constituída la nación, nuestro espíritu se sale del cauce que le estaba marcado y se derrama por todo el mundo en busca de glorias exteriores y vanas, quedando la nación convertida en un cuartel de reserva, en un hospital de inválidos, en un semillero de mendigos. ¿Qué extraño, pues, que en ambiente tan pobre los hombres de valer que por acaso quedaban, sintiesen el deseo de dar rienda suelta á sus facultades, sin comprender á dónde iban ni dónde debían detenerse? La reflexión no es, como se cree, un hecho puramente interno: es más bien una labor de unificación de las reflexiones que nos inspira la realidad en que vivimos; y aun á los espíritus más independientes hay medio de someterlos á la obra común, si se les rodea de espíritus que les cerquen y les aprisionen.

AL estudiar la historia de las artes españolas, hay que fundar la unión en las ideas. Tenemos una *Historia de nuestras ideas estéticas;* pero no tenemos (iba á decir ni podremos tener) una historia de nuestros procedimientos técnicos, de nuestros estilos, de nuestras escuelas, porque en España no es fácil relacionarlos todos en una unidad superior, en un concepto general, en una verdadera escuela; y así, los puntos más altos de nuestro arte no están repre-

sentados por grupos unidos por la comunidad de doctrinas, sino por genios sueltos que, como Cervantes ó Velázquez, forman escuela ellos solos. En Francia hay cuatro ó seis mil gacetilleros ó cronistas, que sin una idea en la cabeza escriben con el aplomo de los grandes escritores. El espíritu patriótico les fuerza á formar núcleos, y alrededor de cada sol giran innumerables planetas, satélites, asteroides y hasta bólidos. Cierto que esa gente menuda no hace cosas de gran provecho, pero tampoco hace daño; mientras que en España sólo sirve para arrasar el sentido estético de la nación. Como dice mi amigo Navarro y Ledesma, uno de los pocos españoles que todavía piensan en castellano, la lengua francea es como un gabán y la española como una capa; no hay prenda más individualista ni más difícil de llevar que la capa, sobre todo cuando es de paño recio y larga hasta los pies. Esto es verdad: la lengua castellana es una capa, y la mayoría de los escritores españoles la llevamos arrastrando.

Es incalculable el número de ingenios arrebatados á las artes españolas por las guerras y por la colonización; y la pérdida fué doble, pues se perdió todo lo que no crearon y la influencia que pudieron ejercer sobre los que quedaban. Y esta idea no es hija de un sentimentalismo huero: yo no hallo gran diferencia entre la muerte y la vida, pues creo que lo que realmente vive son las ideas; pero también ha de

vivir el individuo, que es el creador de las ideas, y la especie, en cuanto necesaria para servir de asilo á las ideas. Así, pues, no doy importancia á la muerte, ni menos á la forma en que nos asalta; lo que me entristece es que se queden en el cuerpo muerto las creaciones presentes ó futuras del espíritu. Hay muchas maneras de amar la patria, y lo justo es que cada uno la ame del modo que le sea más natural y que más contribuya á dignificarla. Nosotros hemos perdido hasta tal punto el sentido de la perspectiva, que no damos importancia más que al derramamiento de sangre. Los que no luchan con las armas ó por lo menos con arrebatados discursos, son la «obra muerta» de la sociedad, son mirados con desprecio. Ya decía Gœthe á este propósito, contestando á los que le acusaban de falta de patriotismo: «Yo he procurado llegar á donde más alto he podido en aquellas cosas á que me sentía inclinado por mi naturaleza; he trabajado con pasión; no he perdonado medio ni esfuerzo para realizar mi obra: si alguno ha hecho tanto como yo, que alce el dedo.» No se puede hablar con más elevación y justicia; mucho vale la sangre, pero más vale la obra del espíritu. Los hovas, los cafres, los hotentones, los matabeles y los zulús derraman también su sangre por defender el suelo patrio; en los pueblos cultos eso no basta: hay que luchar por el engrandecimiento ideal de la gran familia en medio de la cual se ha nacido, y este engran-

decimiento exige algo más que el mero sacrificio de la vida.

EL Siglo de Oro de las artes españolas, con ser tan admirable, es sólo un asomo ó un anuncio de lo que hubiera podido ser si, terminada la Reconquista, hubiéramos concentrado nuestras fuerzas y las hubiéramos aplicado á dar cuerpo á nuestros propios ideales. La energía acumulada en nuestra lucha contra los árabes no era sólo energía guerrera, como muchos creen: era, según haré ver después, energía espiritual. Si la fatalidad histórica no nos hubiera puesto en la pendiente en que nos puso, lo mismo que la fuerza nacional se transformó en acción, hubiera podido mantenerse encerrada en nuestro territorio, en una vida más íntima, más intensa, y hacer de nuestra nación una Grecia cristiana.

B

La política exterior de España en la Edad Moderna podría ser gráficamente representada por una «Rosa de los vientos.» La política de Castilla era africana ó meridional, porque la Toma de Granada y la terminación de la Reconquista no podía ser el último golpe contra los moros: entonces estaba aún pujante el poder musulmán y debía de temerse una nueva acometida, pues el mahometismo lleva en sí un germen de violencia que hoy parece extinguido y mañana reaparece encarnado en un pueblo más joven que de nuevo le da calor y vida; y aparte de esto, era lógico que la respuesta se acomodase á la agresión, que no terminase en nuestro suelo invadido, sino que prosiguiera en el territorio de nuestros invasores. La política de Aragón era mediterránea ú oriental, y como al unirse Aragón y Castilla se unieron bajo la divisa de igualdad, constituyendo, más que una unión, una sociedad de socorros mutuos, así como Aragón ayudó á la conquista de Granada, Castilla tenía que ayudar á Aragón en sus empresas de Italia.

Y por un azar histórico en el mismo campamento de Santa Fe, donde se formaba el núcleo militar que después pasó á los campos de Italia, nacía también el pensamiento de aceptar los planes de Colón, y con esto el comienzo de nuestra política occidental ó americana. Teníamos, pues, tres puntos cardinales: Sur, Este y Oeste, y sólo nos faltaba el Norte, que vino con gran oportunidad al incorporarse á España los Países Bajos. Y luego, de la combinación de tan encontradas políticas surgieron las políticas intermedias, y no hubo nación en Europa con la cual, ya con uno, ya con otro pretexto, no tuviéramos que entendernos por la diplomacia ó por la guerra.

El criterio excesivamente positivista en que se inspiran hoy los estudios históricos, obliga á los historiadores á colocar todos los hechos sobre un mismo plano y á cifrar todo su orgullo en la exactitud y en la imparcialidad. En vez de cuadros históricos, se nos da solamente reducciones de archivo, hábilmente hechas, y se consigue la imparcialidad por el facilísimo sistema de no decir nunca lo que esos hechos significan. Sin embargo, lo esencial en la historia es el ligamen de los hechos con el espíritu del país donde han tenido lugar: sólo á este precio se puede escribir una historia verdadera, lógica y útil. ¿Á qué puede conducir una serie de hechos exactos y apoyados en pruebas fehacientes, si se da á todos estos hechos igual valor, si se los presenta

con el mismo relieve y no se marca cuáles son concordantes con el carácter de la nación, cuáles son opuestos, cuáles son favorables y cuáles contrarios á la evolución natural de cada territorio, considerado con sus habitantes, como una personalidad histórica?

Los que escriben Historias de España fijan principalmente su atención en la Edad Moderna, porque la tienen más cerca y la ven colocada en primer término como asunto principal del cuadro que intentan componer. Y esta idea es errónea, es una violación de la perspectiva: en la historia no es posible colocar unos hechos delante de los otros como las figuras ú objetos en un cuadro; todo está fundido en la personalidad nacional, y en ella debe de aquilatarse la importancia relativa que los sucesos históricos tuvieron. Cuando pasen varios siglos y haya otra época histórica moderna, la que hoy llamamos moderna no lo será y habrá que cambiarle el nombre, y al cambiárselo se ha de notar que no es sólo el nombre el que cambia, que cambia también la significación total de los acontecimientos que la formaron; y entonces esa historia moderna de hoy será una fase anómala de nuestra historia general.

Hemos tenido, después de períodos sin unidad de carácter, un período hispano-romano, otro hispano-visigótico y otro hispano-árabe; el que les sigue será un período hispano-europeo é hispano-colonial, los primeros de constitución

y el último de expansión. Pero no hemos tenido un período español puro, en el cual nuestro espíritu, constituído ya, diese sus frutos en su propio territorio; y por no haberlo tenido, la lógica de la historia exige que lo tengamos y que nos esforcemos por ser nosotros los iniciadores. Importante es la acción de una raza por medio de la fuerza; pero es más importante su acción ideal, y ésta alcanza sólo su apogeo cuando se abandona la acción exterior y se concentra dentro del territorio toda la vitalidad nacional.

En el comienzo de la Edad Moderna había en España dos tendencias políticas naturales y justificadas: la de Castilla y la de Aragón, esto es, la africana y la italiana; y después de unidos Aragón y Castilla, la segunda política debió de perder algún terreno. Los descubrimientos y conquistas en América, que tan profunda brecha nos abrieron, tenían también su justificación en nuestro carácter, en nuestra fe y en la fatalidad providencial con que nos cayó sobre los hombros tan pesada carga. Pero nuestra acción en el centro del Continente fué un inconmensurable absurdo político, un contrasentido cuya sola disculpa fué y es el estar amparado por las ideas entonces imperantes en materias de derecho político y prácticas de Gobierno. Al empeñarse España, nación peninsular, en proceder como las naciones continentales, se condenaba á una ruína cierta, puesto que si una nación se fortifica adquiriendo nuevos territorios que están

dentro de su esfera de acción natural, se debilita en cambio con la agregación de otros que llevan consigo contingencias desfavorables á sus intereses propios y permanentes. El poder de Inglaterra se sostiene por no apartarse de esta línea de conducta: es un poder que se apoya en la ocupación de puntos estratégicos, que puedan ser defendidos «insularmente.» Inglaterra ha podido ocupar el territorio de los Países Bajos en épocas en que no le hubiera sido necesario gastar fuerzas muy considerables; pero se ha limitado á trabajar porque en las costas de Europa, que están frente á su territorio, haya naciones pequeñas y débiles, para estar más á salvo de una invasión; si hubiera ido más allá, hubiera corrido la misma suerte que nosotros. Un error político destruye una nación, aun la nación más grande del mundo.

España cometió ese error, y cuando lo cometió hubo quien comprendiera, bien que vaga é instintivamente, los riesgos á que nos exponía; hubo muchos que lo comprendieron, y los unos se murieron y á los otros los degollaron. Para mí, la muerte de Cisneros, muerte oportuna, que le libró de recibir en el rostro la bocanada de aire extranjero que traía consigo el joven Carlos de Gante, fué la muerte de Castilla; y la decapitación de los comuneros fué el castigo impuesto á los refractarios, á los que no querían caminar por las nuevas sendas abiertas á la política de España. Los comuneros no eran libe-

rales ó libertadores, como muchos quieren hacernos creer; no eran héroes románticos inflamados por ideas nuevas y generosas y vencidos en el combate de Villalar por la superioridad numérica de los imperiales y por una lluvia contraria que les azotaba los rostros y les impedía ver al enemigo: eran castellanos rígidos, exclusivistas, que defendían la política tradicional y nacional contra la innovadora y europea de Carlos I. Y en cuanto á la batalla de Villalar, parece averiguado que ni siquiera llegó á darse.

En la rebelión de las Comunidades de Castilla ocurrió, como ocurre casi siempre, que la razón estaba de las dos partes, y que se habló de todo menos de la causa verdadera de los disturbios, quizás porque los bandos antagónicos no tenían concepto exacto de lo que pretendían. En nuestro tiempo está en auge la política de protección; no hay clase social que no pida auxilio al Estado, y alguna pretende transformarlo en proveedor general de felicidad: por este camino se llegará insensiblemente á convertir el poder político en padre de familia, y se le obligará á buscar medios extraordinarios para llenar sus nuevas y flamantes funciones sociales. Y entonces surgirá la protesta de los que han estado en silencio mientras se discutía, de los que han dejado que las ideas tomen cuerpo, juzgándolas inofensivas ó poco peligrosas, y después se sorprenden ante los resultados ya inevitables. De

igual suerte, al constituirse la nacionalidad española se exaltó el poder real por encima de todos los poderes; se le pidió que tomase á su cargo la dirección de todas las fuerzas constitutivas del país, insubordinadas por el abuso de los privilegios, y se le excitó á luchar por el engrandecimiento político, cifrado en la idea de la época: la constitución de fuertes nacionalidades. Y en cuanto el poder real se puso á la obra, sobrevino la rebeldía de los prudentes, de los que veían transformarse la política nacional en política dinástica.

ADMITIDO el error político inicial, hay que reconocer que Carlos I fué un hombre oportuno. En España no había nadie capaz de comprender su política, y esto prueba, sin necesidad de más demostraciones, que su política era ajena á nuestros intereses, aunque estuviera apoyada en derechos indiscutibles y en vagas aspiraciones de nuestra nación. Carlos I representó en nuestra historia un papel análogo, aunque en sentido inverso, al de Napoleón en la de Francia. Napoleón hizo de Francia una nación insular, y Carlos I hizo de España una nación continental. Él supo llevar de frente las diversas y contradictorias políticas que despuntaron casi á la vez; acudió á los Países Bajos, á Italia, á Túnez y á América: todo lo abrazó con golpe de vista amplio, admirable y certero; mas su obra era personalísima, porque él miraba á España desde fuera y nos atribuía las mismas

ambiciones que á él, nacido en el centro del Continente, le atormentaban.

Al pasar el poder de Carlos I á Felipe II, se nota inmediatamente que la política de la Casa de Austria va á convertirse en un peligro para Europa y va á dar al traste con nuestra nación. Felipe II era un español y lo veía todo con ojos de español, con independencia y exclusivismo: así, no podía contentarse con la apariencia del poder; quería la realidad del poder. Fué un hombre admirable por lo honrado, y en su espejo deberían mirarse muchos monarcas que se ufanan de su potestad sobre reinos cuya conservación les exige sufrir humillaciones no menores que las que sufren los ambiciosos vulgares para mantenerse en puestos debidos á la intriga y al favoritismo. Felipe II quiso ser de hecho lo que era de derecho; quiso reinar y gobernar; quiso que la dominación española no fuese una etiqueta útil sólo para satisfacer la vanidad nacional, sino un poder efectivo, en posesión de todas las facultades y atributos propios de la soberanía; una fuerza positiva que imprimiese la huella bien marcada del carácter español en todos los países sometidos á nuestra acción, y de rechazo, si era posible, en todos los del mundo. Con este criterio planteó y resolvió cuantos problemas políticos le ofreció su tiempo, y á su tenacidad fueron debidos sus triunfos y sus fracasos.

Para otra nación, el conflicto religioso que

surgió al aparecer en los Países Bajos la Reforma, hubiera sido relativamente de fácil solución; pasados los primeros momentos de resistencia, vistas las proporciones que tomaba la herejía, se hubiera buscado una componenda para poner á salvo la dominación: esto lo hubiera hecho hasta Francia, católica también; pero menos rigorista, más enamorada de su prestigio político que de sus ideas religiosas, como lo demostró aliándose con los protestantes y hasta con los turcos, cuando así convino á sus intereses. Sólo España era capaz de plantear la cuestión en la forma en que lo hizo y arriesgar el dominio material por sostener el imperio de la religión. Y mientras las demás naciones hubieran concluído por perder el dominio algo más tarde, sin dejar huella de su paso, nosotros lo perdimos antes de tiempo, pero dejamos una nación católica más en Europa.

La política de Felipe II tuvo el mérito que tiene todo lo que es franco y lógico: sirvió para deslindar los campos y para hacernos ver la gravedad de la empresa acometida por España al abandonar los cauces de su política nacional. Si Felipe II no triunfó por completo y dejó como herencia una catástrofe inevitable, la culpa no fué suya, sino de la imposibilidad de amoldarse él y su nación á la táctica que exigía y exige la política del Continente. Una nación no se impone sólo con fuerzas militares y navales: necesita tener ideas flexibles y que se presten

á una rápida difusión; y estas ideas no hay medio de inventarlas: nacen, como vemos constantemente en Francia, de la fusión de las ideas tomadas del extranjero con las ideas nacionales. Hay que sacrificar la espontaneidad del pensamiento propio; hay que fraguar «ideas generales» que tengan curso en todos los países, para aspirar á una influencia política durable. Nosotros, por nuestra propia constitución, somos inhábiles para esas manipulaciones, y nuestro espíritu no ha podido triunfar más que por la violencia. Yo creo que á la larga el espíritu que se impone es el más exclusivista y el más original; pero cuando llega á imponerse, no tiene ya alcance político: su influencia es ideal, como la de los griegos sobre los romanos.

Con Felipe II desaparece de nuestra nación el sentido sintético, esto es, la facultad de apreciar en su totalidad nuestros varios intereses políticos. España se defiende largo tiempo con el instinto de conservación, pero sin pensar siquiera cuál ha de ser en caso de sacrificio el interés sacrificado, poniéndolo todo al mismo nivel: lo pasajero y fugaz de nuestra política, como lo esencial y permanente. La idea fundamental de nuestros gobernantes era que la fuerza política dependía de la extensión del territorio; no mermándose éste, la nación conservaba enteros sus prestigios y su vitalidad. Así fuimos sosteniéndonos ó fué sosteniéndonos nuestro ejército, núcleo de resistencia que contuvo el desmembra-



miento y que en ocasiones llegó á representar él solo la nación, con mejor derecho que el agregado inmenso de territorios y de gentes que la formaban.

En mi opinión, lo más triste que hay en nuestra decadencia no es la decadencia en sí, sino la refinada estupidez de que dieron repetidas muestras los hombres colocados al frente de los negocios públicos en España. Se halla á lo sumo algún hombre hábil para ejecutar una misión que se le encomiende; pero no encontraremos uno solo que vea y juzgue la política nacional desde un punto de vista elevado, ó por lo menos céntrico. A todos les ocurría lo que, según la frase popular, les ocurre á los músicos viejos: no les quedaba más que el compás.

Acaso hubiera sido un bien para España que el largo y doloroso descenso que se inicia en la paz de Westfalia y se consuma en la de Utrecht hubiera sido una caída rápida, en la que hubiéramos probablemente sacado á salvo la unidad nacional; pero diseminadas nuestras fuerzas para atender á muchos puntos á la vez, debilitados por un gasto incesante de energía, tanto más considerable cuanto la ruína estaba más próxima, las soldaduras de las diversas regiones españolas comenzaron á despegarse y estuvo á punto de dislocarse la nación. Y se dislocó en parte, puesto que Portugal, cuya unión era más reciente, concluyó por conquistar su independencia.

No es justo exigir á los hombres de aquella época un conocimiento de nuestros intereses tan cabal como el que hoy tenemos, juzgando los hechos á distancia y con diferente criterio político; pero sí es justo declarar que aun con las ideas que entonces imperaban se hubiera podido proceder con más cordura, si nuestros hombres de Estado hubieran estado á la altura de la situación, ó cuando menos, sabido separar lo permanente de la nación, que era la metrópoli, la península unida, de lo accidental, que eran los estados de ella dependientes y las colonias. La confusión en este punto fué tan completa, que se llegó á poner sobre un pie de igualdad y á defender con igual empeño en algún tratado, como el de los Pirineos, el dominio de España en Portugal (cuya rebeldía era favorecida y apoyada por Francia), y los intereses personales de los príncipes de Condé. Por muy elevado que sea el concepto que se profese de la lealtad política, no es jamás disculpable que se sacrifique el interés de una nación, que es algo substantivo y permanente, en obsequio de un particular, cuyos servicios pueden ser privadamente recompensados.

La política borbónica no fué mejor que la austriaca en este punto. Continúa admitida la idea de que el engrandecimiento nacional ha de venir del exterior; de que la fuerza está en la cantidad, en la extensión del territorio. Este es el sistema generalmente seguido por los nobles arruinados:

nada de reducir los gastos por no descubrir lo que está á la vista, que la casa se hunde; préstamos usurarios, alardes estúpidos de poder para inspirar confianza, enlaces en que se busca una dote providencial y demás expedientes de mala índole. No fué otra nuestra política en los comienzos de la casa de Borbón. El asunto más ruidoso de la época fué la famosa cuestión de los ducados, y nuestra obra maestra en política el experimento de galvanización del intrigante Alberoni. El espíritu español, enviciado ya en el sistema del artificio, falto de una mano fuerte que lo obligara á buscar la salvación donde únicamente podía hallarla, en la restauración de las energías nacionales, acepta con agrado todas las panaceas políticas que le van ofreciendo los agiotistas de la diplomacia, y continúa largo tiempo arrastrándose por los bajos fondos de la mendicidad colectiva, adornado con el oropel de fingidas y risibles grandezas.

***

LA Edad Moderna de nuestra historia no está cerrada todavía, porque una edad no termina mientras no surgen hechos nuevos que marcan una nueva dirección. En nuestros días se han repetido los ensayos del reinado de Carlos III: parece que al fin vamos á entrar en la tierra de promisión; pero de pronto sobrevienen

complicaciones que echan abajo la obra comenzada y nos dejan en la eterna interinidad. Aún se discute la forma que ha de tener el gobierno y la organización territorial de la nación; se discute todo y se discute siempre. La fuerza que antes se desperdiciaba en aventuras políticas en el extranjero, se pierde hoy en hablar: hemos pasado de la acción exterior á la palabra; pero aún no hemos pasado de la palabra á la acción interior, último término y asiento natural de nuestra vida política. Hemos restaurado algunas cosas y falta aún restaurar la más importante: el sentido común. Cuando todos los españoles acepten, bien que sea con el sacrificio de sus convicciones teóricas, un estado de derecho fijo, indiscutible y por largo tiempo inmutable, y se pongan unánimes á trabajar en la obra que á todos interesa, entonces podrá decirse que ha empezado un nuevo período histórico.

El punto de partida de la política exterior de un país, es la política nacional, puesto que de ésta depende el rumbo que se ha de imprimir á aquélla; y asimismo el punto de partida de la política interior es la idea que se tiene del papel que la nación ha de representar en la política extranjera. Por ejemplo: la política interior de Prusia, antes de la constitución del Imperio alemán, estuvo subordinada á la idea de constituir el Imperio; la política exterior de Italia en la actualidad, está subordinada á las exigencias de su política interior, á la necesidad de consolidar

la unidad italiana. Si se determina cuál ha de ser en lo porvenir la política exterior de España, tendremos una base fija para fundar sobre ella nuestra política interior; y una vez aceptada ésta, encontraremos la fuerza necesaria para satisfacer las aspiraciones nacionales. De suerte que, en mi concepto, España no puede tener hoy política exterior bien determinada, por faltarle una constitución interna bastante robusta para seguir un rumbo propio, en armonía con sus propios intereses, y, por lo tanto, sólo hay que estudiar cuáles son estos intereses, para asentar sobre ellos nuestra organización política interior.

Por donde el horizonte se muestra más despejado es por el Norte. Nuestra antigua y funesta política continental está en absoluto agotada, muerta y sepultada. Aparte las relaciones comerciales y de buena vecindad, no existe nada que obligue á España á mezclarse en asuntos europeos de una manera forzosa; tenemos una frontera natural, muy bien marcada, y nuestra política territorial es la del retraimiento voluntario, el cual, si ya no fuera en sí tan lógico como es, habría de ser aceptado por decoro. Cuando un actor eminente nota que sus facultades se debilitan y decaen por la acción inevitable del tiempo, no tiene más solución noble y decente que la de retirarse con oportunidad: no le está permitido degradarse aceptando papeles secundarios, hasta llegar al de criado 1.° ó 2.°, cuya

intervención se reduce á pronunciar las palabras sacramentales: «la señora está servida.» España ha sido en Europa un gran actor trágico, y no puede aceptar como graciosa concesión el papel de gran potencia, que algunos políticos tan inquietos como ignorantes creen había de bastar para darnos la fuerza que todavía no tenemos. En este punto, nuestro criterio creo yo que debería de ser tan rígido que rehuyera toda complicación en los asuntos continentales, aunque fuese para resolver los mayores conflictos de nuestra propia política; porque por muy grandes que fueran los beneficios obtenidos, nunca llegarían á compensar las consecuencias perniciosas que por necesidad habrían de derivarse de un acto político contrario á la esencia de nuestro territorio.

Parecerá ciertamente osadía afirmar así en redondo que España no tiene pendiente ningún problema de política continental. ¿Pues qué, se me preguntará, no tenemos en España dos problemas que afectan á nuestra unidad y que son europeos en cuanto su solución depende en parte de la política de Europa? Porque en España se cree de buena fe que el rescate de Gibraltar y la unidad ibérica son cuestiones que exigen de España, por excepción, el abandono de su retraimiento, siendo así que una y otra justifican y apoyan con más vigor aún si cabe nuestro retraimiento sistemático.

El rescate de Gibraltar debe de ser una obra esencial y exclusivamente española. Podría ser europea si todas las naciones de Europa, interesadas como están en la libertad del Mediterráneo, creyesen oportuno intervenir pacíficamente como intervinieron para resolver asuntos de interés general y de carácter análogo, como la liberación de las grandes vías navegables del interior del Continente; pero no siendo así, España no puede buscar el amparo de éste ó aquel grupo político de Europa para procurar el rescate por la fuerza, porque este servicio costaría demasiado caro y haría tan patente nuestra debilidad como la actual situación.

No hay humillación ni deshonra en el reconocimiento de la superioridad de un adversario: es sobradamente manifiesto que Inglaterra ejerce la supremacía en todos los mares del globo; pocas naciones se han librado de sus abusos de poder, favorecidos por la desunión del Continente. Y contra tales abusos, la política más sabia es la de hacerse fuertes é inspirar respeto. Un hecho de fuerza como la ocupación de Gibraltar tiene cierto uso práctico; pues sirve de regulador de las energías nacionales é impide que los petulantes alcen demasiado la voz. Gibraltar es una fuerza para Inglaterra mientras España sea débil; pero si España fuera fuerte, se convertiría en un punto flaco y perdería su razón de ser. Científicamente se puede afirmar que una nación fuerte y vigorosa, por muy pequeña que

sea, está libre de ser humillada en su territorio; sólo las naciones divididas ó desorganizadas excitan el deseo de cometer esas violaciones territoriales, y sólo en ellas se puede ejercer impunemente la alta piratería política.

No es Inglaterra nación que inspire simpatías, porque su fuerza la hace más bien temible ú odiosa; en general una nación «simpática» es una nación que marcha mal: la simpatía política suele ser algo semejante á la lástima ó la compasión en las relaciones entre los hombres. Mas por fortuna hoy está muy en baja la política sentimental, y todas las cuestiones pueden ser planteadas en términos egoístas escuetos; y hay en este egoísmo franco una notable ventaja sobre el egoísmo cauteloso é hipócrita de la diplomacia «clásica.» Con arreglo á este novísimo criterio, se puede, pues, decir, sin escándalo de la moral política, que entre todas las naciones de Europa España es, después de Italia, la nación más interesada en que se conserve, por largo tiempo aún, la supremacía naval de Inglaterra. Nos ocurre en este particular como á aquel caballero arruinado que por nada en el mundo quería separarse de un antiguo mayordomo excesivamente manilargo.—No es por amor por lo que te retengo—decía el pobre señor:—es porque temo que el que te suceda me deje á pedir limosna.—Y si alguno de los que se irritan por nuestra afrenta en Gibraltar, encuentra esta idea poco brillante, tenga entendido que me la ha so-

plado en la oreja el prudente Sancho Panza, que era tan español y tan manchego como Don Quijote.

Antes de alegrarse infantilmente del hundimiento de un poder, hay que pensar en el poder que va á sustituirlo: nosotros no podemos ser los herederos de Inglaterra y hemos de ver quién ha de heredar á Inglaterra, en caso de que mediante una coalición se llegara á desbancarla. Mil soluciones son posibles y ninguna es tan clara como el «statu quo,» ni más favorable tampoco. Á mi juicio, la nación más terrible como poder marítimo es Inglaterra, por lo mismo que su poder está en perfecta concordancia con su carácter territorial: ninguna nación del Continente sola podrá llegar á donde ha llegado Inglaterra; pero Inglaterra tiene dos ventajas que la abonan: la primera, no tener conexión inmediata con el Continente, ni menos aún con el litoral del Mediterráneo; la segunda, hallarse en la plenitud de absorción y verse obligada ya á acudir á procedimientos defensivos. Su poder sería, pues, útil á Europa si, privado de sus condiciones agresivas, lograra sostenerse como agente de orden público internacional. En cambio, una nación continental y marítima, Francia ó Rusia por ejemplo, sería una causa constante de perturbación y una amenaza para la independencia de algunas naciones, que podrían ser atacadas por fuerzas terrestres y marítimas á un mismo tiempo. Inglaterra ha de

limitarse á la ocupación de puntos aislados de un litoral; una nación del Continente tendría armas y medios para imponerse en toda la extensión de un territorio.

PARA sustituir con ventaja la supremacía marítima inglesa hay dos soluciones teóricas, que sólo á título de teóricas indicaré: la neutralización del Mediterráneo, ó un equilibrio marítimo equivalente á la neutralización. Ha de llegar un momento en que la hegemonía de Europa en el mundo no pueda sostenerse por los medios actuales y exija una concentración de fuerzas; y como la hegemonía ha de apoyarse principalmente sobre el poder naval, será preciso fundar un núcleo, un centro de conciliación en el mar europeo por excelencia, en el Mediterráneo. Porque no bastará un acuerdo diplomático ni una alianza escrita en papel: habrá que aceptar un hecho visible y tangible, que sea la prueba fehaciente de la unidad de acción y que por sí solo, sin necesidad de acudir inmediatamente á la violencia, mantenga la supremacía que hoy ejerce Europa por medio de coaliciones inestables. La neutralización del Mediterráneo dejaría libres grandes fuerzas navales que permitirían acentuar el movimiento expansivo de Europa; el equilibrio marítimo sería una base de inteligencia y de acción, siempre que en él estuvieran representadas todas las naciones europeas, en particular las más débiles, que por esta razón servirían con mayor lealtad y des-

interés como mediadoras y sustentadoras de la paz.

Pero ambas soluciones, cuyo amplio desenvolvimiento requiere una obra dedicada especialmente á tan grave materia, carecen en la actualidad de valor práctico, porque no todas las naciones han llegado á desprenderse de sus ambiciones particulares; cuando se trabaja por destruir el poderío de Inglaterra, no es para sustituirlo por un poder armónico, es para heredarlo y poner en su lugar otro poderío tan exclusivista como él y acaso más peligroso. Las dos soluciones pacíficas indicadas son como la espada y el basto en el juego del tresillo; son triunfos mayores, que Europa se reserva para el día de los grandes apuros, y ese día no ha llegado aún. Lo prudente es hoy por hoy apoyar el poder menos perjudicial.

Malta es una dependencia geográfica de Italia, y el serlo no impide que Italia se ponga del lado de Inglaterra; España no está tan obligada, porque tiene otros mares libres, porque no está enclavada dentro del Mediterráneo; no tiene necesidad de alianzas ni debe pactarlas con una nación más fuerte, pues en los tratados con los fuertes las cláusulas desfavorables tienen valor efectivo, y las ventajosas son cuando menos problemáticas; pero sí está interesada en que se conserve el poderío marítimo de Inglaterra.

Gibraltar es una ofensa permanente de la que nosotros somos en parte merecedores por nues-

tra falta de buen gobierno; pero no estorba al desarrollo normal de nuestra nación ni es causa bastante para que sacrifiquemos otros intereses más valiosos, por anticipar un tanto, en la hipótesis más ventajosa, un hecho que tiene marcada su realización lógica en el término de la restauración de nuestra nacionalidad. Absurdo parece, en efecto, que nuestros propios intereses estén ligados con los de la única nación con quien tenemos un motivo real de resentimiento; pero en reconocer y aceptar estos absurdos está á veces la máxima sabiduría política.

El problema de la unidad ibérica no es europeo ni español: como las palabras lo declaran, es peninsular ó ibérico. Aunque algunas naciones de Europa tengan interés en mantener dividida la península, no se sigue de aquí que el asunto sea europeo: si todas las naciones toleraran que constituyésemos esa venturosa unidad, no por eso nosotros habríamos de cometer una agresión; no habría en España, aunque otra cosa se piense, nadie capaz de hacerlo. En cambio, si España y Portugal voluntariamente convinieran en la unión, nadie en Europa pondría reparos á un acuerdo que no afectaba al equilibrio político continental. La unión debe de ser obra exclusiva de los que pretenden unirse, es un asunto interior en el que es peligroso acudir á auxilios extraños. El ejemplo de Italia lo demuestra sobradamente.

Asimismo no he comprendido nunca la unión

ibérica como cuestión puramente española. La epidemia de las unidades que aún se ceba sobre todos los países del globo, á todos con mayor ó menor fuerza nos ataca. Hace tiempo que á mí también me entristecía ver el mapa de nuestra Península teñido de dos colores distintos; diré más: mi tristeza aumentaba viendo que la sección de la Península era de arriba abajo, cortando montañas y ríos y formando dos nacione incompletas. ¿Cuánto más lógica no sería uña división de derecha á izquierda, que dejase al Norte el reino de España y al Sur un reino de Andalucía, un estado vandálico, semi-africano y semi-europeo? Mas después he visto tantas uniones artificiales, que he cambiado de parecer: si habíamos de estar unidos como Inglaterra é Irlanda, como Suecia y Noruega, como Austria y Hungría, más vale que sigamos separados y que esta separación sirva al menos para crear sentimientos de fraternidad, incompatibles con un régimen unitario violento. La unión de nacionalidades distintas en una sola nación no puede tener más fin útil y humano que el de aproximar diversas civilizaciones para que del contacto surja un renuevo espiritual; y este fin acaso pueda conseguirse sin el apoyo de la dominación material, política.

La unión de muchos es más fácil que la de dos: la empresa de confederar los estados alemanes en un solo Imperio, es un juego de niños comparada con el problema de la unidad

ibérica, en la cual, por ser dos los que habrían de unirse, no hay medio de cubrir las apariencias y ha de verse á las claras que el uno es más fuerte que el otro. Aunque la igualdad fuese absoluta, el más débil se creería humillado; y si faltaban motivos, buscaría pretextos para alimentar su suspicacia. De aquí la idea de algunos políticos de disolver la nación española, resucitar las antiguas regiones y fundar la unidad sobre algo parecido á una confederación. Estos políticos son como los muchachos que juegan á la baraja, y que cuando pierden no quieren conformarse y mezclan las cartas diciendo: esta vez no vale; ó bien como quien va á cazar con red y, aunque coja muchos pájaros en una redada, se empeña en que no ha de escaparse ninguno y suelta los ya cazados, para que éstos atraigan al que se escapó, sin pensar que lo más probable será que ni uno solo vuelva á acercarse á las redes ni á tiro de ballesta.

No hay medio de jugar con la historia; los hechos no se repiten á capricho, ni se puede volver atrás para rectificar lo que ya salió imperfecto en su origen. La verdadera ciencia política no está en esos artificios: está en trabajar con perseverencia para que la realidad misma, aceptada íntegramente, dé en el porvenir, avanzando, no retrocediendo, la solución que parezca más lógica. Este es el único medio que tiene el hombre de influir provechosamente en el desarrollo de los sucesos históricos: conociendo la realidad y

sometiéndose á ella, no pretendiendo trastrocarla ni burlarla. La unidad ibérica no justifica nuevas divisiones territoriales, ni un cambio en la forma de gobierno, porque la causa de la separación no está en estos accidentes, sino en algo más hondo y que no conviene ocultar: en la antipatía histórica entre Castilla y Portugal, nacida acaso de la semejanza, del estrecho parecido de sus caracteres. La única política sensata, pues, será aplicarnos á destruir esa mala inteligencia, á fundar la unidad intelectual y sentimental ibérica; y para conseguirlo, para impedir que Portugal busque apoyos extraños y permanezca apartado de nosotros, hay que enterrar para siempre el manoseado tema de la unidad política y aceptar noblemente, sin reservas ni maquiavelismos necios, la separación como un hecho irreformable.

* * *

VEAMOS ahora nuestra política de Occidente; demos un vistazo á nuestra numerosa familia de América. Pasa por verdad demostrada, indiscutible, que el moderno sistema de colonización, representado principalmente por Inglaterra, es superior al antiguo sistema colonial practicado por los españoles; y para hacer más patente la verdad, es costumbre, yo lo he leído y oído muchas veces, poner en parangón, no

ya colonias y colonias, sino antiguas colonias, emancipadas ya de la tutela de sus Metrópolis. Porque en las colonias no es fácil fijar el grado de evolución en que cada una se halla, mientras que en naciones ya independientes los resultados de uno ú otro sistema colonial parecen perfectamente definidos, formando el carácter de la nueva nacionalidad. Y los términos de la comparación no pueden estar más á la vista: de un lado las repúblicas ibero-americanas, y del otro la de los Estados Unidos de la América del Norte.

Con el criterio con que hoy son juzgados los asuntos políticos, no hay que decir si la comparación será para nosotros desventajosa. Los Estados Unidos son una nación formidable, muy poblada, muy rica y al parecer muy bien gobernada; pretende ejercer su protección paternal sobre toda América, é intervenir en los asuntos de Europa. No han faltado estadistas europeos que celebren la perfección de sus instituciones políticas, y algunos han querido hasta copiarlas. En cambio, las repúblicas de origen hispánico son pobres y están mal gobernadas; viven en guerra civil; salen á pronunciamiento por año. Las virtudes de la raza española—se dice—han degenerado en América y se han convertido en pecados capitales: el valor guerrero ha venido á dar en militarismo de la peor especie, en ese militarismo en que hasta los soldados quieren ser generales, y la altivez se ha cambiado en infa-

tuación pedante ó grosera. Y como prueba definitiva de nuestra inferioridad, me decía un buen señor con quien yo hablaba no há mucho sobre esta materia: «Si en cualquier punto de Europa nombra usted á América, se entenderá desde luego que América son los Estados Unidos; un americano es un súbdito de la Unión, como si la Unión fuera toda América. Para designar á los ciudadanos de las demás repúblicas ó colonias, no basta decir: un americano; hay que agregar el calificativo especial de la nación á que pertenece.»

A lo cual oponía yo diversos razonamientos por el estilo del siguiente: en efecto, los súbditos de la Unión han acaparado el nombre de americanos; pero precisamente este detalle sirve para marcar una diferencia que con el tiempo dará sus frutos y en la que yo veo la promesa de una futura superioridad de las creaciones de nuestra raza. Esta diferencia consiste en que nosotros poseemos en grado eminente, como nadie, el poder de caracterización; un suelo que nosotros pisamos recibe pronto la marca de nuestro espíritu, y con ella la fuerza fundamental en la constitución de un Estado: el carácter territorial. Al primer momento parece una muestra de superioridad el hecho de que un súbdito de los Estados Unidos sea reconocido como tal con sólo que diga: soy americano ó norte-americano; pero si nos fijamos un poco, notaremos que si emplea un nombre genérico que comprende también á los

súbditos de otros Estados, es porque no tiene nombre propio, como no se tome por tal el mote de «yankee.» Si después que ha dicho que es americano tiene precisión de particularizar más, no hallará un nombre que le caracterice bien á nuestros ojos; porque decir: soy ciudadano de los Estados Unidos, es largo y vago, y agregar: soy del Illinois, del Ohío, del Tennessee ó de Kentucki, es no agregar nada; y si añade que es carolino, lo tomarán por un insular de Oceanía. En cambio, las repúblicas de origen español, aun las microscópicas, tienen un sello peculiar que distingue admirablemente las unas de las otras. Cuando un hombre dice que es mejicano, argentino, brasileño, chileno ó peruano, uruguayo, paraguayo, venezolano ó boliviano, ecuatoriano, colombiano ó guatemalteco, cubano, puertorriqueño, hondureño, costarriqueño, salvadoreño, nicaragüés ó dominicano, dice algo que le redondea, que le da un aire personal, en suma, que le marca con el espíritu de su territorio.

En esta sencilla observación está la clave de la crítica concerniente á las naciones americanas; de ahí arrancan todas las diferencias de su evolución, de su organización, de su estado presente y de su porvenir. Una nación no es como un hombre: necesita varios siglos para desarrollarse. Las naciones hispano-americanas no han pasado de la infancia, en tanto que los Estados Unidos han comenzado por la edad viril.

¿Por qué? Porque las unas, al recibir la influencia de sus territorios, han retrocedido y han comenzado la evolución como pueblos jóvenes, paso á paso, tropezando en los escollos en que tropiezan las sociedades nuevas que carecen de un exacto conocimiento del camino que deben de seguir; y la otra ha continuado viviendo con vida artificial, importada de Europa, como pudiera vivir en cualquier otro territorio, por ejemplo, en Australia. Las luchas pequeñas que en las unas perturban la vida política, no son signos de degeneración: son signos de vitalidad excesiva y mal encauzada; expansiones de sociedades juveniles que luchan por lo que comienzan á luchar siempre los hombres, por su independencia y prestigio personal contra la acción autoritaria de los poderes organizados. En estas luchas se forman los poderes fuertes, y de ellas nace el verdadero progreso social, la civilización íntegra, que no está sólo en el acrecentamiento de la riqueza pública y privada, sino también y muy principalmente en el ennoblecimiento del ideal por medio del arte. Así, el defensor de los Estados Unidos á que antes aludí, y que es grandemente aficionado á la música, estaba á punto de convenir después conmigo en que la «habanera» por sí sola vale por toda la producción de los Estados Unidos, sin excluir la de máquinas para coser y aparatos telefónicos; y la «habanera» es una creación del espíritu territorial de la isla de Cuba, que en

nuestra raza engendra esos profundos sentimientos de melancolía infinita, de placer que se desata en raudales de amargura y que en la raza á que pertenecen los súbditos de la Unión no haría la menor mella.

Este carácter que nosotros sabemos infundir en nuestras creaciones políticas y en el que damos el arma de la rebelión, la fuerza con que después somos combatidos, es una joya de inapreciable valor en la vida de las nacionalidades; pero es también un obstáculo grave para el ejercicio de nuestra influencia. El español que «toma tierra» en otro país es un terrible enemigo de España mientras se le mantiene en la obediencia; y una vez que logra su libertad, es un amigo receloso; continúa siendo español por esencia; pero como sus afectos se fijan en otro territorio, sus buenas cualidades obran en sentido opuesto á nuestros intereses; tolera la influencia intelectual, porque los lazos de subordinación que ésta crea son demasiado sutiles; pero rechaza toda influencia que se muestre en hechos materiales. De aquí mi opinión contraria á todas las uniones ibero-americanas, habidas y por haber: en nuestra raza no hay peor medio para lograr la unión que proponérselo y anunciarlo con ruido y con aparato. Ese sistema no conduce más que á la creación de organismos inútiles, cuando no contraproducentes.

Siempre que se habla de unión ibero-americana, he observado que lo primero que se pide es

la celebración de tratados de propiedad intelectual: esto es lo más opuesto que cabe concebir á la unión que se persigue. No creo que nadie haya pensado seriamente en organizar una «Confederación política de todos los Estados hispano-americanos:» este ideal es de tan larga y difícil realización, que en la actualidad toca en las esferas de lo imaginario; no queda, pues, otra confederación posible que la «Confederación intelectual ó espiritual,» y ésta exige: 1.º, que nosotros tengamos ideas propias para imprimir unidad á la obra; y 2.º, que las demos gratuitamente, para facilitar su propagación. Si con las uniones se pretende buscar un mercado para la producción artística, no hay que ampararse debajo de fraseologías patrióticas; díganse las cosas claras, por sus nombres, y no se dé un carácter tan marcadamente patriótico á una sencilla operación de comercio.

Yo no he aceptado nunca como cosa legítima la propiedad intelectual: hasta tengo mis dudas acerca de la propiedad de las ideas. El fruto nace de la flor; pero no es de la flor, es del árbol; el hombre es como una eflorescencia de la especie, y sus ideas no son suyas, sino de la especie, que las nutre y las conserva. Los hombres son muy propensos á darse demasiada importancia, á creerse cada uno un centro de vida y de creación ideal; más justo creo yo que sería retroceder un poco y buscar el centro de gravedad dentro de la base, hacia el comedio de la

evolución ideológica en que nacemos y de la que somos siervos humildísimos. Pero aun aceptada la propiedad teórica de las ideas, hay mucho camino que recorrer antes de llegar á la propiedad práctica de la obra intelectual; hay que ver si se opone á la naturaleza íntima de las ideas y al papel que éstas han de desempeñar en el mundo. Más necesaria es la propiedad de las cosas materiales, y, sin embargo, existe la expropiación forzosa y no ha habido reparo en desamortizar cuando así pareció útil y oportuno, y no falta quien aspire hoy á una desamortización general. El socialismo no es un fantasma, es una fuerza positiva ó negativa; pero de todos modos, una fuerza que ha de influir en la evolución de nuestras instituciones legales y políticas. La propiedad individual está, pues, subordinada á intereses superiores, y siempre que éstos lo exijan no debe de haber inconveniente alguno en sacrificarla: preciosa es también la vida, y se la sacrifica por el ideal cuando el ideal así lo exige.

La propiedad intelectual está fundada sobre un error profundo. Cuando el trabajo del hombre se inspira en la idea de lucro, bien es que se le estimule mediante el interés personal; pero es incongruente aplicar el mismo principio á las obras de la ciencia ó del arte, las cuales no deben de tener otro motivo de inspiración que el amor á la verdad ó á la belleza. Conceder patentes de invención á un sabio ó á un artista,

es convertirles en industriales de la ciencia ó del arte, excitarles á que conviertan sus obras en artículos de comercio. Así ocurre que hoy no se trabaja ya para remontarse á grandes alturas, para crear obras maestras: los modernos obreros intelectuales se conforman con inventar un modelo que sea del agrado del público y multiplicarlo después en «series» de obras análogas y productivas; ni más ni menos que los industriales, que una vez acreditado un artículo se consagran á explotar el filón y producen á destajo para satisfacer las «exigencias de la demanda.» Antes teníamos el dolor de ver á los genios morirse de hambre, y ahora tenemos la alegría de ver gordos y colorados á muchos que no tienen nada de genios.

Aparte de esta razón general, existe otra que nos llega más de cerca á los españoles: la escasa fuerza expansiva de nuestra producción intelectual. Este carácter no arguye contra el valor intrínseco de nuestras obras, antes lo acrecienta y realza; pero dificulta la acción útil de nuestras ideas, su influjo en nuestra misma nación y sobre los países que hablan nuestro idioma, en los que tenemos el deber de luchar para que nuestra tradición no se extinga, para conservar la unidad y la pureza del lenguaje. Casi todos los pueblos americanos, al separarse de España, por espíritu de rebeldía han pasado lo que pudiéramos llamar la escarlatina de las ideas francesas, ó hablando con más propiedad,

de las ideas internacionales. Si España quiere recuperar su puesto, ha de esforzarse para restablecer su propio prestigio intelectual, y luego para llevarlo á América é implantarlo sin aspiraciones utilitarias. Cuando tuvimos necesidad de construir ferrocarriles y fué conveniente conceder franquicias aduaneras al material de construcción, no atendimos al perjuicio que sufriría la industria metalúrgica nacional; paréceme que la conservación de nuestra supremacía ideal sobre los pueblos que por nosotros nacieron á la vida, es algo más noble y transcendental que la construcción de una red de ferrocarriles.

Esta objeción que yo dirijo particularmente contra los tratados de propiedad intelectual, tiene una aplicación más amplia y pudiera ser generalizada en éstos ó parecidos términos: «Las relaciones entre España y las naciones hispano-americanas no deben de regirse por los principios del derecho internacional; al contrario, se deberá de rehuir sistemáticamente todo acto político que tienda á equiparar dichas relaciones á las que España sostiene con países de diverso origen.» El derecho internacional, como todas las ramas del derecho, es un formulario estrechísimo en el que no cabe la realidad entera: hay derecho público y derecho privado; pero no hay derecho público interfamiliar aplicable á las relaciones de Estados pertenecientes á un mismo tronco; una determinación mate-

rial de las nacionalidades, no basta; es necesario tener en cuenta el carácter de cada nacionalidad y establecer diferentes principios reguladores, según el grado de intimidad con que unos y otros países entre sí se enlazan. En vez de hablar de fraternidad y tratarnos como extranjeros, debemos de callar y tratarnos como hermanos.

La idea de fraternidad universal es utópica; la idea de fraternidad entre hermanos efectivos es realísima; y entre una y otra existen gradaciones que participan de lo utópico y de lo real: las relaciones fraternales que engendra la vecindad, la conciudadanía, la raza, el idioma, la religión, la historia, la comunidad de intereses ó de cultura. Yo he tenido ocasión de tratar á extranjeros de diversas naciones y á hispano-americanos, y no he podido jamás considerar á los hispano-americanos como á extranjeros. No es que yo tenga una idea preconcebida ni que desee hacer alarde de sentimientos fraternales por el estilo de los que usa un orador ó un propagandista para emocionar á su auditorio: es que noto que con un hispano-americano estoy en comunicación intelectual apenas hemos cruzado cuatro palabras; en tanto que con un extranjero necesito muy largas relaciones, muchos tanteos para conseguir entenderme con entera naturalidad: en un caso voy sobre seguro, porque sé que existe una comunidad ideal que suple la falta de confianza; en otro he de comenzar por apoyar-

me sobre las reglas banales de la urbanidad, hasta que con el tiempo voy allanando las dificultades que presenta el entenderse con una persona extraña, cuando no se posee, como yo no poseo, la flexibilidad necesaria para sacrificar las ideas y sentimientos propios en aras de las conveniencias sociales.

Voy á referir un suceso vulgarísimo en que intervine «por razón de mi cargo,» cuando residía en Amberes; y por la muestra se verá cómo los cargos oficiales no están reñidos con las escenas de la vida sentimental, y cómo estas ideas que yo expongo y que acaso suenen á palabrería huera tienen un sentido muy justo y muy práctico, si se las acepta como línea de conducta y llegan á constituir, sin necesidad de que se las escriba en ningún código ni en ningún tratado, un criterio uniforme y constante en la vida de la gran familia hispánica. Me avisaron que en el Hospital Stuyvenberg se hallaba en gravísimo estado un español, que deseaba hablar con la autoridad de su país; fuí allá, y uno de los empleados del establecimiento me condujo á donde se hallaba el moribundo, diciéndome de paso que éste acababa de llegar del Estado del Congo, y que no había esperanzas de salvarle, pues se hallaba en el período final de un violento ataque de fiebre amarilla ó africana. Ahora mismo estoy viendo á aquel hombre infelicísimo, que más que un sér humano parecía un esqueleto pintado de ocre, in-

corporado trabajosamente en su pobre lecho y librando su último combate contra la muerte. Y recuerdo que sus primeras palabras fueron para disculparse por la molestia que me proporcionaba, sin título suficiente para ello.—Yo no soy español, me dijo; pero aquí no me entienden, y al oirme hablar español han creído que era á usted á quien yo deseaba hablar.—Pues si usted no es español, le contesté, lo parece y no tiene por qué apurarse.—Yo soy de Centro América, señor: de Managua, y mi familia era portuguesa; me llamo Agatón Tinoco.—Entonces, interrumpí yo, es usted español por tres veces. Voy á sentarme con usted un rato, y vamos á fumarnos un cigarro como buenos amigos. Y mientras tanto, usted me dirá qué es lo que desea.—Yo nada, señor; no me falta nada para lo poco que me queda que vivir: sólo quería hablar con quien me entendiera, porque hace ya tiempo que no tengo ni con quién hablar. Yo soy muy desgraciado, señor, como no hay otro hombre en el mundo. Si yo le contara á usted mi vida, vería usted que no le engaño.—Me basta verle á usted, amigo Tinoco, para quedar convencido de que no dice más que la verdad; pero cuénteme usted con entera confianza todos sus infortunios, como si me conociera de toda su vida.—Y aquí el pobre Agatón Tinoco me refirió largamente sus aventuras y sus desventuras; su infortunio conyugal, que le obligó á huir de su casa, porque «aunque pobre, era hombre de honor;» sus tra-

bajos en el canal de Panamá hasta que sobrevino la paranza de las obras, y, por último, su venida en calidad de colono al Estado libre congolés, donde había rematado su azarosa existencia con el desenlace vulgar y trágico que se aproximaba y que llegó aquella misma noche.—Amigo Tinoco, le dije yo después de escuchar su relación, es usted el hombre más grande que he conocido hasta el día; posee usted un mérito que sólo está al alcance de los hombres verdaderamente grandes: el de haber trabajado en silencio; el de poder abandonar la vida con la satisfacción de no haber recibido el premio que merecían sus trabajos. Si usted se examina ahora por dentro y compara toda la obra de su vida con la recompensa que le ha granjeado, fíjese usted en que su única recompensa ha sido una escasa nutrición, y á lo último el lecho de un hospital, donde ni siquiera hablar puede; mientras que su obra ha sido nobilísima, puesto que no sólo ha trabajado para vivir, sino que ha acudido como soldado de fila á prestar su concurso á empresas gigantescas, en las que otro había de recoger el provecho y la gloria. Y eso que usted ha hecho revela que el temple de su alma es fortísimo, que lleva usted en sus venas sangre de una raza de luchadores y de triunfadores, postrada hoy y humillada por propias culpas, entre las cuales no es la menor la falta de espíritu fraternal, la desunión, que nos lleva á ser juguete de poderes extraños y á que muchos

como usted anden rodando por el mundo, trabajando como obscuros peones cuando pudieran ser amos con holgura. Piense usted en todo esto, y sentirá una llamarada de orgullo, de íntimo y santo orgullo, que le alumbrará con luz muy hermosa los últimos momentos de su vida, porque le hará ver cuán indigno es el mundo de que hombres como usted, tan honrados, tan buenos, tan infelices, ayuden á fertilizarlo con el sudor de sus frentes y á sostenerlo con el esfuerzo de sus brazos.

Cuando abandoné el hospital pensaba: si alguna persona de «buen sentido» hubiera presenciado esta escena, de seguro que me tomaría por hombre desequilibrado é iluso, y me censuraría por haber expuesto semejantes razones ante un pobre agonizante, que acaso no se hallaba en disposicíón de comprenderlas. Yo creo que Agatón Tinoco me comprendió, y que recibió un placer que quizás no había gustado en su vida: el de ser tratado como hombre y juzgado con entera y absoluta rectitud. Las inteligencias más humildes comprenden las ideas más elevadas; y los que economizan la verdad y la publican sólo cuando están seguros de ser comprendidos viven en grandísimo error, porque la verdad, aunque no sea comprendida, ejerce misteriosas influencias y conduce por caminos ocultos á las sublimidades más puras, á las que brotan incomprensibles y espontáneas de las almas vulgares. Días atrás expliqué yo á mi criada, una buena mujer,

más ignorante que buena, el origen del mundo y la mecánica celeste. No seguí el sistema de Copérnico, ni el de Ticho-Brahe, ni el de Ptolomeo, sino otro sistema que yo he inventado para entretenerme y que para mi criada, que no sabe de estas cosas, es tan científico como si hubiera sido sancionado por todos los grandes astrónomos del orbe. Al día siguiente ví entrar á mi criada con un ramo de rosas buscadas no sé dónde, pues en estas latitudes no abundan, y entregarme, sin decir palabra, el inesperado é inexplicable obsequio; y cuando tuve en la mano el ramillete, me vino al pensamiento la explicación deseada y dije: las ideas de ayer han echado estas flores.

***

VOLVAMOS la vista hacia el Oriente á ver si por este lado asoma, como el sol, la luz que hace tanto tiempo nos falta. España sin Portugal es una nación principalmente mediterránea: ¿qué mucho, pues, que en el Mediterráneo hallásemos el centro natural de nuestra acción política? Yo creo, en efecto, que si fuese indispensable desarrollar nuestra vida política exterior, la única política justificada por nuestra posición territorial y por nuestra historia sería una política mediterránea. Entre todas las supremacías que España pudiera ejercer en el mundo, ninguna debería de halagarnos tanto como nues-

tra supremacía en el mar civilizador de la humanidad, y ningún lema podríamos inscribir con más satisfacción en nuestro escudo que el lema: «mare nostrum, nostrum.»

Pero una política mediterránea necesitaría estar apoyada sobre un fuerte poder naval, y hay que ver si nosotros podemos hoy tenerlo. No voy á entonar una elegía ni á sacar á plaza nuestra pobreza; acepto gustoso la hipótesis de que hemos hallado una mina de oro puro en los alrededores de Madrid, y que no hay más que acuñar ese oro providencial, convertirlo en moneda contante y sonante y adquirir con él la más grande y desaforada colección de acorazados que jamás en todo lo descubierto de los mares se haya podido y pueda hallar. Para los que atienden sólo á la superficie de las cosas, para los que creen que el poder naval está en tener muchos barcos, el problema quedaría resuelto: no habría más que adornar todos esos barcos con la bandera nacional y lanzarlos en busca de aventuras heróicas, que continuasen nuestra gloriosa tradición marítima. Para mí, tan formidables escuadras serían un peligro y acaso un estorbo. Un poder que no brota espontáneo de la fuerza natural y efectiva de una nación, es un palo en manos de un ciego. Los barcos no van tripulados sólo por hombres: van tripulados por las ideas nacionales; y una nación que carece de la fuerza expansiva de un ideal bien cimentado, no hará nada de provecho con un poder

marítimo ignorante de los derroteros que ha de seguir con fe y constancia. Toda nuestra historia demuestra que nuestros triunfos fueron debidos más á nuestra energía espiritual que á nuestra fuerza (puesto que nuestras fuerzas siempre fueron inferiores á nuestras obras); no pretendamos hoy trocar los papeles y confiar á un poder puramente material nuestro porvenir. Antes de salir de España hemos de forjar dentro del territorio ideas que guíen nuestra acción, porque caminar á ciegas no puede conducir más que á triunfos azarosos y efímeros y á ciertos y definitivos desastres.

Nuestra situación no nos permite imponer nuestro criterio político, y nuestra historia se opone á que desempeñemos el papel de comparsas: así, pues, nuestra línea de conducta en el Mediterráneo como en Europa es el retraimiento voluntario. Pero en este punto, bueno es decirlo, las cosas no aparecen tan claras como cuando se trataba del Continente; existen numerosas cuestiones políticas en las que España está profundamente interesada y en las que el retraimiento no es cosa llana y natural, sino el resultado de la reflexión. No hay palmo de terreno en el extenso litoral del Mediterráneo, donde no haya en pie un conflicto político; y si se los va examinando uno á uno, se notará que todos giran alrededor de dos conflictos capitales, permanentes: la cuestión romana y la cuestión turca. En la primera está España interesada

como nación católica, y en la segunda como nación cristiana, y en ambas como potencia mediterránea.

El primer punto que conviene dejar esclarecido es el que concierne á la intervención posible de España en virtud de sus ideas religiosas; porque las ideas políticas andan tan fuera de sus naturales senderos, que hay quien mezcla y revuelve la política con la religión, y quien confunde los intereses de la nación con las aspiraciones de los individuos. Al juzgar sumariamente la política de Felipe II, pretendía yo hacer ver cómo en esta política había un error capital: el de haber dirigido la acción de nuestro país por caminos ajenos á nuestros intereses; pero cómo había asimismo un pensamiento admirable: el de inspirar esa acción en los sentimientos genuinamente españoles. Este es un punto de vista general en todos los asuntos políticos: cuanto se haga, hay que hacerlo honrada y sinceramente, á la española; pero no se debe de hacer más que lo que convenga á nuestros intereses. Ni la religión, ni el arte, ni ninguna idea, así sea la más elevada, puede suplir en la acción la ausencia del interés nacional, puesto que este interés abraza todas esas ideas, y además la vida total del territorio, su conservación, su independencia, su engrandecimiento. La política de Felipe II nos trajo nuestra ruína, no por su empeño en sostener las ideas católicas, sino por sostener, á causa de

estas ideas, un absurdo político, una obra contraria á los intereses españoles. Y la compensación del sacrificio fué la decadencia, fué la división de la Península, fué la humillación de Gibraltar, y, por último, la amenaza de vernos privados hasta de nuestra independencia. Todos estos desastres vinieron eslabonados y tuvieron su origen en la obcecación con que pretendimos apoyarnos sobre ideas que carecían de asiento natural en intereses reales.

Hoy tenemos un ejemplo palpable de lo que digo en la colonización africana. ¿Puede darse nada más bello que civilizar salvajes, que conquistar nuevos pueblos á nuestra religión, á nuestras leyes y á nuestro idioma? Y, sin embargo, ¿puede darse absurdo mayor que una empresa colonial de España en África? Si estamos aún en la convalecencia de la colonización americana; si tenemos dos grandes colonias que, en vez de darnos las fuerzas que nos faltan, son dos sangrías sueltas, dos causas de disolución de lo poco que habíamos conseguido fundar, ¿cómo vamos á acometer nuevas empresas colonizadoras? Si así lo hiciéramos, más tarde recibiríamos el pago: un desastre económico, una guerra civil, otro ensayo republicano, un nuevo ataque á nuestra independencia; cualquiera de esas cosas ú otras peores, á elegir. España, pues, debe de mirar los asuntos del Mediterráneo con un criterio nacional exclusivista; y si por acaso hubiera de intervenir, debe intervenir sin abandonar sus ideas,

con su carácter de nación católica. Y los que crean que ambos conceptos son contradictorios, que reflexionen un poco y se convencerán de que la contradicción está en pretender que una nación se arruíne por defender ideas generosas y arriesgue con su propia vida el porvenir de esas mismas ideas.

CONSIDERADAS todas las cuestiones políticas pendientes en el Mediterráneo desde el punto de vista de nuestros intereses territoriales y marítimos, sin gran esfuerzo se llega á comprender que las soluciones más favorables serán las más dilatorias. Quien no tiene fuerzas bastantes para decidir, está obligado á trabajar porque no se decida nada; y si la solución está pendiente porque los intereses antagónicos se hallan en equilibrio, lo más sabio, y al mismo tiempo lo más cómodo, es la abstención. Cuando un país se halla real y positivamente interesado en un asunto, como España en Marruecos, la abstención es funesta, porque pone de manifiesto que ese país, ó desconoce sus intereses vitales, ó bien se halla tan abatido que tiene que confiarlos á manos extrañas; pero si la intervención no está plenamente justificada, la abstención es discretísima y revela gran tacto político, puesto que el lado por donde más pecan así las naciones como los individuos es la oficiosidad, la manía de meterse en lo que no les importa. Un hombre que habla poco y á tiempo, se hace digno de estima, adquiere autoridad y sin pretenderlo es consul-

tado sobre cuestiones arduas; un hombre inquieto y entremetido llega á servir de molestia y de estorbo.

La cuestión romana tiene su solución dentro de sí misma; una solución lógica, independiente de la voluntad de los hombres y, por lo tanto, irremediable: el aniquilamiento del poder político establecido en Roma. Quizás para el porvenir del catolicismo y de las naciones católicas convendría privar para siempre al Pontificado de un poder temporal que, cuando existió, fué una causa constante de rivalidad entre los Estados católicos deseosos de dominar en Italia desunida, y hoy que no existe continúa siendo un motivo de discordia y de perturbación. Pero aunque el Sumo Pontífice aceptara el hecho consumado y se conformara con asegurar su independencia mediante garantías internacionales, no resolvería tampoco el conflicto, porque éste no está en las personas, sino en las ideas, y más que en las ideas en la realidad. Una ciudad teocrática como Roma, Jerusalén ó la Meca, para no hablar sólo del catolicismo, no puede ser asiento de un poder político estable, porque la gobernación de un Estado es operación inferior al gobierno de la vida espiritual, y por este hecho la autoridad civil se halla ideal y realmente supeditada á la autoridad religiosa. No hay más que dos soluciones: ó fundir las dos autoridades en una sola, ó condenar la autoridad política al vasallaje. El poder político tiene la fuerza; pero

la fuerza es flor de un día. En definitiva, lo que triunfa es la idea; ¿y qué comparación puede haber entre un régimen político pasajero y un régimen espiritual inmutable?

La casa de Saboya es de las más estimables por su prestigio y por la sinceridad con que ha aceptado y practicado el sistema moderno constitucional y democrático: después de la casa de Sajonia Coburgo Gotha, que en este punto se lleva la palma, no creo que haya en Europa otra que desempeñe con más perfección que la de Saboya el papel tan difícil como desagradable de reinar y no gobernar; pero la dinastía de Saboya está sujeta á muchas alternativas, á los naturales ascensos y descensos de las cosas temporales, á la decadencia y hasta la extinción; en tanto que la Santa Sede representa una dinastía espiritual, impersonal é indestructible, que rige sus asuntos por períodos seculares y que ha visto nacer y morir, no ya poderes dinásticos, sino sociedades enteras. Entre dos poderes de tan diferente fuerza espiritual, la lucha es imposible: el poder espiritual, aunque no lo desee, tiene que destruir el poder político; y la culpa no será del primero, sino del segundo, que ha osado empeñar una partida desmesuradamente superior á sus fuerzas.

La idea de la unidad política no tiene un valor absoluto, y está subordinada á otras que tienen ya su arraigo en la vida. En España no hay ningún Papa y no hemos constituído la unidad

ibérica; en Italia pudieron también aceptar una solución más respetuosa con la realidad: en vez de una nación simétrica, con Roma por capital, y la amenaza constante de un conflicto insoluble, pudieron fundar algo menos regular y perfecto, pero más firme y durable. La consolidación de la unidad italiana, tal como hoy existe, requiere el aniquilamiento del Pontificado; pero como la empresa no está al alcance de ninguna dinastía, habrán de continuar existiendo en una misma ciudad dos poderes antagónicos, de los cuales triunfará uno, el más fuerte, esto es, el espiritual, sin necesidad de auxilio ajeno, contra la oposición de los adversarios, por el hecho solo de la coexistencia.

La cuestión de Oriente es también mixta, política y religiosa; pero de un orden completamente distinto. El problema consiste en destruir una dominación discordante del resto de Europa, en expulsar un pueblo refractario al cruce de sangre y de ideas; y las fuerzas puestas en juego son intereses políticos y simpatías acaso más aparatosas que sinceras en pro de los cristianos sometidos al poder turco; bien que no falten espíritus inspirados por legítima emoción que, como el profesor belga Kurth, pidan poco menos que la resurrección de las Cruzadas. El poder mahometano es siempre terrible, por muy hundido que se halle; es como el mar: se retira y vuelve; pero esto no es razón para que se le destruya. En el mundo no se debe de destruir

nada, porque todo existe por algo y para algo. Hay que tener amplitud de ideas y comprender que la vida es susceptible de muchas formas, en las que hay siempre algo bueno. El cristianismo por su esencia está incapacitado para acudir á los procedimientos brutales; tiene que defenderse, pero sólo hasta asegurar su independencia y su libertad de pacífica propagación.

Por esto no hay que confundir la protección de los cristianos sometidos á la dominación turca con la acción puramente política de Europa en Turquía. Los que claman contra la dominación turca y dicen de ella que es baldón y oprobio de Europa, parten de un concepto geográfico mezquino; porque si esa dominación ha de existir, ¿qué problema se ha resuelto con empujarla hacia el Asia menor, donde continuaría cometiendo los mismos atropellos que hoy comete? O hay que expulsar á los turcos de todos los territorios habitados por cristianos, ó hay que tolerar su dominación é impedir que den rienda suelta á su fanatismo. Una expulsión total es obra imposible, y para conseguir lo segundo no hay remedio más eficaz que conservar la Turquía en Europa, donde las naciones europeas puedan ejercer su acción combinada sobre seguro. Es más: Turquía en Europa es una fuerza casi nula, que camina por sus pasos contados á colocarse bajo la tutela del Continente, mientras que Turquía en Asia no tardaría en levantar la cabeza y en ser una fuerza temible; en Europa

está lejos de su centro territorial, del núcleo de su poder y apenas si logra sostenerse entre tantos peligros como la cercan; en Asia, desligada de compromisos, dirigida acaso por gente nueva, sería un criadero de combatientes fanáticos que recomenzarían la lucha. Recuérdese cómo el islamismo, quebrantado por las Cruzadas, repitió su acometida, aún más furiosa que la primera, contra Europa, por Oriente, al presentarse en escena el pueblo turco. El islamismo es peligroso si se le deja dominar grandes territorios unidos entre sí y constituídos en federación religiosa; porque el islamismo no se propaga individualmente, sino en forma de irrupciones violentas, rápidas, en diversas direcciones, dentro de su demarcación natural geográfica y á veces traspasándola y acometiendo á pueblos extraños. Así, una renovación de las fuerzas del Islam sería posible si cualquiera de las sectas que continuamente nacen de él tuviera libertad para extenderse en todos sentidos y llegara á reconstituir la unidad necesaria para el combate. Una política europea previsora debe de encaminarse á fraccionar el Islam, á interceptar esas corrientes, fijando en diferentes puntos intermedios centros de poder que sirvan de aisladores entre estados mahometanos independientes; pero nunca á destruir por completo la independencia política del islamismo, que por el hecho de existir tiene perfecto derecho á mantener poderes políticos autónomos. Cualquiera idea religiosa que encar-

ne en una raza y constituya un centro de poder y cree intereses históricos, exige ser respetada en su independencia política hasta tanto que con el tiempo se destruye y desaparece: si queremos quebrantar un poder, luchemos por destruir la idea que lo sostiene; pero mientras la idea subsiste, es grandemente abusivo encadenarla bajo la opresión de la fuerza, y además de abusivo, arriesgado. Si fuera posible reducir al vasallaje todos los territorios dominados hoy por el Islam, veríamos cómo se constituía en el acto una «confederación de vencidos,» y cómo, por debajo de la acción dominadora de Europa, comenzaba á circular en secreto la palabra maravillosa, la consigna para el día de la rebelión. Todas las rivalidades que hoy existen entre los poderes mahometanos, carcomidos por la inacción, desaparecerían, quedando en lugar de ellas una rivalidad formidable: la del cristianismo vencedor y el mahometismo vencido, humillado, pero de ninguna manera anulado ni destruído.

* * *

Ni por el Norte, ni por el Occidente, ni por el Oriente, hallará España una promesa de engrandecimiento mediante la acción política exterior: no encontraremos ni una finalidad bien marcada para nuestra política, ni la exuberancia de fuerzas que impulsa hacia la acción irreflexiva, hacia las empresas del instinto, que bro-

tan espontáneas del espíritu del territorio. Necesitamos reconstituir nuestras fuerzas materiales para resolver nuestros asuntos interiores, y nuestra fuerza ideal para influir en la esfera de nuestros legítimos intereses externos, para fortificar nuestro prestigio en los pueblos de origen hispánico. En cuanto á la restauración ideal, nadie pondrá en duda que debe de ser obra nuestra exclusiva: podremos recibir influencias extrañas, orientarnos estudiando lo que hacen y dicen otras naciones; pero mientras no españolicemos nuestra obra, mientras lo extraño no esté sometido á lo español y vivamos en la incertidumbre en que hoy vivimos, no levantaremos cabeza. Nuestra debilidad intelectual se patentiza en la incoherencia de nuestra cultura, formada de retazos de diferentes colores como la vestimenta de los mendigos; pero tocante á nuestra restauración material, los pareceres no son ya tan unánimes. Hay quien espera «aún» la herencia milagrosa, como si tuviéramos muchos tíos en las Indias. Después de varios siglos de andar arrastrándonos por los suelos, no queremos todavía caer en la cuenta de que hay que confiarlo todo á nuestro esfuerzo, y que para trabajar, que es lo que interesa, tenemos hoy por hoy dentro de España más tierra, más luz y más aire que necesitamos.

Hay quien confía en las colonias, como si no supiéramos que con nuestro sistema de colonización, las colonias nos cuestan más que nos

dan; y esto no admite reforma ni necesita reforma tampoco. La verdadera colonia debe costar algo á la metrópoli, puesto que colonizar no es ir al negocio, sino civilizar pueblos y dar expansión á las ideas. Dejemos á otros pueblos practicar la colonización utilitaria y continuemos nosotros con nuestro sistema tradicional, que malo ó bueno, es al fin nuestro. Estamos ya demasiado avanzados para cambiar de rumbo, y aunque quisiéramos no podríamos tomar otro nuevo, y aunque pudiéramos no adelantaríamos nada con superponer á un edificio construído con arreglo á nuestras ideas, un cuerpo más de estilo diferente, copiado quizás sin discernimiento. No hemos podido formar un concepto propio sobre la colonización á la moderna; atengámonos al antiguo; prosigámoslo con tenacidad, aunque choque con las ideas corrientes; porque si nosotros no tenemos fe en las obras que creamos, ¿quién la tendrá por nosotros y cuál será nuestra misión en la historia futura?

No há mucho leí yo una obra de un político ó viajante inglés sobre «Los pueblos y la política en Extremo Oriente,» en la cual es censurada con tan extremada dureza nuestra acción colonial en Filipinas, que no puedo estampar aquí, por impedírmelo cierta invencible repugnancia, ninguno de los conceptos de aquel esbozo crítico. En él, sin quererlo, el autor traza la línea divisoria de los dos métodos de colonización empleados por los antiguos conquistado-

res y los modernos comerciantes. No he de discutir aquí el valor relativo de uno y otro sistema: sólo diré que me gusta más el antiguo, porque era más noble y desinteresado. Pero esto no quita para que se reconozca que la colonización á la moderna es útil á las naciones que la practican, en tanto que la antigua colonización representa para la metrópoli una pérdida de fuerzas que á primera vista no ofrecen un resultado beneficioso, pero que á la larga fructifican donde deben fructificar, esto es, en las colonias.

Así, pues, nosotros no podemos contar con la ayuda de nuestras colonias, y justo es que se sepa que de ellas sólo hemos de recibir el mismo pago que recibimos de las que se emanciparon: sólo podemos aspirar á que el mantenimiento de nuestra dominación no nos cueste demasiados sacrificios, y para ello hemos de abrir un poco la mano; renunciar á la dominación «materialista,» á la que hoy nos condena nuestra postración intelectual, y conceder más importancia que á la administración directa de las colonias por la metrópoli, á la conservación de nuestro prestigio, un tanto quebrantado por las pretensiones egoístas de los detentadores y usufructuarios del poder político.

Hay quien cree que el término fatal de la colonización es la emancipación de las colonias. A mi juicio, este concepto es teórico. También los hijos pueden emanciparse, y los códigos es-

tablecen cuándo y cómo se pierde la patria potestad, y, sin embargo, muchos hijos no se emancipan nunca, ni piensan siquiera en la emancipación. Pasan de un estado civil á otro diferente sin notar la diferencia, y á nadie se le ocurre esperar que llegue el día marcado por la ley para decirle á su padre: desde hoy ha cesado usted en el ejercicio de las funciones que hasta aquí ha venido desempeñando. Sólo en casos extremos se rigen los hombres por el texto de las leyes, y sólo en casos extremos luchan las colonias por conquistar su independencia. Si merced á una política hábil, y más que hábil desinteresada, se mantiene la debida unidad de ideas y sentimientos entre una metrópoli y sus colonias, se puede aplicar sin peligro el régimen autonómico, que conducirá, no á la emancipación, sino á la confederación de las colonias autónomas con su metrópoli; y de esta suerte, la autonomía no será un primer paso hacia la emancipación: será el comienzo de una unión más íntima, lograda mediante el sacrificio de eso que yo he llamado dominación materialista. Pero estas delicadezas políticas no son siempre prácticas, porque requieren el concurso de hombres especialmente educados para tan difíciles empeños, y no todas las naciones poseen hombres de esta clase. Si se implanta un régimen autonómico y se continúa haciendo uso de los viejos procedimientos gubernativos, el fracaso es seguro, y antes que llegar á él es preferible ó

la dominación franca y firmemente sostenida, ó la emancipación franca y lealmente otorgada.

Esta manera de juzgar nuestros asuntos parecerá de seguro pesimista, porque como ya he dicho estamos habituados á la idea de que el engrandecimiento de una nación ha de conseguirse agrandando el territorio ó trayendo á él riquezas ganadas en territorios extraños ó en las colonias. Nuestro concepto de la grandeza continúa siendo material y cuantitativo, y quien quiera que trabaje por desarraigar y destruir las aspiraciones fantásticas de nuestra nación es mirado como hombre de poca fe. Supongamos que en un cauce que lleva poca agua hay dos saltos ó caídas de igual altura, y que dos ingenieros tratan de aprovecharlos para ésta ó aquella especie de fabricación: el uno monta una industria pequeña, proporcionada al motor, y desde el primer momento obtiene un resultado útil; el otro construye una fábrica de proporciones imponentes, que no puede funcionar por falta de agua. Para los que ven las cosas por fuera, que desgraciadamente son los más, el ingeniero que construyó en grande es un hombre de genio, y el que estableció la pequeña industria un hombre de facultades muy escasas, incapaz de elevadas concepciones. Para los pocos que no se contenten con ver la fachada y examinen lo que hay dentro de ambos edificios, el hombre de genio se convertirá en

poco menos que un idiota, y el que parecía tener pocos alcances revelará ser una persona sabia y discreta: el uno, trabajando en grande, ha demostrado su ineptitud para lo grande y para lo pequeño; el otro, obrando en pequeño, ha demostrado su capacidad para lo pequeño y para lo grande.

La fábrica española ha estado parada durante largos años por falta de motor; hoy empieza á moverse porque hemos aligerado ó nos han aligerado el artefacto, y ya hay quien desea volver á las antiguas complicaciones, en vez de trabajar por aumentar la escasa fuerza motriz de que hoy disponemos. De aquí la necesidad perentoria de destruir las ilusiones nacionales; y el destruirlas no es obra de desesperados, es obra de noble y legítima ambición, por la cual comenzamos á fundar nuestro positivo engrandecimiento. La grandeza ó la pequeñez de las naciones no depende de la extensión del territorio ni del número de habitantes. Bajo la casa de Austria, España fué una nación inmensa, y por serlo cayó en la postración y en la paralisis; en tiempo de Carlos II, España fué como una ballena muerta flotando en el mar é interceptando el paso á los navegantes; en cambio, unas cuantas provincias desligadas de España, las Provincias Unidas, hábilmente gobernadas por Guillermo de Orange, se transformaban en centro político de Europa y contrarrestaban el poder á la sazón omnipotente de Francia.

Este hecho, notado por Macaulay, tiene una explicación naturalísima. Los Países Bajos, dominados por España, eran no más que territorios habitados por hombres; al hacerse independientes, se convirtieron en nacionalidad. La unión política no aumentaba las fuerzas; al contrario, las anulaba, porque estas fuerzas eran antagónicas. Nosotros gastábamos nuestras energías en destruir la resistencia de los Países Bajos, y éstos gastaban las suyas luchando contra nuestra dominación; aunque la unión hubiera sido constantemente pacífica, la fuerza no hubiera aumentado por ser opuestas las aspiraciones políticas territoriales. Holanda independiente, movida por sus propias ideas, era una nación más fuerte, más ágil que el gran imperio español paralizado, impotente para coordinar en una acción bien determinada los esfuerzos perdidos en sostener el equilibrio entre varias políticas contradictorias.

Cuando se invoca el respeto á las tradiciones, ha de precisarse bien qué se entiende por tradiciones. España comienza ahora una nueva evolución ó ha de comenzarla en breve, y en ella ha de continuar siendo la España tradicional: esto es inevitable, puesto que los españoles de hoy descendemos sin mezclas extrañas de los españoles antiguos, y continuamos viviendo en nuestra casa solariega; los griegos de hoy tienen poca sangre helénica (y hay quien cree que no tienen ninguna), y, sin embargo, aspiran á

enlazar su historia contemporánea con la historia antigua de Grecia. Pero lo que nosotros debemos tomar de la tradición es lo que ella nos da ó nos impone: el espíritu. En cuanto á los hechos, hay que examinarlos de cerca y ver el valor real que tienen, porque muchos no sirven para nada y otros son perjudiciales. La mayor parte de nuestra historia moderna es un contrasentido político, por el que hemos venido á caer donde ahora nos vemos: si la nueva evolución se empalma con la antigua y se guía por las indicaciones que se desprenden de los hechos tradicionales, no adelantaremos jamás un paso. Una nación que se halla en su apogeo puede resistir desviaciones políticas no justificadas con rigor por sus intereses territoriales; pero una nación que comienza á adquirir fuerzas tiene que ser más exclusivista y no distraerse en aventuras peligrosas; aun en aquellos casos en que la acción está más justificada, hay que contar con medios amplios para sostenerla, medios materiales, y muy principalmente energía espiritual, adquirida mediante la comprensión exacta de la obra que se intenta, el conocimiento previo de lo que la obra ha de ser; en suma, la «realización ideal de la obra como tipo de realización material.»

Una dirección tradicionalmente señalada á nuestra política exterior, es la que se designa generalmente diciendo que hay que cumplir el testamento de Isabel la Católica. El por-

venir de España está en Africa, y las aspiraciones nacionales se escapan por esa última abertura, como si estuvieran aprisionadas en nuestro territorio y buscasen en la huída la libertad. He aquí un ejemplo más de verdadero pesimismo: el de los que desconfían de las fuerzas propias de su nación, y creen que ésta no será grande en tanto que no se le añada algún pedazo de tierra donde, ya que otra cosa no se consiga, tengamos al menos el gusto de que ondee el pabellón nacional.

En materia de colonización africana, España no ha podido hacer más que reservarse el dominio de aquella parte del litoral africano que en manos extranjeras pudiera ser un vecinazgo peligroso para nuestras posesiones tradicionales. No estaba en su mano acometer nuevos trabajos de colonización, máxime si había de colonizar por el sistema absurdo y censurable empleado hoy en Africa.

Las razas africanas no son comparables á las americanas ó asiáticas: están en un grado bastante inferior de evolución y no pueden resistir la cultura europea; lo más sensato hubiera sido desparramar por todo el litoral y ríos navegables de Africa factorías y misiones, que fuesen como la levadura que hiciese fermentar las cualidades nativas de los africanos; pero esta obra requería mucho tiempo; hoy se carece de paciencia, y si alguna se tuviese, las rivalidades políticas darían con ella al traste: así, pues, se

ha acudido á la dominación directa, á las invasiones en el interior, y cuando es preciso para asegurar la buena marcha de los negocios, á la matanza de los pueblos que se pretendía civilizar. Se parte de Europa con ideas de redención y se llega á África con ideas de negociante; y al regreso no se aplaude al que ha trabajado más por mejorar la suerte de la raza negra, sino al que ha matado más ó al que ha amasado más crecida fortuna.

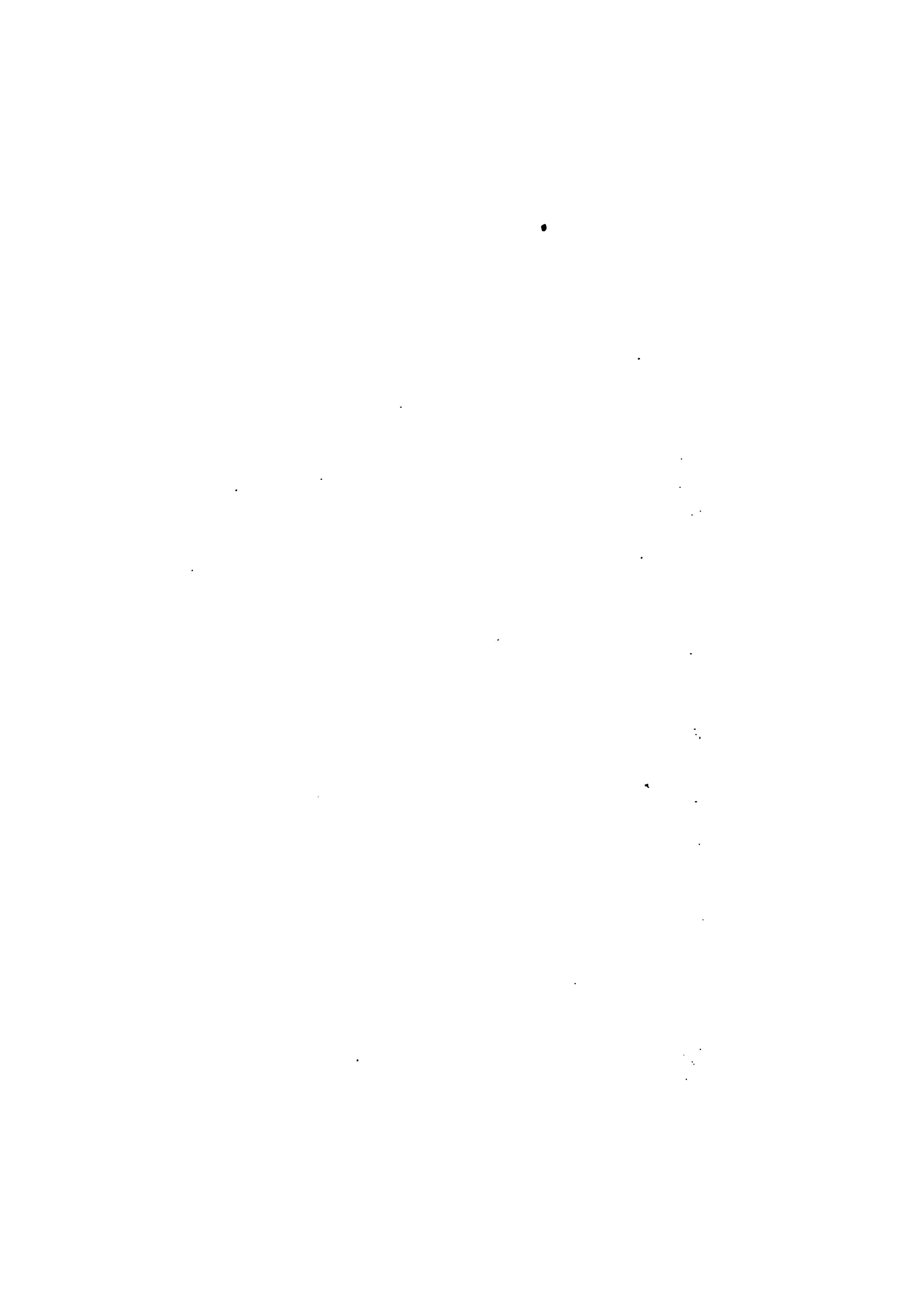
Sin embargo, cuando en España se invoca el testamento de Isabel la Católica, las ideas se fijan principalmente en el Norte de Africa, y hoy, por necesidad, en lo único que queda en pie, con vida independiente: el Imperio marroquí. Este es el cuarto de los puntos cardinales, el Sur, de que aún no habíamos tratado; y no faltará quien piense que después de cerrar todas las puertas de la nación, debe dejarse esta última abierta para no quedarnos completamente á obscuras. Yo entiendo que la política africana era muy natural después de terminada la Reconquista, y si á ella hubiéramos consagrado todas las fuerzas nacionales, hubiéramos fundado un poder político indestructible, tanto porque nacía lógicamente de nuestra historia medioeval, cuanto porque no hubiera chocado con los intereses de Europa; pero el tiempo no pasa en balde, y el tiempo ha traído grandes cambios. El poder musulmán se halla en tal estado de postración, que há menester de quien lo proteja para

que no lo destruyan demasiado pronto; los resentimientos acumulados durante la Edad Media, aunque refrescados de vez en cuando, no son hoy lo que eran hace cuatro siglos; y por último, y ésta es la razón más poderosa, nosotros no somos ya un pueblo pujante, ansioso de expansión, aunque por rutina pidamos expansiones: somos un pueblo experimentado y escarmentado que, por falta de memoria, aprovecha poco y mal sus escarmientos y su experiencia.

España tiene un interés demasiado visible para que necesite de aclaraciones, por conservar el territorio del otro lado del Estrecho, alejado cuanto más mejor de la acción política de Europa, y este interés por nadie estará mejor servido que por los que actualmente lo sirven. Si nosotros nos dejásemos llevar de esos deseos tradicionales, sin contar como no contamos hoy con los medios indispensables para completar la obra del ejército y de la política, y lográsemos establecer nuestro protectarado ó dominación sobre Marruecos, quizás no serviríamos más que de introductores de los famélicos comerciantes de Europa; y en tanto que éstos recogían la utilidad práctica del cambio de poder, nosotros recogeríamos la odiosidad del pueblo dominado, que vería en nuestra acción la causa manifiesta de todos los ataques dirigidos contra sus sentimientos exclusivistas y por naturaleza refractarios á la civilización europea. Seríamos, pues, fautores

inconscientes de intereses contrarios á nuestros intereses y obreros de nuestra propia ruína. La guerra de África es una prueba patente de que la política africana no está apoyada aún por intereses vitales de nuestra nación, sino por entusiasmos populares, vagos, indefinidos. Cuando se acomete una empresa exigida por una necesidad real de expansión, de abrir campo á las energías exuberantes de un país, la victoria militar, sean cuales fueren los obstáculos que se interpongan, deja detrás de sí más profundo rastro que el que ha dejado nuestra victoria.

Una restauración de la vida entera de España no puede tener otro punto de arranque que la concentración de todas nuestras energías dentro de nuestro territorio. Hay que cerrar con cerrojos, llaves y candados todas las puertas por donde el espíritu español se escapó de España para derramarse por los cuatro puntos del horizonte, y por donde hoy espera que ha de venir la salvación; y en cada una de esas puertas no pondremos un rótulo dantesco que diga: «Lasciate ogni speranza,» sino este otro más consolador, más humano, muy profundamente humano, imitado de San Agustín: «Noli foras ire; in interiore Hispaniæ habitat veritas.»



C

Si contrastamos el pensamiento filosófico de una obra maestra de arte con el pensamiento de la nación en que tuvo origen, veremos que, con independencia del propósito del autor, la obra encierra un sentido, que pudiera llamarse histórico, concordante con la historia nacional: una interpretación del espíritu de esta historia. Y cuanto más estrecha sea la concordancia, el mérito de la obra será mayor, porque el artista saca sus fuerzas invisiblemente de la confusión de sus ideas con las ideas de su territorio, obrando como un reflector en el que estas ideas se cruzan y se mezclan, y adquieren al cruzarse y mezclarse la luz de que separadas carecían. Una de las obras mayores de nuestro teatro es *La vida es sueño*, de Calderón: en ella, en un caso psicológico individual que tiene un valor simbólico universal, nos da el artista una explicación clara, lúcida y profética de nuestra historia. España, como Segismundo, fué arrancada violenta-

mente de la caverna de su vida obscura de combates contra los africanos, lanzada al foco de la vida europea y convertida en dueña y señora de gentes que ni siquiera conocía; y cuando después de muchos y extraordinarios sucesos, que parecen más fantásticos que reales, volvemos á la razón en nuestra antigua caverna, en la que nos hallamos al presente encadenados por nuestra miseria y nuestra pobreza, preguntamos si toda esa historia fué realidad ó fué sueño, y sólo nos hace dudar el resplandor de la gloria que aún nos alumbra y seduce como aquella imagen amorosa que turbaba la soledad de Segismundo, y le hacía exclamar: «Sólo á una mujer amaba —que fué verdad creo yo,—pues que todo se acabó—y esto sólo no se acaba.»

Un pueblo no puede, y si puede no debe vivir sin gloria; pero tiene muchos medios de conquistarla, y además la gloria se muestra en formas varias: hay la gloria ideal, la más noble, á la que se llega por el esfuerzo de la inteligencia; hay la gloria de la lucha por el triunfo de los ideales de un pueblo contra los de otro pueblo; hay la gloria del combate feroz por la simple dominación material; hay la gloria más triste de aniquilarse mutuamente en luchas interiores. España ha conocido todas las formas de la gloria, y desde hace largo tiempo disfruta á todo pasto de la gloria triste: vivimos en perpetua guerra civil. Nuestro temperamento, excitado y debilitado por inacabables períodos de lucha, no acierta

á transformarse, á buscar un medio pacífico, ideal, de expresión y á hablar por signos más humanos que los de las armas. Así vemos que cuantos se enamoran de una idea (si es que se enamoran) la convierten en medio de combate; no luchan realmente porque la idea triunfe; luchan porque la idea exige una forma exterior en que hacerse visible, y á falta de formas positivas ó creadoras aceptan las negativas ó destructoras: el discurso, no como obra de arte, sino como instrumento de demolición; el tumulto, el motín, la revolución, la guerra. De esta suerte, las ideas, en vez de servir para crear obras durables que fundando algo nuevo destruyesen indirectamente lo viejo é inútil, sirven para destruirlo todo, para asolarlo todo, para aniquilarlo todo, pereciendo ellas también entre las ruínas.

Es indispensable forzar nuestra nación á que se desahogue racionalmente, y para ello hay que infundir nueva vida espiritual en los individuos y por ellos en la ciudad y en el Estado. Nuestra organización política hemos visto que no depende del exterior; no hay causa exterior que aconseje adoptar ésta ó aquella forma de gobierno: nuestras aspiraciones de puertas afuera ó son infundadas ó utópicas, ó realizables á tan largo plazo, que no es posible distraer á causa de ellas la atención y continuar viviendo á la expectativa. La única indicación eficaz que del examen de nuestros intereses exteriores se desprende, es que debemos robustecer la organiza-

ción que hoy tenemos y adquirir una fuerza intelectual muy intensa, porque nuestro papel histórico nos obliga á transformar nuestra acción de material en espiritual. España ha sido la primera nación europea engrandecida por la política de expansión y de conquista; ha sido la primera en decaer y terminar su evolución material, desparramándose por extensos territorios, y es la primera que tiene ahora que trabajar en una restauración política y social de un orden completamente nuevo: por lo tanto, su situación es distinta de la de las demás naciones europeas, y no debe de imitar á ninguna, sino que tiene que ser ella la iniciadora de procedimientos nuevos, acomodados á hechos nuevos también en la historia. Ni las ideas francesas, ni las inglesas, ni las alemanas, ni las que puedan más tarde estar en boga, nos sirven, porque nosotros, aunque inferiores en cuanto á la influencia política, somos superiores, más adelantados en cuanto al punto en que se halla nuestra natural evolución; por el hecho de perder sus fuerzas dominadoras (y todas las naciones han de llegar á perderlas), nuestra nación ha entrado en una nueva fase de su vida histórica y ha de ver cuál dirección le está marcada por sus intereses actuales y por sus tradiciones.

El problema político que España ha de resolver no tiene precedentes claros y precisos en la historia. Una nación fundadora de numerosas nacionalidades logra, tras un largo pe-

ríodo de decadencia, reconstituirse como fuerza política animada por nuevos sentimientos de expansión: ¿qué forma ha de tomar esta segunda evolución para enlazarse con la primera y no romper la unidad histórica á que una y otra deben de subordinarse? Porque aquí la unidad no es un artificio, sino un hecho; el artificio sería cortar con la tradición y pretender comenzar á vivir nueva vida, como si fuéramos un pueblo nuevo, acabado de sacar del horno. España tiene acaso caminos abiertos para emprender rumbos diferentes de los que le señala su historia; pero un rompimiento con el pasado sería una violación de las leyes naturales, un cobarde abandono de nuestros deberes, un sacrificio de lo real por lo imaginario. Ninguna nueva acción exterior puede conducirnos á restaurar la grandeza material de España, á reconquistarle el alto rango que tuvo; nuestras nuevas empresas serían como las pretensiones de esos viejos impenitentes que, en lugar de resignarse y consagrarse al recuerdo de sus nobles amores juveniles, se arrastran en busca de nuevos amores fingidos, de nuevas caricias pagadas, de parodias risibles, cuando no repugnantes, de las bellas escenas de la vida sentimental.

En cambio, si por el solo esfuerzo de nuestra inteligencia lográsemos reconstituir la unión familiar de todos los pueblos hispánicos, é infundir en ellos el culto de unos mismos ideales, de nuestros ideales, cumpliríamos una gran mi-

sión histórica, y daríamos vida á una creación, grande, original, nueva en los fastos políticos; y al cumplir esa misión no trabajaríamos en beneficio de una idea generosa, pero sin utilidad práctica, sino que trabajaríamos por nuestros propios intereses, por intereses más transcendentales que la conquista de unos cuantos pedazos de territorio. Puesto que hemos agotado nuestras fuerzas de expansión material, hoy tenemos que cambiar de táctica y sacar á luz las fuerzas que no se agotan nunca, las de la inteligencia, las cuales existen latentes en España y pueden, cuando se desarrollen, levantarnos á grandes creaciones que, satisfaciendo nuestras aspiraciones á la vida noble y gloriosa, nos sirvan como instrumento político, reclamado por la obra que hemos de realizar. Desde este punto de vista, las cuestiones políticas á que España consagra principalmente su atención sólo merecen desprecio. Vivimos imitando, debiendo de ser creadores; pretendemos regir nuestros asuntos por el ejemplo de los que vienen detrás de nosotros, y andamos á caza de formas de gobierno, de exterioridades políticas, sin pensar jamás qué vamos á meter dentro de ellas para que no sean pura hojarasca.

La organización de los poderes públicos no es materia muy difícil, no exige ciencia ni arte extraordinarios, sino amplitud de criterio y buena voluntad. Una sociedad que comprende sus intereses organiza el poder del modo más rápido

posible y pasa á otras cuestiones más importantes; una nación que vive un siglo constituyéndose no es nación seria: en ese hecho sólo da á entender que no sabe á dónde va, y que por no saberlo se entretiene discutiendo el camino que conviene seguir. Los poderes no son más que andamiajes; deben de estar hechos con solidez para que se pueda trabajar sobre ellos sin temor á accidentes: lo esencial es la obra que, ya de un modo, ya de otro, se ejecuta. La obra de restauración de España está muy cerca del cimiento; el andamiaje sube hasta donde con el tiempo podrá llegar el tejado, y hay gentes insaciables é insensatas que no están contentas todavía. La falta de fijeza que se nota en la dirección de nuestra política general, es sólo un reflejo de la falta de ideas de la nación; de la tendencia universal á resolverlo todo mediante auxilios extraños, no por propio y personal esfuerzo: la nación entera aspira á la acción exterior, á una acción indefinida y no comprendida que realce nuestro mermado prestigio; las ciudades viven en la mendicidad ideal y económica, y todo lo esperan del Estado; sus funciones son reglamentarias y materiales: cuando conciben algo grande, no es ninguna grandeza ideal, sino una grandeza cuantitativa, el ensanche, que viene á ser una reducción de la idea de agrandamiento nacional por medio de la anexión de territorios ó terrenos que no nos hacen falta; los individuos trabajan lo suficiente para resolver el problema de no trabajar, de suplir el

trabajo personal que requiere gasto de iniciativas y de energías por alguna función rutinaria, concuerde ó no concuerde con las aptitudes ó los escasos conocimientos adquiridos. En suma, las esperanzas están siempre cifradas en un cambio exterior favorable, no en el trabajo constante é inteligente.

Dadas estas ideas, los cambios políticos sirven sólo para torcer más los viciados instintos. Un ejemplo muy claro nos ofrecen nuestras Universidades. Se creyó encontrar el remedio para nuestra penuria intelectual infundiendo á los centros docentes nueva savia, transformándolos de escuelas cerradas en campos abiertos, como se dice, á la difusión de toda clase de doctrinas. Y la idea era buena, y lo sería si no estuviera reducida á un cambio de rótulo. Porque la libertad de la cátedra no es buena ni mala en sí: es un procedimiento que puede ser útil ó inútil, como el antiguo, según el uso que de él se haga. La enseñanza exclusivista sería buena si los principios en que se inspira tuviesen vigor bastante, sin necesidad de las excitaciones de la controversia, para mantener vivas y fecundas las ciencias y las artes de la nación: por este sistema tendríamos una cultura un tanto estrecha de criterio é incompleta; pero, en cambio, tendríamos la unidad de inteligencia y de acción. Sólo cuando las doctrinas decaen y pierden su fuerza creadora, se hace necesario introducir levadura fresca que las haga de nuevo fermentar. La enseñanza

libre (y no hablo de las formas ridículas que en la práctica ha tomado en España) tiene también, como todas las cosas, dos asas por donde cogerla: el punto flaco es la falta de congruencia entre las diferentes doctrinas, el desequilibrio intelectual que las ideas contradictorias suelen producir en las cabezas poco fuertes; la parte buena es la impulsión que se da al espíritu para que con absoluta independencia elija un rumbo propio y se eleve á concepciones originales. Nosotros hemos tocado el mal, pero no el bien. Se decía que la enseñanza católica nos condenaba á la atrofia intelectual; la libertad de enseñanza nos lleva á un rápido embrutecimiento. Sabemos que en ésta ó aquella Universidad existen rivalidades pseudo-científicas, porque leemos ú oímos que los adherentes á los diversos bandos han promovido un tumulto ó han venido á las manos como carreteros. Lo que no había antes ni hay ahora, salvo honradísimas excepciones, es quien cultive la ciencia científicamente y el arte artísticamente; se han perdido todos los pesos y todas las medidas, salvándose sólo una, la de las funciones públicas; sea cual fuere la especie y mérito de una obra, sabemos que no será estimada sino después que el autor ocupe un buen puesto en los escalafones sociales. De aquí la subordinación de todos nuestros trabajos, de nuestros escasos trabajos al interés puramente exterior; y aún hay mérito en los que los subordinan, puesto que la generalidad los suprime del todo y se con-

tenta con los puestos de los escalafones. Las Universidades, como el Estado, como los Municipios, son organismos vacíos; no son malos en sí, ni hay que cambiarlos; no hay que romper la máquina: lo que hay que hacer es echarle ideas para que no ande en seco. Para romper algo, rompamos el universal artificio en que vivimos, esperándolo todo de fuera y dando á la actividad una forma exterior también; y luego transformaremos la charlatanería en pensamientos sanos y útiles, y el combate externo que destruye en combate interno que crea. Así es como se trabaja por fortalecer los poderes públicos, y así es como se reforman las instituciones.

***

Si yo fuese consultado como médico espiritual para formular el diagnóstico del padecimiento que los españoles sufrimos (porque padecimiento hay y de difícil curación), diría que la enfermedad se designa con el nombre de «no-querer,» ó en términos más científicos por la palabra griega «aboulía,» que significa eso mismo, «extinción ó debilitación grave de la voluntad;» y lo sostendría, si necesario fuera, con textos de autoridades y examen de casos clínicos muy detallados, pues desde Esquirol y Maudsley hasta Ribot y Pierre Janet hay una larga serie de médicos y psicólogos que han estudiado esta enfermedad, en la que acaso se revela más clara-

mente que en ninguna otra el influjo de las perturbaciones mentales sobre las funciones orgánicas.

Hay una forma vulgar de la aboulía que todos conocemos y á veces padecemos. ¿A quién no le habrá invadido en alguna ocasión esa perplejidad del espíritu, nacida del quebranto de fuerzas ó del aplanamiento consiguiente á una inacción prolongada, en que la voluntad, falta de una idea dominante que la mueva, vacilante entre motivos opuestos que se contrabalancean, ó dominada por una idea abstracta, irrealizable, permanece irresoluta, sin saber qué hacer y sin determinarse á hacer nada? Cuando tal situación de pasajera se convierte en crónica, constituye la aboulía, la cual se muestra al exterior en la repugnancia de la voluntad á ejecutar actos libres. En el enfermo de aboulía hay un principio de movimiento que demuestra que la voluntad no se ha extinguido en absoluto; pero ese movimiento actúa débilmente y rara vez llega á su término. No es un movimiento desordenado que pueda ser confundido con los del atáxico: hay en un caso debilidad, y en otro falta de coordinación; y tanto es así, que en la aboulía, fuera de los actos libres, los demás, los psicológicos, los instintivos, los producidos por sugestión, se realizan ordenadamente.

Los síntomas intelectuales de la aboulía son muchos: la atención se debilita tanto más cuanto más nuevo ó extraño es el objeto sobre el cual

hay que fijarla; el entendimiento parece como que se petrifica y se incapacita para la asimilación de ideas nuevas: sólo está ágil para resucitar el recuerdo de los hechos pasados; pero si llega á adquirir una idea nueva, falto del contrapeso de otras, cae de la atonía en la exaltación, en la «idea fija» que le arrastra á la «impulsión violenta.»

En las enfermedades hay, al lado de los casos típicos, casos similares; en ésta de que aquí se trata el número de los primeros no es muy crecido, mientras que el de los segundos es abrumador: en España, por ejemplo, hay muchos enfermos de la voluntad, y como consecuencia un estado de «aboulía colectiva.» Yo no profeso la sociología metafórica que considera las naciones como organismos tan bien determinados como los individuales. La sociedad es sólo una resultante de las fuerzas de sus individuos: según éstos se organicen, podrán producir una acción intensa ó débil, ó neutralizarse por la oposición, y la obra total participará siempre del carácter de los que concurren á crearla.

El individuo á su vez es una reducción fotográfica de la sociedad: la vida individual fisiológica es una combinación de la energía vital interna con las fuerzas exteriores absorbidas y asimiladas; la vida espiritual se desarrolla de un modo análogo, nutriéndose el espíritu de los elementos ideales que la sociedad conserva como almacenados, según la expresión de Foui-

llée. En este sentido, creo yo que es provechosa la aplicación de la psicología individual á los estados sociales, y la patología del espíritu á la patología política.

En nuestra nación se manifiestan todos los síntomas de la enfermedad que padecemos la mayoría de los españoles: realízanse los actos fisiológicos y los instintivos; como funciona el organismo individual para vivir, así trabaja la sociedad para vivir; el trabajo que es libre para el individuo, para la sociedad es necesario, á menos que se trate de pueblos vagabundos; igualmente el ocultar la riqueza á las investigaciones del fisco es acto social tan instintivo como el de cerrar los ojos ante el amago de un golpe. Los actos que no encontramos son los de libre determinación, como sería el intervenir conscientemente en la dirección de los negocios públicos. Si en la vida práctica la aboulía se hace visible en el no hacer, en la vida intelectual se caracteriza por el no atender. Nuestra nación hace ya tiempo que está como distraída en medio del mundo. Nada la interesa, nada la mueve de ordinario; mas de repente una idea se fija, y no pudiendo equilibrarse con otras produce la impulsión arrebatada. En estos últimos años hemos tenido varios movimientos de impulsión típica producidos por ideas fijas: integridad de la patria, justicia histórica y otras semejantes. Todas nuestras obras intelectuales se resienten de esta falta de equilibrio, de este error óptico;

no vemos simultáneamente las cosas como son, puestas en sus lugares respectivos, sino que las vemos á retazos, hoy unas, mañana otras: la que un día estaba en primer término ocultando las demás, al siguiente queda olvidada porque viene otra y se le pone delante.

Son innumerables las opiniones emitidas para explicar el origen de la aboulía: en un principio estuvo considerada como una forma de la locura, y los alienistas la bautizaron con el nombre de «delirio del contacto,» fijándose sólo en el hecho exterior característico de la enfermedad. Según esta teoría, nuestra nación podría ser considerada como una jaula de locos rarísimos, atacados de una manía extraña: la de no poder sufrirse los unos á los otros. Yo no acepto esta opinión, porque, como dije, en los enfermos de aboulía las perturbaciones de la voluntad no revelan desorden, sino abatimiento de la energía funcional. Á excepción de Ribot, que se inclina á creer que la causa de tan curioso estado patológico es de naturaleza sentimental, la falta de deseos, todos los patólogos por distintos caminos llegan á encontrarse, á coincidir en el parecer de que la causa es una perturbación de las funciones intelectuales. Janet, que publicó hace algunos años un curioso estudio de observación personal sobre «Un caso de aboulía é ideas fijas,» cree que el aniquilamiento de la voluntad proviene de la falta de atención, y, por consiguiente, de percepción. Sin embar-

go de aparecer estos síntomas con carácter constante, creo yo que no es posible marcar entre ellos una relación de causalidad; porque las facultades intelectuales exteriorizadas participan de la voluntad, y así puede afirmarse que la voluntad es débil porque la atención es inconstante y la percepción confusa, como decirse que la atención no es viva ni la percepción clara porque la voluntad no es intensa.

La actividad espiritual exteriorizada es un reflejo de la actividad íntima; en el acto de crear esto es axiomático: ¿cómo concebir que hay un cerebro vacío detrás de la obra genial del sabio ó del artista, ó un espíritu helado en los transportes de la pasión? Como la falta de apetito material denota una disminución de la actividad digestiva, así también la falta de apetito espiritual, manifestada en la desidia de las facultades que actúan exteriormente, revela una debilitación de esa energía asimiladora interna que los aristotélicos llamaban entendimiento agente y los positivistas sentido sintético, que no es otra cosa que la inteligencia misma funcionando según la ley de asociación. Así, pues, la causa de la aboulía es, á mi juicio, la debilitación del sentido sintético, de la facultad de asociar las representaciones. En relación con lo pasado, la inteligencia funciona con regularidad, porque la memoria se encarga de reproducir ideas cuya asociación estaba ya formada; pero en relación con lo presente, el trabajo mental, que

para los individuos sanos es fácil y agradable, como es fácil y agradable la digestión cuando se come con buen apetito, para los enfermos de no-querer es difícil y doloroso; las representaciones suministradas por los sentidos se convierten en datos intelectuales irreductibles que unas veces, las más, se extinguen sin dejar huella, y otras se fijan penosamente, como agujas clavadas en el cerebro, y producen gravísimas perturbaciones.

¿Qué relación guarda la debilitación del sentido sintético y la falta de voluntad? La misma que la idea y el acto libre, tan estrecha que se ha llegado á fundir una y otra en una sola entidad: de aquí la idea-fuerza, la idea-voluntad y otros términos nuevos de los filósofos á la moda. En el acto voluntario hay dos elementos que engendran un tercero: un individuo y una idea que producen una energía. El individuo contiene en sí, personalmente unificados, los elementos que recibió por herencia, ó que adquirió por su trabajo, ó por el simple hecho de vivir en sociedad. La representación ó la idea está en el individuo, como las líneas y colores sobre el fondo de un cuadro: sobre un mismo fondo se pueden trazar infinitas líneas y combinar infinitos colores. Según rija ó no la idea de asociación, de esa variedad nacerá la creación artística ó el borrón confuso, informe. Cuando las representaciones intelectuales, como los colores y las líneas, se agrupan alrededor de ideas céntricas, van

siendo más claras á medida que el número de ellas va aumentando. Es, pues, inmenso el valor de la facultad sintética, sin la cual los esfuerzos intelectuales son vanos y aun contraproducentes, á la manera que lo serían las pinceladas de un ciego que intentara pintar ó retocar un cuadro. En el enfermo de aboulía las ideas carecen de esta fundamental condición: la sociabilidad. Por lo cual sus esfuerzos intelectuales carecen de eficacia: en unos casos, la idea fija, que es la que influye más enérgicamente sobre la voluntad, produce la determinación arrebatada, violenta, que alguien confunde con la del alienado; en otros la idea abstracta ó la idea ya vieja, reproducida por la memoria, engendran el deseo débil, impotente, irrealizable; no existen las ideas más fecundas, las ideas sanas que nacen del estudio reflexivo y de la observación consciente de la realidad.

La voluntad colectiva funciona de una manera análoga. Las sociedades tienen personalidad, ideas, energías. Aunque la conciencia colectiva no se muestre tan clara y determinada como la de un individuo, existe y puede obrar mediante actos colectivos que obedecen á ideas colectivas en el fondo, no obstante aparecer concentradas en un reducido número de inteligencias. Si la idea de un gran estadista fuese arbitraria ó caprichosa, ajena al pensamiento y al sentimiento generales, no podría adelantar un paso. La que parece idea original de un hom-

bre, es sólo interpretación de ideas ó deseos vagos, indeterminados, que la sociedad siente, sin acertar á darles la expresión propia y exacta. Y en tanto que el pensamiento de una nación no está claramente definido, la acción tiene que ser débil, indecisa, transitoria. El sentido sintético es en la sociedad, y en particular en quienes la dirigen, la capacidad para obrar conscientemente, para conocer bien sus propios destinos. Hay naciones en las que se observa por encima de las divergencias secundarias una rara y constante unanimidad para «comprender sus intereses.» Esta comprensión parece tan clara como la de un individuo que en un momento cualquiera, recordando su pasado y examinando su situación presente, se da cuenta precisa de lo que es ó de lo que representa.

En otras sociedades, por el contrario, predomina el desacuerdo; los intereses parciales, que son como las representaciones aisladas en los individuos, no se sintetizan en un interés común, porque falta el entendimiento agente, la energía interior que ha de fundirlos; las apreciaciones individuales son irreductibles, y la actividad derivada de ellas tiene que ser pobre y desigual. Unas veces el móvil será la tradición, que jamás puede producir, aunque otra cosa se crea, un impulso enérgico, porque en la vida intelectual lo pasado, así como es centro poderoso de resistencia, es principio débil de actividad; otras veces se obedecerá á una fuerza extraña, pues

las sociedades débiles, como los artistas de pobre ingenio, suplen con las imitaciones la falta de propia inspiración. Ya el interés secundario se colocará transitoriamente en primer término y producirá desviaciones, retrocesos, trastornos en la marcha de la sociedad; ya la idea del interés general, más que conocida, vislumbrada, creará un estado momentáneo de falsa energía y de actividad engañosa; echándose siempre de menos la idea clara, precisa, del interés común, y la acción constante, serena, que se encamina á realizarlo.

De lo dicho se infiere cuán disparatado es pretender que nuestra nación recobre la salud perdida por medio de la acción exterior: si en lo poco que hoy hacemos revelamos nuestra flaqueza, ¿qué ocurriría si intentáramos acelerar más el movimiento? La restauración de nuestras fuerzas exige un régimen prudente, de avance lento y gradual, de subordinación absoluta de la actividad á la inteligencia, donde está la causa del mal y á donde hay que aplicar el remedio. Para que la acción sea útil y productiva, hay que pensar antes de obrar; y para pensar se necesita, en primer término, tener cabeza. Este importante órgano nos falta desde hace mucho tiempo, y hay que crearlo cuéstenos lo que nos cueste. No soy yo de los que piden un genio, investido de la dictadura; un genio sería una cabeza artificial que nos dejaría luego peor que estamos. El origen de nuestra decadencia y



actual postración se halla en nuestro exceso de acción, en haber acometido empresas enormemente desproporcionadas con nuestro poder; un nuevo genio dictador nos utilizaría también como fuerzas ciegas, y al desaparecer, desapareciendo con él la fuerza inteligente, volveríamos á hundirnos sin haber adelantado un paso en la obra de restablecimiento de nuestro poder, que debe de residir en todos los individuos de la nación y estar fundado sobre el concurso de todos los esfuerzos individuales.

***

Se habrá notado que el motivo céntrico de mis ideas es la restauración de la vida espiritual de España; pero falta ahora precisar el concepto, porque están las palabras españolas tan estropeadas por el mal uso, que nada significan mientras no se las comenta y se las aclara. Cuando yo hablo de restauración espiritual, no hablo como quien desea redondear un párrafo, valiéndose de frases bellas ó sonoras; hablo con la buena fe de un maestro de escuela. No voy á proponer la creación de nuevos centros docentes ni una nueva ley de Instrucción pública: todas las leyes son ineficaces mientras no se destruyen las malas prácticas, y para destruirlas la ley es mucho menos útil que los esfuerzos individuales; y en cuanto á los centros docentes, tal

como hoy existen, aunque se suprimiera la mitad no se perdería gran cosa. Yo he conocido de cerca más de dos mil condiscípulos, y á excepción de tres ó cuatro, ninguno estudiaba más que lo preciso para desempeñar, ó mejor dicho, para obtener un empleo retribuído. Nuestros centros docentes son edificios sin alma; dan á lo sumo el saber; pero no infunden el amor al saber, la fuerza inicial que ha de hacer fecundo el estudio cuando la juventud queda libre de tutela. Si en este punto hubiera de intentarse algo por los legisladores, el cambio más provechoso sería la sustitución de las oposiciones hoy en uso por el examen de «obras» de los aspirantes; en lugar de esos palenques charlatanescos, donde, como en las carreras de caballos, triunfa, no el que tiene más inteligencia, sino el que tiene mejor resuello y patas más largas, pondría yo reuniones familiares, donde, en contacto directo los que juzgan y los que son juzgados, se hablara sin artificio, se examinara el trabajo personal que cada pretendiente presentase y se apreciara la capacidad de cada uno, y lo que es más importante, el servicio que de él podía esperar la nación. Con este sistema, la juventud, que pierde el tiempo preparándose para ingresar en éste ó aquel escalafón, aprendiendo á contestar de memoria cuestionarios fofos é incoherentes, se vería forzada á crear obras, entre las que no sería extraño que saliese alguna buena.

El peso principal del combate creo yo deben de llevarlo las personas inteligentes y desinteresadas, que comprendan la necesidad de restablecer nuestro prestigio: pocos ejemplares tenemos de hombres poseídos por el patriotismo silencioso; pero cuando aparece alguno, ese vale él solo por una Universidad. Mas para que los esfuerzos individuales ejerzan un influjo benéfico en la nación, hay que encaminarlos con mano firme, porque en España no basta lanzar ideas, sino que hay antes que quitarles la espoleta para que no estallen. Á causa de la postración intelectual en que nos hallamos, existe una tendencia irresistible á transformar las ideas en instrumentos de combate: lo corriente es no hacer caso de lo que se habla ó escribe; mas si por excepción se atiende, la idea se fija y se traduce, como ya vimos, en impulsión. Por esto, los que propagan ideas sistemáticas, que dan vida á nuevas parcialidades violentas, en vez de hacer un bien hacen un mal, porque mantienen en tensión enfermiza los espíritus. Á esas ideas que incitan á la lucha las llamo yo ideas «picudas;» y por oposición, á las ideas que inspiran amor á la paz las llamo «redondas.» Este libro que estoy escribiendo es un ideario que contiene sólo ideas redondas: no estoy seguro de que lo lean, y sospecho que si alguien lo lee no me hará caso; pero estoy convencido de que si alguien me hiciera caso, habría un combatiente menos y un trabajador más.

El procedimiento que yo uso para redondear

mis ideas está al alcance de todo el mundo. Vemos muchas veces que en una familia los pareceres andan divididos: por ejemplo, y el caso es frecuente, varios hermanos siguen diversas carreras, ó toman diferentes rumbos, ó llegan á hallarse en oposición por cuestiones pecuniarias; los sentimientos de fraternidad son puestos á prueba. En unas familias la idea de unión es más poderosa que los intereses parciales; nadie abdica, pero todos transigen cuanto es necesario para que el rompimiento no llegue; en otras la unión queda destruída por la vanidad, el orgullo ó el exclusivismo, y sobreviene la lucha, más enconada que entre extraños, porque entre extraños se lucha sólo por defender ideas ó intereses opuestos, mientras que en familia hay que luchar por ideas ó intereses y también por romper los vínculos de la sangre. ¿Qué salen ganando las ideas ó los intereses luchando con obcecación y con saña? Hay quien cree que para atestiguar la fe en las ideas se debe de combatir para que triunfen, y en esta creencia absurda se apoyan cuantos en España convierten las ideas en medio de destrucción. La verdad es, al contrario, que la fe se demuestra en la adhesión serena é inmutable á las ideas, en la convicción de que ellas solas se bastan para vencer cuando deben de vencer. Los grandes creyentes han sido mártires; han caído resistiendo, no atacando. Los que recurren á la fuerza para defender sus ideas dan á entender, por esto sólo, que no tienen fe ni con-

vicción, que no son más que ambiciosos vulgares que desean la victoria inmediata para adornarse con laureles contrahechos y para recibir el precio de sus trabajos.

Las ideas no aventajan nada con declarar la guerra á otras ideas; son mucho más nobles cuando se acomodan á vivir en sociedad, y para conseguir esto es para lo que hay que trabajar en España. Sea lícito profesar y propagar y defender toda clase de ideas, pero «intelectualmente,» no al modo de los salvajes. Desde el momento que una idea acata la solidaridad intelectual de una nación y transige lo necesario para que los sentimientos fraternales no se quiebren, se transforma en una fuerza utilísima, porque incita á los hombres al trabajo individual; no crea parcialidades exclusivistas y demoledoras; crea cerebros sanos y robustos, que no producen sólo actos y palabras, sino algo mejor: obras.

Casi todos los hombres notables que hasta hace veinte años se dedicaban á echar abajo lo poco que quedaba de nuestra nacion, han confesado sus yerros y dedicado la segunda parte de su vida á rehacer lo que habían deshecho en la primera. Esta conducta, muy digna de alabanza, debería decir algo á la gente nueva que ahora comienza á abrirse camino y á la juventud imberbe que anda por Institutos y Universidades.

Abundan los que se pasan de listos, los que imitan esa conducta con excesiva puntualidad;

los que comienzan ahora los trabajos de demolición y se reservan para la vejez el arrepentimiento cuando, después de satisfechos los apetitos de medro personal, les sea más llevadero el dolor de ver que su país sigue en ruínas. Lo natural es que por todos sea imitada la parte buena del ejemplo y que no se busque deliberadamente la ocasión de tener que arrepentirse más tarde.

Aparte de esa cualidad esencial de las ideas, paréceme que se adelantaría mucho, para hacerlas aún más útiles y apropiadas á la obra de nuestra restauración espiritual, si se las expusiese en forma ágil, librándolas del fárrago enfadoso con que hoy se las obscurece por exigencias de la moda. Muy bello sería que cuantos cogen una pluma en sus manos se imaginaran antes que no se había inventado la Imprenta, ni la fabricación de papel barato, ni la legislación de propiedad intelectual. La opinión corriente es hoy favorable á la obra voluminosa, quizás porque así es más segura la decisión de no leerla. Un libro grande—se piensa—da importancia á quien lo compone: aunque sea malo, inspira respeto y ocupa un buen espacio en los estantes de las bibliotecas. Un libro pequeño no tiene defensa posible: si es bueno, será mirado á lo sumo como un ensayo ó como una promesa; si es malo, sólo servirá para poner al autor en ridículo. Mi idea es completamente opuesta. Un libro grande, pienso, sea bueno ó malo, pasa muy



pronto á formar parte de la obra muerta de las bibliotecas; un libro pequeño, si es malo, deja ver á las claras que no sirve y muere al primer embate; si es bueno, puede ser como un manual ó breviario. de uso corriente por su poco peso y por su baratura y de gran eficacia para la propagación de las ideas que encierra. Á mi opinión, pues, me atengo, y como demostración práctica citaré esta misma obra, la cual en su primitiva concepción me exigía dos volúmenes de tamaño más que mediano, y al fin se ha sometido á mi voluntad y se ha conformado con tener un centenar de páginas. Un hombre de buena voluntad dice en cien páginas todo cuanto tiene que decir y dice muchas cosas que no debía decir.

Yo tengo fe en el porvenir espiritual de España: en esto soy acaso exageradamente optimista. Nuestro engrandecimiento material nunca nos llevaría á obscurecer el pasado; nuestro florecimiento intelectual convertirá el siglo de oro de nuestras artes en una simple anunciación de este siglo de oro que yo confío ha de venir. Porque en nuestros trabajos tendremos de nuestra parte una fuerza hoy desconocida, que vive en estado latente en nuestra nación, al modo que en el símil con que comencé este libro vivían en el alma de la mujer casada contra su gusto y madre fecundísima contra su deseo, los nobles y puros y castos sentimientos de la virginidad. Esa fuerza misteriosa está en nosotros, y aunque hasta ahora no se ha dejado ver, nos



acompaña y nos vigila; hoy es acción desconcertada y débil, mañana será calor y luz y hasta si se quiere electricidad y magnetismo.

He aquí un hecho digno de que fijemos en él nuestra atención. ¿Cómo se explica que siendo en general los pueblos pobladores de Europa de una raza común, los griegos hayan sido y sean aún los dictadores espirituales de todos los demás grupos arios ó indo-europeos? La razón es clara: mientras los demás grupos quedaban incomunicados en sus nuevos territorios, los griegos seguían en contacto con Asia y recibían los gérmenes de su cultura de las razas semíticas. Los indo-europeos tienen cualidades admirables; pero carecen de una esencial para la vida: el fuego ideal que engendra las creaciones originales; son valientes, enérgicos, tenaces, organizadores y dominadores; pero no crean con espontaneidad. Un eminente profesor alemán, Ihering, autor de un libro de mucho fondo sobre *Prehistoria de los indo-europeos,* ha hecho un estudio sutilísimo acerca del influjo de las inmigraciones arias en la antigua organización de Roma, del cual se desprende que esta organización arranca del período de las emigraciones. Aquellas bandas ó tribus puestas en movimiento y avanzando por territorios desconocidos, tuvieron que crear autoridades ambulantes, hábiles para regular la marcha; y al establecerse definitivamente, transformaron esas autoridades ya inútiles en instituciones, en «supersti-



ciones» ó sobrevivencias, en las que después se ha creído ver una concepción religiosa puramente ideal. Así, por ejemplo, el «ver sacrum» era una reminiscencia del período primaveral, en el que la marcha, suspendida durante el invierno, era reanudada; los pontífices fueron en su origen constructores de puentes, y su influencia nació de la importancia extraordinaria que en realidad hubo de tener para los emigrantes la construcción de puentes sobre los ríos que les atajaban el paso; los adivinos romanos no fueron profetas llenos de divina inspiración: fueron en su origen algo parecido á batidores ó exploradores, que por las trazas del suelo, por el canto de las aves ó por señales astronómicas y cuantos signos encontraban (signos de cœlo, pedestria, ex avibus, ex tripudiis, etc.), esto es, por «auspicios,» determinaban el itinerario más conveniente ó más seguro. Si fuera posible conocer á fondo los orígenes de todas las instituciones originales de los pueblos arios, veríamos cómo todas ellas fueron inspiradas por la dura necesidad, no por arranque ideal, espontáneo; cuando la cultura greco-romana perdió su fuerza y fué necesario que viniera algo nuevo, vino el cristianismo, creación semítica; de suerte que los dos puntales que sostienen el edificio social en que hoy habitamos, el helenismo y el cristianismo, son dos fuerzas espirituales que por caminos muy diversos nos han enviado los pueblos semíticos. En general, puede establecerse como ley



histórica que donde quiera que la raza indo-europea se pone en contacto con la semítica, surge un nuevo y vigoroso renacimiento ideal. España, invadida y dominada por los bárbaros, da un paso atrás hacia la organización falsa y artificiosa; con los árabes recobra con creces el terreno perdido y adquiere el individualismo más enérgico, el sentimental, que en nuestros místicos encuentra su más pura forma de expresión. Los árabes no nos dieron ideas; su influjo no fué intelectual, fué psicológico. La distancia que hay entre una mártir de los primeros tiempos del cristianismo y Santa Teresa de Jesús, marca el camino recorrido por el espíritu español en los ocho siglos de lucha contra los árabes. Así, pues, los que con desprecio y encono sistemáticos descartan de nuestra evolución espiritual la influencia arábiga, cometen un crimen psicológico y se incapacitan para comprender el carácter español.

Nuestro Renacimiento no fué un renacimiento clásico, fué nacional; y aunque produjo algunas obras magistrales, quedó incompleto, como dije, por la desviación histórica á que la fatalidad nos arrastró; pero como la fuerza impulsora está en la constitución natural étnica ó psíquica que los diversos cruces han dado al tipo español, tal como hoy existe, debemos confiar en el porvenir: esa fuerza que hoy es un obstáculo para la vida regular de la nación, porque se la aplica á lo que no debe aplicársela, ha

de sufrir un desdoblamiento; el individualismo indisciplinado que hoy nos debilita y nos impide levantar cabeza, ha de ser algún día individualismo interno y creador, y ha de conducirnos á nuestro gran triunfo ideal. Tenemos lo principal, el hombre, el tipo; nos falta sólo decidirle á que ponga manos en la obra.

Todos los pueblos tienen un tipo real ó imaginado en quien encarnan sus propias cualidades; en todas las literaturas encontraremos una obra maestra, en la que ese hombre típico figura entrar en acción, ponerse en contacto con la sociedad de su tiempo y atravesar una larga serie de pruebas donde se aquilata el temple de su espíritu, que es el espíritu propio de su raza. Ulises es el griego por excelencia; en él se reúnen todas las virtudes de un ario: la prudencia, la constancia, el esfuerzo, el dominio de sí mismo, con la astucia y fertilidad de recursos de un semita; comparémosle con cualquiera de los conductores de pueblos germánicos, y veremos, con más precisión que pesándola en una balanza, la cantidad de espíritu que los griegos tomaron de los semitas. Nuestro Ulises es Don Quijote, y en Don Quijote notamos á primera vista una metamorfosis espiritual. El tipo se ha purificado más aún, y para poder moverse tiene que librarse del peso de las preocupaciones materiales, descargándolas sobre un escudero; así camina completamente desembarazado, y su acción es una inacabable creación, un

prodigio humano, en el que se idealiza todo cuanto en la realidad existe, y se realiza todo cuanto idealmente se concibe. Don Quijote no ha existido en España antes de los árabes, ni cuando estaban los árabes, sino después de terminada la Reconquista. Sin los árabes, Don Quijote y Sancho Panza hubieran sido siempre un solo hombre, un remedo de Ulises. Si buscamos fuera de España un Ulises moderno, no hallaremos ninguno que supere al Ulises anglo-sajón, á Robinsón Crusoe; el italiano es un Ulises teólogo, el Dante mismo, en su *Divina Comedia,* y el alemán un Ulises filósofo, el *Doctor Fausto,* y ninguno de los dos es un Ulises de carne y hueso. Robinsón sí es un Ulises natural, pero muy rebajado de talla, porque su semitismo es opaco, su luz es prestada; es ingenioso solamente para luchar con la naturaleza; es capaz de reconstruir una civilización material; es un hombre que aspira al mando, al gobierno «exterior» de otros hombres; pero su alma carece de expresión y no sabe entenderse con otras almas. Sancho Panza, después de aprender á leer y á escribir, podría ser Robinsón; y Robinsón, en caso de apuro, aplacaría su aire de superioridad y se avendría á ser escudero de Don Quijote.

Así como creo que para las aventuras de la dominación material muchos pueblos de Europa son superiores á nosotros, creo también que para la creación ideal no hay ninguno con aptitudes naturales tan depuradas como las nuestras.

Nuestro espíritu parece tosco, porque está embastecido por luchas brutales; parece flaco, porque está sólo nutrido dé ideas ridículas, copiadas sin discernimiento, y parece poco original, porque ha perdido la audacia, la fe en sus propias ideas, porque busca fuera de sí lo que dentro de sí tiene. Hemos de hacer acto de contrición colectiva; hemos de desdoblarnos, aunque muchos nos quedemos en tan arriesgada operación; y así tendremos pan espiritual para nosotros y para nuestra familia, que lo anda mendigando por el mundo, y nuestras conquistas materiales podrán ser aún fecundas, porque al renacer hallaremos una inmensidad de pueblos hermanos á quienes marca: con el sello de nuestro espíritu

Helsingíbrs, Octubre 1896.